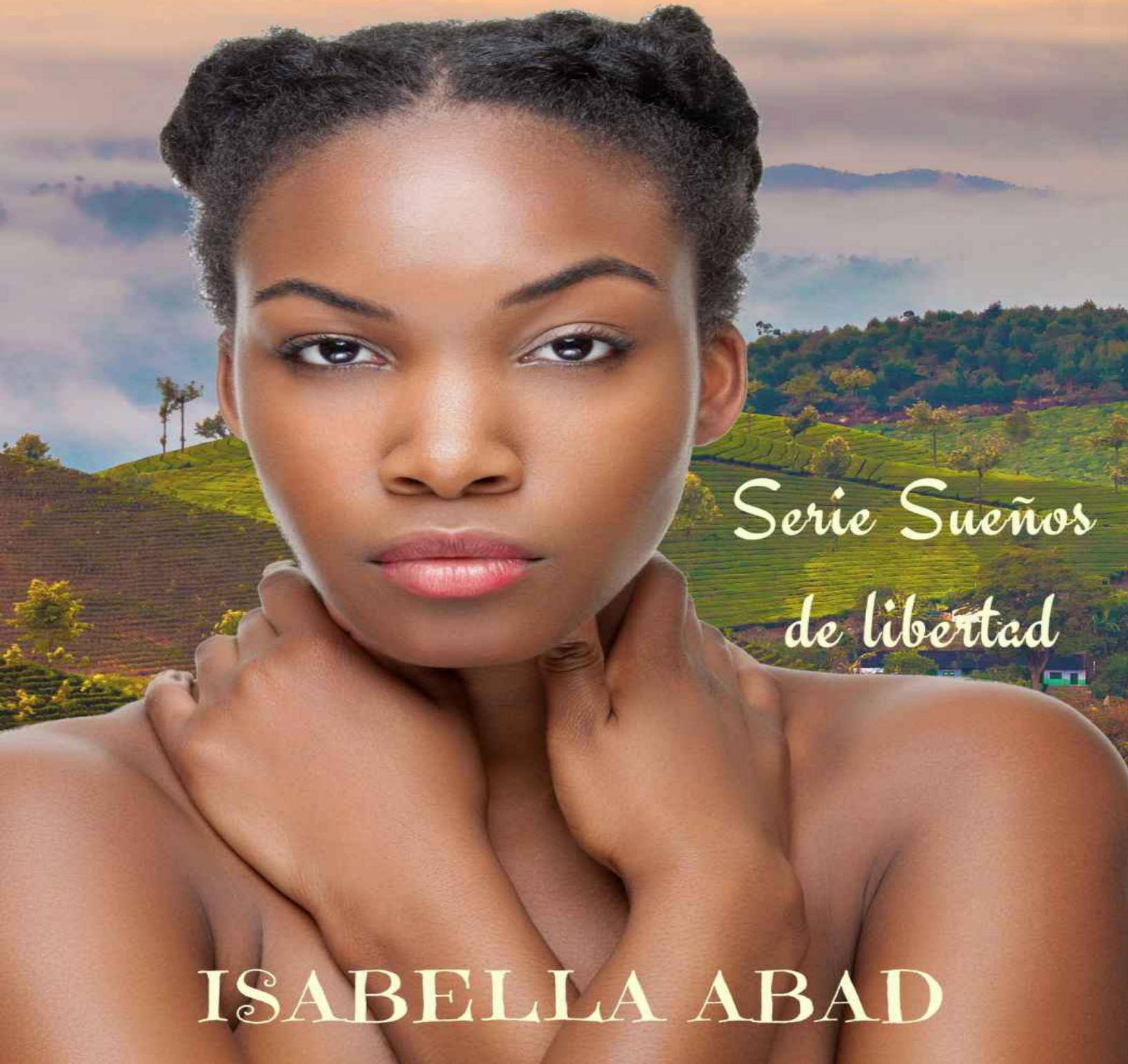


# *Asmima*

AMORES Y PASIONES DE UNA ESCLAVA



*Serie Sueños  
de libertad*

ISABELLA ABAD

# **Asmina**

## **Amores y pasiones de una esclava**

**Isabella Abad**

©Reservados todos los derechos  
Prohibida su reproducción total o parcial sin la  
debida autorización de la autora.

Abril, 2018

*Para acceder a las novedades: [http://blogspot.us15.list-manage.com/subscribe?  
u=c0ead815f31a08dd99abdb2c4&id=f002193920](http://blogspot.us15.list-manage.com/subscribe?u=c0ead815f31a08dd99abdb2c4&id=f002193920)*

## **PREFACIO**

*Esta es una obra de ficción, un relato que procura novelar la historia de una mujer negra que no existió, pero que encarna en su figura las características de muchas que sí vivieron y sufrieron en los cruentos siglos de la esclavitud.*

*Asmina es una construcción personal, un personaje que he creado luego de extensa documentación y estudio acerca de las formas de vida en el África y en el Brasil del siglo XVIII. Cada uno de los detalles que la rodean han sido chequeados, procurando dar verosimilitud a la historia. El resto es vuelo literario y licencias necesarias para enmarcar, contextualizar y dar ritmo y color a la narración.*

*Con relación a los quilombos, quiero enfatizar su existencia real y agregar un dato de importancia para comprender su magnitud: al día de hoy, pleno siglo XXI, el gobierno brasileño ha contabilizado la existencia de más de 3500 pueblos herederos de aquellos. En esos lugares, los “quilombolos” (habitantes), mascan aun su miseria y conviven con la selva, procurando sobrevivir y reclamando un derecho a la tierra que les es esquivo.*



**Hogar de Asmina, la costa de Ouidah**

## Ubicación de los quilombos más importantes del siglo XVIII



## UNO.

El sol se levanta con vigor sobre el cielo despejado y brillante, los rayos atravesando el aire con fuerza, haciendo sentir su calor sobre hombres y animales. Las manadas de cebras y elefantes han bebido ya sus correspondientes cuotas del vital elemento en los ríos y se aprestan a pastar mientras cuidan el acecho de los predadores. Estos se desperezan sobre los árboles y bajo ellos, aún con sueño por la noche de agitada cacería. Es África salvaje, primigenia, que se despierta.

El paisaje se completa con actividad humana. Hombres y mujeres negros, jóvenes y vitales, recorren la arboleda poco tupida en busca de frutos y leña para abastecer la tribu, asentada un poco más lejos. Con la rapidez que da la práctica y la rutina, arman grandes montones que van echando sobre los hombros y espaldas. Risas y algún que otro empujón matizan la tarea, a la par que algunos se zambullen en el río cercano para quitar el calor y regresar veloces a la tarea asignada. Apenas cubiertos con algunos cueros, sus cuerpos son de talla alta y delgados, con rostros angulosos y miembros ágiles. Sus rostros despojados de barbas y los cabellos rizados, sus cuellos envueltos con colgantes en los que se aprecian dientes y partes de hueso o cuero de animales.

De pronto y como salido de la nada, cortando el espacio como una flecha, se escucha un sonido agudo que se intensifica con el correr de los minutos, un largo llamado que se quiebra más de una vez hasta desaparecer abruptamente. La actividad se paraliza y todos se miran con alarma, sin entender al comienzo, hasta que uno de ellos reacciona y corre, y tras él los demás. Con desesperación, miedo y angustia, incitados por el llamado urgente del tambor “ñoñofó”, instrumento mayor de la aldea que esta vez no invita al ritual ni a la fiesta. Lo indica lo perentorio, lo fuerte y agónico del toque que se esparce por el aire caliente de la mañana africana.

Los cuatro mujeres y cinco muchachos negros como el ébano, esbeltos como cañas, gráciles y ágiles, con la energía de la juventud, vuelan sobre la sabana. Atrás han quedado los atados de leña que con esmero recolectaron. Son jóvenes de la etnia Fon, una de las tantas, y pertenecen a una tribu mediana asentada en el interior profundo del imperio Dahomey, actual Benín, en el sitio donde África deja de ser tan ancha y comienza la curva, en la costa oeste y sobre el Atlántico

Es el año 1790 DC, aunque poco saben de esto los que corren acuciados por la certeza que algo muy malo les espera al llegar a la aldea. Cada árbol baobab, cada brizna de pasto que pisan se los grita. Las almas de sus muertos, presentes y reanimadas en la Naturaleza circundante, les anuncia que deben tener cuidado, que el peligro acecha.

Es Asmina la que lleva la delantera, una bella joven de largos músculos, cabello corto ensortijado y rasgos finos que ahora se manifiestan tensos y crispados. Sus ojos negros brillan como estrellas; sus blancos dientes, por lo habitual expuestos en una sonrisa, ahora se aprietan con temor. Corre y ruega a los espíritus orixás que no sea lo que creen, que no sean los Nagó.

Mucho tiempo había pasado desde que su tribu debió abandonar su espacio natural e internarse en el corazón del Dahomey, buscando con ello la protección de las montañas Atakora y el río Pendjabi, en un intento de alejarse de aquellos malditos cazadores de hombres. Al amparo de la Naturaleza bondadosa y de los antepasados vigilantes buenos años de paz llegaron. Pero el peligro había estado latiendo ahí desde siempre.

Los Nagó o yorubas, un pueblo conquistador que controla gran parte de la costa del Oeste africano, extiende su reino a fuerza de guerra y dominación. Para ellos los demás son sólo objeto de caza y sometimiento, “jejes” es el nombre que les adjudican a quienes no pertenecen a su tribu. Y los Fon, el pueblo de Asmina, no lo son.

— ¡Cuidado! — murmura el mayor de los hombres, apenas un muchacho de dieciséis.

En estas tierras difíciles los niños pasan a ser hombres pronto. La



advertencia hace que se resguarden en la arboleda que rodea a su aldea. Miran con cautela antes de ingresar. Entonces el silencio se quiebra con gritos de angustia y ante sus ojos la escena se torna dramática.

Como lo temían, ellos están ahí. Golpeando, persiguiendo, atacando. Alcanzan a ver que el tambor y su ejecutante yacen, ambos rotos por la fuerza de los golpes. Los guerreros Nagó, brutales e indiferentes al clamor de sus iguales de raza, apilan sobre uno de los extremos de la aldea a los más jóvenes del poblado, hombres y mujeres, arreándolos como si fueran ganado.

Asmina divisa entonces a su pequeño hermano, golpeado y sangrante y no puede evitar salir y correr, dejando a un lado el cuidado, gritando su nombre. Vano es el intento de sus compañeros por detenerla y sus aullidos alertan a los invasores, hombres entrenados a los que poco les cuesta dominarla, a pesar de que lucha como una fiera salvaje. Muerde y patea a sus captores que la elevan por los aires y ríen tirándola con los otros con rudeza, sin miramientos, con la indiferencia y el desprecio del que sólo ve ante sí objetos o seres inferiores.

Pronto están a su lado sus amigos, que no pudieron evitar ser capturados con facilidad por quienes tienen años en la tarea de cacería de los hombres. ¿Cómo podrían impedirlo? Ellos solo tienen las habilidades de recolectores y agricultores pacíficos, nada saben de la guerra y la conquista, actividades del día a día de los hostiles guerreros yorubas. Su defensa

siempre fue escapar y resguardarse y esto funcionó durante mucho tiempo. Pero ahora, el peligro del que tanto huyeron los ha alcanzado.

Miran con dolor como las casas de la aldea se consumen prácticamente todas bajo el fuego, los techos ardiendo al cielo, destrozados los corrales y los enseres, muertos los animales. La furia Nagó busca eliminar todo indicio de vida por fuera de sus cánones. Y las tribus libres son un desafío que no están dispuestos a tolerar.

Cuando nada queda por destruir y apenas ancianos decrepitos y niños de ojos muy grandes permanecen al centro, los capturados son obligados a incorporarse. Atados unos a otros y en fila, comienzan una caminata que los llevará a kilómetros de su hogar, sin vuelta atrás. Asmina mira a sus abuelos y a su pequeño hermano que quedan atrás, solos y desamparados, expuestos a todos los peligros de la jungla. Sus padres, así como un hermano mayor van más adelante en la larga columna custodiada.

“¿Dónde están orixás? ¿Dónde están? Protejan a sus servidores”, solloza mirando en derredor y al cielo, levantando los brazos. El dolor inesperado y atroz la invade cuando el látigo cruza su espalda.

—Camina y deja los gritos, “jeje”—la insta con fiereza uno de los guerreros.

Y camina. Cómo puede. Con terror. Con dolor. Con angustia.

Sintiendo que nunca antes el silencio de la Naturaleza fue tan aterrador. Los espíritus y las almas bienhechoras, que usualmente murmuran en el aire caliente, se han ido o callan de dolor.

El trayecto es agotador, demoledor. Por lo lento, por las cuerdas que ajustan y someten, por la distancia, por el hambre. A su paso los Nagó arrasan otras aldeas como la suya, destruyen otras familias, asolan y esclavizan a otros como a ellos. Aletargados por el dolor y el cansancio, Asmina y los suyos son mudos testigos de atropellos y desastres, a la par que la larga cadena de hombres y mujeres condenados se ensancha. La caravana se dirige a la costa, donde las blancas arenas bañadas por el Océano Atlántico son escenario de uno los intercambios comerciales más abyectos de la Historia.

— ¿Dónde vamos? —se preguntan los condenados unos a otros cuando pueden—. ¿Hacia dónde nos llevan? —murmuran con pavor.

—Dicen que los Nagó tienen pacto con los demonios. Dicen que tratan con ellos en persona—susurran las voces.

Sedientos, hambrientos, desesperados.

— ¿Qué será de nosotros? —pregunta Asmina con terror, para recibir la muda mirada de su padre que la insta a resistir, como siempre lo ha hecho.

—Resiste, tú puedes— le indica—Tú confía. Espera.

Pero ella puede leer en su rostro el desasosiego. No hay certezas en esta pesadilla.

—Dicen que alimentan a sus dioses con los hombres. Que tienen fauces enormes y vienen del mar a comerse a los cautivos—continúan las voces inquietas y cansadas.

Cuando las fuerzas van mermando y apenas quedan energías, la visión del poblado alivia un tanto a los agotados. Están llegando a la costa oeste de África, llamada Ouidah, también conocida como la “costa de los Esclavos”. Allí hay una aldea, otrora pequeña, que creció a costas de la continua excursión de los europeos en busca de brazos esclavos. En él, además de sus habitantes naturales, conviven las fortalezas de varios imperios, enclaves coloniales impuestos por la ambición de quienes siempre están hambrientos de mano de obra barata.

El primero de estos grandes pueblos europeos en llegar, por su voluntad exploradora de la costa africana desde el siglo XV con Enrique el Navegante, y por tanto más importante es el portugués. Pero también el holandés y el inglés se disputan el control de la región, al menos de sus costas. Los mayores comerciantes negreros no se adentran en el corazón africano, sin embargo, al menos no por ahora. Para esa tarea de caza

dependen de las tribus Nagó que realizan con despiadado placer lo encomendado, habida cuenta de que les permite acentuar el dominio sobre los “jejes” y a cambio, consiguen armas, objetos, telas y otros enseres.

Los cautivos arriban pesadamente a una zona donde serán mantenidos hasta que los barcos lleguen y las pujas entre los negociantes comiencen. Son empujados y obligados a entrar en precarios galpones, donde permanecerán hacinados y apenas alimentados a pan y agua durante días, en los cuales vegetan y sobreviven como pueden, presos de sus angustias, miedos y algunos ya dejando entrever sus deseos de morir.

— ¿Qué hacemos? ¿Qué hacemos! — inquiera Asmina, desencajada y sin poder creer la quietud de espanto y la desidia de sus iguales, que no atinan a ensayar ningún conato de rebelión o fuga.

— Nada podemos hacer, niña — responde un adulto— ¿Qué no ves las armas? ¿Qué no ves los demonios? Ahí están, junto a los Nagó. ¿Qué podríamos hacer? No hay esperanza.

La muchacha observa los hombres extraños con expectación. Son blancos, muy blancos. Sus ojos brillan con colores extraños y tienen cabello en todo el rostro. Estos monstruos caminan sobre dos piernas y gritan y ríen. Son ellos los que mandan y ante su presencia los fieros guerreros Nagó son dóciles. Huelen mal y beben extrañas pócimas que los ponen aún más

violentos. Entonces comprende el miedo de los suyos y se hace carne en ella. ¿Cómo no temer a estos dioses o monstruos?

Son ellos los que los hacen conducir por lotes a un gran claro, la plaza principal de la aldea, lugar donde los cautivos son expuestos ante una pequeña multitud que grita y gesticula, con distintas ropas y acentos. Una cosmopolita conjunción de nacionalidades invierte su dinero y compra cuerpos y voluntades para multiplicar sus ganancias cuando arriben a su destino y tripliquen su valor. Uno de los tratos más viles de la historia que enriquecerá a muchos de los que ahora gritan sus ofertas.

Ella nada entiende, ¿cómo podría? Solo es una joven aldeana que ha visto el sol salir y ponerse por diecisiete años, que ha visto pasar la estación de las lluvias y la sequía, que ha corrido tras los antílopes, que ha vivido en paz. Sólo puede mirar sin entender; sus ojos oscuros enormes tratando de comprender los sonidos extraños, las voces altisonantes, los gritos. De pronto sus padres y hermanos, hace unos instantes a su lado, son llevados a empujones y desaparecen de su vista.

— ¿Dónde los llevan? ¿Dónde van? — grita y solloza, tratando de seguirlos.

Las cadenas la detienen y el golpe la vuelve al sitio. Nadie responde. Ya no están, se han ido. Mercaderes de distintas nacionalidades han pujado

en brutal remate y la familia es disgregada, los amigos separados, la unidad del clan seccionada para siempre y sin posibilidad de duelo por ello.

Al dolor del alma sigue el físico, atroz, al serle grabada a fuego la marca que indica la posesión. Son hombres y mujeres objeto ahora, responden ante un dueño. Es una adolescente apenas, pero su cuerpo y su espíritu aprenden en cuestión de días que el margen para la desesperación y el miedo es maleable y siempre puede ser mayor.

Aturdida y dolida, desesperada y casi como fiera acorralada que solo espera, ve como en sueños que nuevos grilletes y nuevos hombres se hacen cargo de ella y otros, separándolos y observándolos con más atención: dientes, miembros, ojos. Y nuevamente los fuerzan a caminar.

Lo siguiente que ve es la blancura y el brillo de la arena, que deslumbra sus ojos acostumbrados a la oscuridad de los galpones. Sus pies, habituados a pisar y correr por las suaves praderas de la sabana, se hunden y dificultan la caminata. El profundo y maravilloso azul del Océano Atlántico, el sol de pleno, el verdor de las palmeras no son augurio de disfrute, sino el prolegómeno del horror, más aún.

A unos quinientos metros en el mar o más, esperan los barcos. La visión de esos objetos marrones, enormes y desconocidos recortados sobre el agua detiene a los cautivos con pavor y obliga a los captores a multiplicar

golpes y latigazos. ¿Esos son los monstruos de los que hablan las leyendas? ¿Los caballos de los demonios? ¿Los que tragan a los hombres en su estómago? Los hombres se resisten y tratan de volver y los castigos arrecian. Los esclavos temen más a los monstruos que a estos dioses que golpean, pero las armas pronto mandan y aquietan.

— ¡Avancen!

Otros hombres y mujeres como ellos confluyen desde distintas direcciones y pronto la playa se puebla de seres condenados y de gritos. Las barcazas avanzan cortando las olas en busca de su mercancía. Sería más fácil si los barcos pudieran acercarse, pero corren el riesgo de encallar. La costa de Ouidah no permite que fondeen navíos de envergadura como lo son los grandes barcos comerciantes de portugueses e ingleses. Las pequeñas embarcaciones van y vienen en un trasiego sin pausa, indiferentes a la desesperación de los desahuciados a los que transportan.

Cuando algunos tratan de resistirse, el cuero quema pieles y aplasta cualquier intento de rebeldía. Asmina es forzada a subir en la precaria embarcación que avanza sacudida por el océano. El frío del agua que salpica, el dolor y el cansancio se hacen uno y las lágrimas fluyen sin control, anegando su rostro y el de los otros. No hay consuelo aquí, cada uno de los cautivos ensimismado en su angustia.



Apenas sí puede volver la mirada y dar un último vistazo y adiós a su tierra. Ya no la vera más, lo sabe bien. ¿Qué será de sus padres y hermanos? No los vio en la playa. ¿Quién cuidará de los que quedan, su pequeño hermano, sus abuelos? ¿Quién mantendrá el fuego Fon en la aldea? Baja la vista y llora, y se obliga a levantarla y mirar al frente.

## DOS.

La magnitud del monstruo—objeto—lo que sea, la asombra. ¿Cómo puede algo tan enorme mantenerse sobre el agua? ¿Será verdad que es un monstruo? Está cargado de otros demonios que se asoman y gritan. Con celeridad son obligados a ponerse el pie y subir por la débil y balanceante escalera. Debajo, el agua violenta y oscura golpea el casco.

Toca la madera de la cubierta y pisa la misma que cruje y chilla como si se quejara y de verdad tuviera vida. Mira hacia arriba y ve las cuerdas y telas blancas gigantes que ondean y parecen comerse el viento que sopla. Poco más puede apreciar, empujada sin miramientos hacia la negrura del interior, bodega a la que se accede por estrechos escalones y que se asemeja a una boca desdentada que los engulle.

Avistó el último sol y aspiró el último aire limpio y fresco por varias semanas. La oscuridad de las entrañas del barco serán su única realidad día tras día. Los grilletes de pies y manos pesados y apretados, serán lastres que impedirán cualquier movimiento. El olor es sórdido, nauseabundo y les cuenta de otras tragedias, de otros horrores, de otros como ellos.

La nave ha transportado tantos cientos de esclavos, ha sido testigo de

tanta muerte, dolor y miseria, que todo parece impregnado y testimoniado en su casco. Es un “Tombeiro”, nombre que los portugueses dan a los navíos mercantes negreros especializados en el tráfico de seres humanos de África a la América conquistada por los europeos.

La economía colonial americana es una generadora de réditos y riquezas sin igual, pero para ello necesita alimentarse de brazos. Es una máquina devoradora de hombres y fuerzas. Los blancos conquistadores no trabajan en los extensos plantíos de algodón, azúcar, tabaco o café o en las minas de oro y plata.

Los indígenas, primera mano de obra que usufructuaron hasta el hartazgo, fueron diezmados por la avaricia o la fuerza de la dominación a sangre y fuego. Los que no optaron por dejarse morir, los que quedaron, no resisten la brutal explotación en los cultivos y además la Iglesia católica los ha declarado seres humanos, aunque de segunda categoría y susceptibles de la tutela blanca, según la bula *Sublimis Deus* del Papa Pablo III, que disímil respeto tuvo en las tierras americanas, pero de todas formas fue un amparo para esos desgraciados.

Sin embargo, esto habilitó el intenso comercio de los negros africanos. La Iglesia no velaba tanto por estos seres y entonces, como objetos o simples productos eran extraídos de sus hogares y vendidos al mejor postor.

El olor de un Tombeiro se percibe a kilómetros en el mar, dicen los marineros. En sus entrañas y como cualquier mercancía de valor los hombres y mujeres negras son apilados con apenas espacio entre uno y otro, separados por sexo. Asmina mira a su alrededor, pero poco distingue a sus compañeros de travesía. La bodega es baja, no permite estar parados y apenas sentados, aunque no será así como permanezcan.

Los hombres blancos empujan, golpean, patean, mandan a todos a tumbarse. El viaje del horror lo hará en su mayor parte acostada, casi siempre sobre uno de sus lados, respirando sobre sus vecinos de mala suerte. El peso de los herrajes, además del hacinamiento, hacen imposible el movimiento.

Es el comienzo de una travesía tremenda en la cual solo sobrevivirán dos tercios o poco más de los pasajeros, que más que eso son carga. Sofocados por el calor y el aire viciado, apestados por el olor de sus inmundicias, apenas alimentados a pan y agua, muchos no resistirán y una parte de ellos eventualmente serán arrojado al mar, que más piadoso que los hombres, los acogerá en mortaja final, en un destino preferible antes del que les esperaba al arribo.

Sólo su inmenso coraje, resistencia y la fe en sus orixás, en sus espíritus, mantuvo viva a Asmina en tan espantosas condiciones. Obligada a refugiarse en su mente, esta divaga y corre por las sabanas de su tierra, donde el sol brilla y acaricia y el aire es limpio y fragante. Sus manos se hunden en

las frescas aguas del río y recibe la lluvia con placer. Casi en estado de catatonia, su razón se resguarda en el fondo de su consciencia y da paso al instinto de supervivencia. La muerte de algunas de sus compañeras de viaje aliviará algo la situación, apenas algo. Su alma viaja y duerme con los espíritus orixás.

Algunos cautivos se dejaron morir, a pesar del esfuerzo de los captores que incluso usaron la fuerza para forzarlos a comer lo poco e inmundo que les ofrecen. Contadas veces vieron el sol, alguna que otra vez cuando el hedor era tan sobrecogedor que hasta a los blancos molestaba. Eran llevados entonces a la cubierta y bañados a baldes con la salobre agua del Atlántico que sólo agregaba dolor a las heridas y llagas. En alguna ocasión se los obligó a bailar sobre la madera, dado que el ejercicio era la manera que encontraban de romper la inmovilidad y mantener algo de la forma corporal que evitara pestes y enfermedades que se volvieran epidemias.

Pese a esos primitivos recursos usados para mantener viva la carga, una parte murió por enfermedades fruto del hacinamiento, vaya a saber si por escorbuto, viruela, sarampión; apenas detectados los casos, sus portadores eran arrojados al mar para evitar la tragedia de un contagio masivo.

Sólo los últimos días de la travesía, cerca del destino final, mejoraron las condiciones y les aumentaron las raciones de agua y comida. Los esclavos, casi esqueletos vivientes, debían mejorar su apariencia para el

remate.

Un día, luego de mes y medio de tribulaciones, el barco llegó a destino. El largo trayecto había trasladado a los hombres de su natal África a las costas del Brasil, tierras de pertenencia portuguesa desde el siglo XVI. El clima había hecho aún más aciago el trayecto al sacudir el navío de manera constante. A Asmina le costó un buen rato volver a la realidad y percatarse que ya no se movían, al menos no tanto.

Entonces vinieron los gritos de los marineros que látigo en mano los obligaron a moverse y descender. Casi rotos pero sobrevivientes, aún seres humanos, hambreados, heridos, débiles y sin fuerzas fueron bajados a tierra firme.

El sol golpeó con fuerza las pupilas; los músculos, lo que queda de ellos, demoran en reaccionar. Ahí está de nuevo la luz, el cielo y el aire puro y limpio. Con el terror aún en su retina, Asmina da gracias de vivir aun cuando está sola. Rodeada de otros como ella, mas sola.

Ha logrado sobrevivir a una de las experiencias más tremendas que el ser humano pueda contar, proporcionada por los capitalistas del dolor. Otro capítulo comienza y la piel de la joven se va a ir curtiendo y su mente aprenderá lentamente a refugiarse en el interior cuando la realidad la supere. Y habrá mucho de esto los próximos años de su vida.

El caserío de negros es una construcción rudimentaria en las cercanías del puerto del desembarco, lugar de cuarentena para los recién llegados, donde se reponen para obtener mejor precio en la subasta. Se busca además evitar el contagio de eventuales enfermedades potencialmente desastrosas para la población local. En el siglo XVIII y en el Nuevo Mundo, más específicamente en el Nordeste Brasileño, sin vacunas y profilaxis, una epidemia puede diezmar poblaciones enteras.

Aquí los grilletes ya no están y la joven soba con suavidad las marcas procurando deshacer el dolor, a la vez que día a día recupera peso y vitalidad. Aún son castigados por nimiedades, pero la inminencia del negocio hace que los captores sean más pacientes. Nadie quiere arruinar la mercancía y ganarse la furia de los inversionistas, y mejor estado físico significa mayor ganancia.

La muchacha, que siempre ha sido algo retraída, logra sin embargo trabar amistad con dos jóvenes de otras tribus. Conocer sus historias y penar por las pérdidas entre todas al menos por unos días, dará algo de paz y descanso a su corazón. No saben que será de ellas ni por qué ha ocurrido todo, pero conectarse y consolarse, tomar sus manos y dejar correr sus lágrimas es una forma de aliviar el intenso pesar.

Otro giro en sus vidas comienza a producirse pronto. Luego de varios

días de mejoría en la alimentación, son provistos de vestimenta más limpia, son aceitados y obligados a peinarse, incluso a algunos, los más veteranos, se les pintan las canas. Luego son llevados de a pequeñas cantidades a un estrado ubicado debajo de un árbol, en una escena similar a la vivida en Ouidah.

Los esperan los rematadores, que han logrado congregarse a lo más granado de la sociedad de Pernambuco. Esta zona del nordeste del Brasil fue de las primeras en ser explotada por los portugueses, primero por el palo Brasil y las pingües ganancias que dejaba; luego el azúcar se volvió reina y señora, rindiéndose ante ella y sus ganancias el Imperio y sus apéndices coloniales. Portugueses peninsulares y criollos, los hijos y nietos de los conquistadores, encontraron aquí alivio a su pobreza o aumentaron su riqueza.

Están aquí los dueños de las fazendas más importantes de la zona, hambrientos de manos trabajadoras para sus latifundios de azúcar y café. Los hombres con levita, las mujeres con vestidos amplios y parasoles, los niños con sus galas. Blancos, felices y nutridos, observan a la joven negra y los otros mientras suben la escalera.

Lejos ha quedado la primera impresión que los esclavos tuvieron de los blancos como demonios. Claro que son hombres y mujeres como ella, razona Asmina, pero con el poder y la fuerza de su lado. Respiran, comen,



beben y duermen como ellos, defecan y ríen, pegan y acarician como ellos lo hacen. No hay divinidad en estos seres, que sí se asemejan a monstruos por lo que hacen, pero tristemente son humanos.

En el medio del estrado, la joven se ve foco de miradas apreciativas, mientras los hombres que dirigen gritan y la muestran, la obligan a dar vueltas, le hacen abrir la boca y enseñar sus dientes y palmean sus caderas. Se escuchan risotadas y algunas de las mujeres blancas tuerce el gesto o esconde el rostro detrás de un abanico. Dos hombres levantan manos y gritan, al señalarla. Le duelen sus ojos y las lágrimas que ha evitado derramar comienzan a colarse, pero las limpia de un manotazo. Tan rápido como la suben, las ofertas se suceden y la compra se efectúa, por lo que otra vez la mueven y la bajan ahora con un nuevo destino, que ella todavía desconoce.

Acaba de ser comprada por uno de los más ricos fazendeiros pernambucanos, uno de los primigenios barones del café del Brasil. Es el señor Luis de Los Santos, señor y dueño de miles de hectáreas y de cientos de vidas.

El siglo XVIII está en sus postrimerías y encuentra a la joven en un nuevo lugar, un nuevo mundo al que nunca podría llamar hogar. Perdidas su libertad y su dignidad en manos de los cazadores, deberá ahora sobrevivir bajo los dictámenes de un amo y una estructura económica que devora hombres y sueños.

Ana será el nombre que usarán sus captores cuando la nombren, un bautismo obligado. Mas entre los suyos, los nuevos suyos, siempre será Asmina. En su cabeza y su corazón siempre será Asmina.

Apilada con diez compañeros más, seis hombres y cuatro mujeres, es llevada en un viejo carretón por un camino sinuoso y verde, flanqueado por árboles diversos y fragantes flores. La naturaleza es pródiga y la impacta por su vigor y la visión deleita su espíritu. Ve animales pequeños desplazarse, diferentes a los que conoce y quedaron tan atrás, allende al mar.

Los caballos con sus jinetes vigilan la comitiva, al frente de la cual marcha el honorable De los Santos, gran señor de la zona junto a su esposa y sus dos hijos. Hoy ha sido un buen día para ellos, han podido reponer a buen precio la fuerza de trabajo. Hombres y mujeres fuertes para la siembra y mantenimiento de la gran hacienda, vitales y gráciles que realizarán la cosecha y atenderán las casas y sus menesteres, así como reproducirán de nuevo en sus vientres la mano de obra. Los esclavos son una inversión de largo plazo y más aún las mujeres que transmiten su condición a sus hijos y nietos.

### **TRES.**

El gran señor está muy satisfecho y contempla su gran imperio con el ojo del amo que no deja nada al azar. La tierra es buena y arroja cosechas interesantes a pesar que la mono-producción azucarera, tan extractiva y desgastante, se hace sentir. Por eso apuesta en los últimos tiempos al café. Se jacta de su primoroso sistema de organización: las cuadrillas de esclavos son eficientes y rápidas, apuntaladas y controladas por un cuerpo de capataces fieles y sin asomos de liberalidad.

Todo cuanto la mirada abarca y más allá, es de su propiedad. La joya más preciada de la fazenda es la casa principal y sus zonas anexas. Una pequeña ciudad en miniatura dónde galpones, quintas, establos y otros se conectan por senderos bien trazados y cuidados.

La aparición en el horizonte de las construcciones blancas y rojas que contrastan con el lujurioso verde de la vegetación impactan a Asmina y harán que sus ojos cobren vida. Flores, fuentes de agua, maderas lustradas de las aberturas enmarcan una mansión como nunca antes ha visto. Ve cómo se detiene más adelante el carruaje principal y de él descienden sus nuevos amos, vestidos en finas telas en colores negros y blancos, encajes, sombreros

con plumas, lustrosas botas y zapatos con hebillas. La señora de la mansión es muy blanca, sus ojos son extraños, pero no alcanza a distinguir nada más.

Vuelve a su realidad inmediata al escuchar los gritos y ladridos. El hombre que los recibe es un capataz no muy alto y entrado en carnes, con un látigo en su cadera y una voz de trueno. Es Marciano, un servil y rastrero ser que aprenderá a conocer y detestar con el tiempo. El capataz tiene como fiel compañero a un perro llamado Santo, fiero y bravo como el mismo, que ahora se pasea gruñendo con una mirada enojada, como estudiando los nuevos cautivos que deberá vigilar.

Los conduce a un largo edificio construido en tablones de madera y techado con paja sobre uno de los laterales de la fazenda, una construcción alejada varios cientos de metros de la casa principal. Cuando ingresan, la sorprende el calor y la gran cantidad de camas una al lado de la otra. Le es adjudicada una en un extremo por parte de quién dirige el lugar, una mujer negra ya mayor y de pocas palabras pero que conoce su idioma y la observa con bastante fijeza. Por un instante la fuerza de su mirar la envuelve y le recuerda a su abuela. ¿Qué será de ella, habrá sobrevivido? ¿Habrará...? Sacude su cabeza mientras se sienta por un momento en la cama, apenas un momento porque la actividad la envuelve al instante.

El período de aleccionamiento comienza de inmediato: en una primera instancia le muestran los cultivos y las casas y qué hacer en cada uno

de los lugares, para más tarde ser asignada a la cuadrilla de recolección del café. Mira y mira, escucha y trata de asumir la enormidad de datos e información que sus sentidos y su cerebro recibe. Nunca antes había visto nada de lo que le muestran. Las construcciones, la forma de plantar, la enormidad de gente trabajando en los plantíos, las lenguas. Todo se mezcla y la confunde, pero no hay tiempo para procesar, debe limitarse a mirar y copiar a los otros.

Su nuevo lugar es una fazenda que fue otrora azucarera por excelencia, pero en la que se está procurando la transición al cultivo del café. En la América colonial las eras o tiempos económicos se miden por la mono producción: cobre en Chile, ganado en el virreinato del Río de la Plata, metales en las ricas Perú y México, azúcar y café en el Brasil dominado por Portugal.

Es una tarea dura como pronto comprobará Asmina en jornadas agotadoras bajo el potente sol. Está acostumbrada a la fuerza del astro rey, pero antes solía y podía matizarlo con un zambullón en el río o una siesta debajo de algún baobab. Aquí nada de eso es posible. El sistema es casi feudal y el fazendeiro reina y gobierna confiando en sus acólitos, capataces que venderían su alma al Diablo para satisfacer al máximo jefe. En este sistema el esclavo es una inversión, un engranaje.

La siguiente jornada la encuentra ya sumada a la labor. Avanza en fila

siguiendo a los trabajadores más experimentados en los campos de labranza. Parte de carne y músculos han retornado a sus brazos y piernas y la fuerza aumenta. Igual sigue empeñada en un silencio de duelo, sólo sus voces internas invocan a los orixás y lloran por las pérdidas. Agradece a pesar de todo haber vivido y poder respirar. Ahí están los espíritus como siempre alrededor: luna vientos, sol, pero no escucha a sus muertos en la Naturaleza; estos han quedado lejos. Pronto, sin embargo y aunque ella no sea capaz de imaginarlo ahora, la vida y las circunstancias harán que las voces de otros seres amados los vayan sustituyendo.

A medida que las semanas pasan y se inserta de forma obligada en la rutina de la hacienda, Asmina aprenderá y se conectará lentamente con los otros esclavos, negros como ella, mas no del mismo origen. Aquí coexisten, fruto del tráfico y los negocios, distintas tradiciones y creencias y aunque para los blancos todo sea lo mismo, también hay jerarquías. Un submundo de poderes de la mediocridad que reparten castigos y labores de acuerdo a afinidades, cercanías o lejanías. Ella observa y aprende. No tiene tiempo ni ganas de conflictos, solo la mantiene en pie el hambre de vivir.

El sol aprieta y encandila, mas esto es poco para alguien habituado al fuego africano. Su vestimenta ha mejorado, los andrajos del viaje han dado paso a un vestido casi decente con poca forma pero que cubre su cuerpo. Al nuevo amo le gusta que sus posesiones luzcan bien y aunque mide cada

moneda que gasta en ropa y alimentos, considera que las inversiones se deben mantener. Pan, mandioca, frijoles y tasajo, un churrasco seco y salado al extremo, cubren las necesidades básicas de la mano de obra. No son manjares y ningún blanco que se precie viviría con ello, pero está bien para los esclavos. La familia De los Santos se jacta de su compasión en una época en que la misma Iglesia Católica no la ve necesaria para los esclavos, al menos el silencio con el que cubre o ignora el tráfico parece indicarlo así.

Asmina aspira la fragancia proveniente de los arbustos de café, que se intensifica más y más a medida que se acercan al plantío. Es un aroma maravilloso, no en vano se lo llama Jazmín de Arabia. El verdor de las hojas y el morado de las bayas la rodea por doquier; las plantas superan los dos metros y son pródigas en frutos. Sus compañeros la empujan para que deje las contemplaciones y continúe, no hay tiempo que perder.

Los hombres arrancan sin cesar los pequeños frutos que las mujeres recolectan en cribas enormes, las cuales llevan una y otra vez llenas hacia los carromatos, que parten una vez repletos hacia los patios de la hacienda, donde serán dejados al sol para que las bayas se sequen y el preciado grano de café aparezca. Horas y horas con peso y caminando bajo el sol, desde que este sale hasta el poniente.

Cuando la época de la siembra llegue, comprobará que es aún más agotadora. Los capataces son implacables con los débiles, los cansados o los

rendidos. En la maquinaria de la fazenda, los cuatro capataces tienen el control diario de la producción y lo manejan sin piedad. Mestizos o mulatos con poca suerte, hijos ilegítimos de blancos o negros desheredados de la fortuna, cobrarán en las espaldas esclavas muchas de sus cuentas personales.

Fue el segundo día de labor que Asmina conoció a fondo el enojo de uno de ellos. A media tarde, agobiada por el peso de la criba, tropezó y cayó, desparramando las codiciadas bayas y aplastando otras con su cuerpo. Intentó levantarse con rapidez pero antes que pudiera hacerlo sintió un dolor espantoso en su espalda, que la tiró nuevamente de rodillas y le hizo perder la conciencia por unos segundos. Se despabiló e intentó incorporarse, mirando con pavor a Marciano que blande otra vez el látigo desde su montura. El animal parecía venirse encima y esto la asustó una vez más y la impulsó a correr, mas cayó otra vez de espaldas. Contrariado por su actitud el capataz la observó con ira mal contenida.

Esa es la segunda vez que lo ve y la aterroriza. Poco sabe de él, pero intuye su mala entraña. Marciano es un mulato hijo de una esclava que se jacta entre los suyos y en forma soterrada de ser hijo del propio patrón De los Santos. Es un hombre joven pero la amargura de su persona y la soledad en la que vive por su rencorosa visión de los demás que tienen algo, lo ha convertido en un sádico. Ha sorteado por milagro y por obra de su padre blanco las vicisitudes de la esclavitud. Implacable con quienes debería



considerar sus iguales por su origen o al menos compadecer, es un hombre que gusta del sufrimiento ajeno. En esta oportunidad, el accidente de Asmina es la situación perfecta para su descarga violenta y sólo la orden seca de otro de los capataces lo frena.

— ¡Basta ya, Marciano! Sabes que al amo no le gusta que lastimes a los trabajadores. Estropeas su valor e interrumpes la labor de todos. Esta es de las esclavas nuevas, además.

Asmina no entiende el diálogo, pero lee el desencanto en la faz del hombre que la observa y entonces le sostiene la mirada en un gesto de orgullo. Este rictus de rebeldía y coraje es mal encajado por Marciano y solo la expone más ante un hombre que vive de quebrar física y espiritualmente a otros.

Marciano asume la orden, se da vuelta y sigue gesticulando con los otros para que continúen trabajando, tiempo en el cual otra esclava se acerca a la joven y la ayuda a incorporarse. Su espalda desgarrada sangra, pero recién se da cuenta de ello cuando alguien trae un cubo con agua y la derrama sobre la herida, y ve entonces el rojo líquido correr sobre sus piernas. El agua ayudará a conservar la herida limpia y esto es fundamental ya que serán varias horas de suplicio con las que tendrá que convivir hasta poder regresar finalmente a la barraca, una vez la jornada acabe. Esta no se suspende por nada.

El dolor es intenso y constante y lo será por semanas hasta que cicatrice. Será su marca de por vida, segunda que le imponen sus captores y su espalda comenzará a contar la historia de su tragedia. Al llegar a la zona de barracas, Dure, la anciana que todo ve y coordina, la toma por el brazo y la conduce al fogón. Observa el latigazo y con presteza toma varios ungüentos que coloca en la larga y fea herida. Con suavidad las manos arrugadas pero suaves aplican y calman y le vuelven a traer los recuerdos de su abuela. La voz cascada y ronca la saca del sopor. Es su lengua, la de los Fon, la que usa la mujer.

—Curarás pronto, a pesar del dolor. Debes tener cuidado, hablar poco y errar menos. Marciano suele ensañarse con la misma gente, busca romper sus almas.

—Los orixás me protegerán, ellos todo lo ven y castigan el mal— señaló y la anciana la analizó con severidad.

—Los orixás protegen a quienes cumplen con ellos. Tal vez tú no eres digna de su protección.

La miró con sorpresa y también pánico. ¿Qué decía? Los espíritus eran buenos. Ella no había hecho ningún mal ni les había fallado en nada, estaba segura. Si ellos no la cuidaban, si se habían enojado con ella ¿quién la protegería? Ella idolatraba sus espíritus y ahora que estaba sola y en otras

tierras, tal vez ellos no la veían. En su hogar, su tribu y otros pueblos amigos realizaban cultos y tributos sencillos para calmarlos e invocarlos. Aquí no había podido más que orar en silencio. Tal vez no la escuchaban, razonó.

—Yo respeto y amo a los espíritus. Ellos siempre han sido buenos conmigo. ¿Cree usted que me olvidaron? ¿Cómo podría hablar con ellos? ¿No hacen ustedes fiestas en honor al dios, a los orixás?

Dure apreció su congoja y dolor y asintió.

—Claro que honramos a Olodum y a los demás. Ya verás cómo lo hacemos. Y participarás y no te preocupes, si eres como dices digna de su cuidado, ellos volverán a contactarte.

Esto la tranquilizó en parte. Pronto aprendería que en estas tierras la mezcla de orígenes y de pueblos africanos había gestado nuevas formas rituales y espíritus heterogéneos frutos de la fusión entre los ritos orixás, y el vudú, pero se adoraban a las fuerzas sobrenaturales con pasión y vehemencia.

## CUATRO.

El profundo ardor de su espalda y el temor de haber perdido el favor de sus protectores la sumió en un sueño inquieto. La noche pareció interminable y el clarear del día la encontró sudorosa y casi delirante por la fiebre. Los grandes ojos de la anciana la taladran sentada a su lado, proveyendo de alivio con compresas y más unguento.

Apenas tiene fuerzas para levantarse, pero lo hace ayudada por otras muchachas que después supo son nietas de Dure. Pudo comer y tomar agua, así como vestir el nuevo atuendo con el que cubre la cruel herida. Con ellas como bastón marcha en la fila hacia el campo. La larga jornada es matizada por la disimulada pero constante ayuda de quienes actúan como escoltas. Nacidas en el lugar, saben de memoria las rutinas de los capataces y se las arreglan para sostenerla cuando parece desfallecer y cosechan buena parte de sus bayas. Agradece cada vez, con una sonrisa de alivio y comienza a ver que tiene amigos, ya no está sola.

La vuelta es lenta y apenas puede resistirla, pero agradece. Por lo bajo, viendo que ha encontrado hermanas. Sorteas con éxito la jornada pese a la guardia que el empecinado Marciano hizo sobre ella, factiblemente

esperando una nueva excusa para lastimar. Sólo porque sí, porque puede y quiere. Pero hoy no pudo, no hubo incidentes. La anciana la recibe y la cura. Una y otra vez en los siguientes días, hasta que las fuerzas vuelven y el dolor progresivamente desaparece.

Asmina presiente que Dure ha visto algo en ella, algo que hizo que brotara la ayuda. Ignora aun qué es, pero la mujer pronto se encarga de hacérselo saber.

—Te he observado. Tienes temple y hablas poco. No lo entiendes aún, pero eres una mujer elegida. He visto cómo te mueves. La orixá Obba vive en ti, estoy segura, sólo necesita ser despertada.

— ¿Obba? —no la conoce, nunca ha estado en sus oraciones—. ¿Cómo hago eso, despertar la orixá en mí?

No duda, cree a pies juntillas lo que le dice la anciana. Esa Obba, quien sea, también estará de aquí en más en sus ruegos. En su mundo cada objeto o ser tiene un sentido, un destino. El plano terrenal y el de las deidades se conectan. Y ella necesita que los espíritus la abracen, la cobijen y le hagan saber que a pesar de lo malo, la soledad, los castigos, todo va a estar bien y ellos aún la quieren.

— Deberás creer y danzar; deberás despertar a quien vive en ti. No hay misterios en esto, el corazón se muestra en la danza y ellos, siempre

sabios, eligen en quien manifestarse.

Esa simple afirmación, casi una orden, propiciará más adelante su bautismo dentro del ritual del Candomblé, religión sincrética mayor de los esclavos de las zonas brasileñas. En este culto mixto el Dios supremo es Olodum y los Orixás son múltiples espíritus que representan tanto a las fuerzas de la Naturaleza como a antiguos nombres de importancia en la historia africana de las tribus e implican una forma de conectarse con el ambiente. Música, transmisión oral, canciones, vestimenta, comida: cada uno tiene su papel especial y justificado en los rituales establecidos por la jerarquía de candomblé. Los roles adjudicados a los fieles devienen de la estructura política religiosa de cada lugar.

Los orixás representan o pueden asociarse con elementos cósmicos, esto Asmina ya lo sabía y veneraba cada ser vivo como poseedor de lo que los cristianos llaman alma. Pero las formas de los ritos y la complejidad del Candomblé le fueron explicada cada noche por Dure en una letanía devota. La anciana formaba parte de la jerarquía del rito en la hacienda, que no por forzado o prohibido por la Iglesia Católica, dejaba de ser practicado en los galpones de esclavos en sus tiempos de ocio y noches de festejo. Exento de un libro sagrado escrito, la tradición oral es fundamental en la explicación y expansión del Candomblé.

Al final de cada día de trabajo, Asmina se acerca a Dure y aprende.

Olodum, Dios supremo y creador, dejaba en los orixás la acción de dar vida, muerte, amor, salud y todo lo que los seres humanos ven como preciado. Ellos son la llave para todo lo que los humanos quieren y el origen de sus penas y sus dichas. Una compleja gama de espíritus superiores, pero también peleadores, enamoradizos, celosos, envidiosos, solidarios. Ellos protegen y amparan a los devotos de distinta forma. Cada creyente tiene uno que lo protege más o que responde por él, en la medida que el fiel lo honre como se debe.

Dure era en la hacienda la guardiana de las hierbas mágicas, proveedora del invaluable conocimiento de la medicina natural que cura y adormece, que calma y cicatriza. Poseedora de los conocimientos de la tradición oral, esa negra arrugada como una pasa con cabello ralos que aún conservaban algo de ensortijados, de manos surcadas por la huella de los años y el trabajo, era una pieza importante en la jerarquía del candomblé de la hacienda de Luis De los Santos.

Algo percibió de entrada en Asmina, un don aun no demostrado, una posibilidad aun no desarrollada, una llama todavía no encendida o apenas titilando. Por ello se tomó la tarea de instruirla en las entrañas de la religión tal y como se practicaba en los galpones de esclavos y como se establecería en los futuros terrarios o templos de Bahía, sede principal de las creencias.

No había necesidad de adoctrinar a la chica en el sentido exacto de la

palabra, el animismo, la creencia que cree que las fuerzas naturales se vuelven corpóreas, era parte de los ritos de su antigua tribu. Pero sí adquiere la estructura, y sobre todo se adentra en los rituales tales y como se practicaban en el Brasil. Pronto formaba parte de la cohorte de Dure, miserable corte de esclavos que tenía fe inquebrantable aún a pesar de lo terrible de las circunstancias, que conservaba la esperanza y adoraba sin dudar.

Esperaba con ansias el momento propicio para su iniciación formal en el Candomblé, pero su alegría por la próxima conversión se vio bloqueada por un suceso de una crueldad inusitada, que se sumaría como otra cuenta al collar de sus peripecias.

Marciano nunca había dejado de rondarla, en parte fastidiado por su indiferencia y también atraído por su belleza. A veces incluso desde muy lejos, ella percibía su mirada, mezcla de pasión y deseo por su cuerpo que cada vez se mostraba más entero y más rotundo y que no podía ser escondido. Él procuraba contenerse; el amo prohibía a los capataces desahogarse con las esclavas nuevas, pero también mascaba su rebeldía pues en definitiva él era un hijo de la familia principal, aun cuando despreciado y jamás reconocido. Su mirada aviesa y lo fácil de su furia lo hacían temible.



Era un mulato recio, de miembros algo cortos y torcidos. La herencia física del amo blanco no lo había favorecido y los rasgos finos y gráciles de su madre bantú no habían prevalecido y sólo se registraban en su color de piel, que detestaba.

Si no era él, era su perro el que rondaba por los surcos de los cultivos de la hacienda o por los patios, mostrando los dientes con fiereza, dispuesto a morder y desgarrar si era necesario. Había sido adiestrado como un mastín para perseguir a los negros que cada vez que podían escapaban en busca de la libertad y el sueño de los quilombos o pueblos de negros libres.

El taimado hombre encontró la oportunidad una tarde ya cuando el sol se dejaba caer en el horizonte. Asmina se retrasó un tanto en el camino de regreso, distraída por la belleza del ocaso. Quiso recuperar su lugar con rapidez, pero el capataz le cortó el camino con su caballo. Bajó del mismo sin hablar, señaló con su látigo los matorrales de café y ella sintió pavor. Intuyendo sus intenciones, quiso correr, buscar el amparo de la fila de compañeros y de los otros capataces que ya iban cincuenta metros adelante, distancia además bloqueada por el perro que, echado, la miraba con fijeza.

Ante su inmovilidad el hombre la alcanzó y tomó por el brazo, arrastrándola al abrigo del cafetal más próximo, buscando el amparo del follaje, no por prurito y sí por prudencia. Sabía que no debía, pero la urgencia por tomarla era demasiada. Liberó su pantalón del cinto y dejó su miembro

excitado al aire, envarado y listo para su tarea frente a una Asmina aterrorizada y llorosa. Tomó a la muchacha por el cabello y le hizo darse vuelta levantando su vestido y sin mediar palabra la sodomizó, con la mayor impiedad, lastimando a su paso, generando un dolor sordo y hondo que la hizo gritar pero que fue ahogado por la tosca y mugrienta mano. Lo mordió y él acusó el castigo, que originó el brutal golpe en la oreja que casi la desmayó. Entonces él continuó pujando y lastimando su cuerpo desmadejado hasta acabarse.

La arrojó entonces al suelo, y ella se vio desecha en lágrimas por los dolores, golpeada y mancillada. El agua fría que le arrojó con una cubeta la hizo reaccionar. Con una sonrisa cruel la obligó a levantarse y recomponer sus ropas impregnadas de la sangre que corría por sus piernas y asqueada por el olor a café que la envolvía, ese aroma dulzón que asociaría siempre desde entonces a la depravación. Sus piernas temblaban, apenas si se tenía en pie. Él señaló otro jarro con agua y la obligó a asearse para encubrir al menos lo más visible de su acción. Luego la instó a caminar hacia la hacienda, donde explicó las visibles dificultades de ella para caminar como su merecido castigo por un intento de fuga. Si los otros le creyeron o no, no se supo. Marciano era un hombre astuto, traicionero y vengativo y no convenía estar de malas con él.

Dure la recibió en el galpón y lo supo de inmediato. Su mirada

acostumbrada al dolor y a la mala fe de los hombres no tuvo atisbo de dudas. Sin emitir sonido le acarició el cabello y la hizo tenderse en un camastro. Con suavidad la limpió, la aseó con el cariño de una madre, acostumbrada a estas lides y circunstancias donde la mujer negra era un objeto, más que el hombre, que se toma y se da sin preguntar o considerar. Mientras la anciana curaba las huellas visibles de la infame violación, Asmina se refugió en su mente y en esta la orixá le habló y le dijo que no debía temer. El dolor pasaría y su vigor volvería, y ya otros estaban pensando como castigar al demonio Marciano por su fechoría. Ya no la dañaría más. Era una mezcla de su torturada mente y de la voz de la anciana Dure que planeaba cobrar en especie el dolor infringido a su protegida, la que creía voz de la orixá.

Dos días transcurrieron en los que Dure la ayudó y apoyó y en los que tuvo que trabajar como siempre. Pero en ese lapso el perro del capataz apareció muerto en medio del patio que se usaba para el secado de las bayas de café, provocando la furia y desazón del hombre que sin embargo se mantuvo en su sitio y no cobró venganza. Él sabía de la furia de Dure por lo realizado y temía sus artes oscuras. El pobre can estaba envuelto por ellas: yacía sobre una losa del patio con un trozo de vestido de Asmina y él era un hombre que entendía los mensajes. A partir de entonces se cuidó muy bien de acercarse a ella, aunque el daño principal estaba hecho. El sexo no era ajeno a los conocimientos de Asmina mas nunca lo había practicado y siempre lo

había asociado meramente a la reproducción. Lo que le acababa de ocurrir, además de doloroso y brutal, hizo que conectara el acto con lo feo y oscuro.

## CINCO.

El fazendeiro Luis De los Santos se incorporó y salió de la capilla ubicada en el ala este de la mansión, su espacio personal de oración y devoción a Cristo. Era un hombre sumamente devoto, de esos que practicaban el rito todos los domingos inexorablemente, además de cumplir a rajatabla las indicaciones más claras de la Biblia y los preceptos que señalaba el sacerdote.

Esa concepción no le impedía, sin embargo, sacar provecho brutal de la mano de obra esclava. El sistema estaba establecido desde hacía muchos siglos, no lo inauguraba él y tampoco lo cuestionaba. Era la base económica del funcionamiento de la fazenda y del sistema capitalista. Los negros africanos no calificaban como seres humanos, eran propiedad exclusiva de sus amos y por tanto su vida y su muerte estaba en las manos de sus propietarios.

De los Santos en particular se jactaba de ser un hombre justo y tratar a cada quien de acuerdo a su merecimiento. Su idea era que los esclavos debían comportarse de acuerdo a normas y en el caso de no hacerlo, eran merecedores de castigos. Pero no abusaba de ellos, para eso tenía a sus

capataces que se encargaban de grabar a fuego y sangre los requerimientos del amo, que no se ensuciaba las manos.

Ese día en particular iba a recorrer la hacienda para tener una idea cabal del estado de la siembra. Quería además organizar en cuadrillas diferentes a sus esclavos ya que le gustaba rotar e ir cambiando para que no se generaran alianzas demasiado sólidas que pudieran derivar en fugas masivas planificadas, esas que ocasionaban dolores de cabeza a todos los hacendados de la zona. Los esclavos fugados además de ser una pérdida económica eran mal ejemplo que podían ocasionar futuras rebeliones.

Salió al gran patio y bordeó la enorme fuente observando que el agua estuviera tan limpia como le gustaba a su esposa. El jardín resplandecía, las flores en su mejor momento. Su mujer disponía de varias esclavas para la limpieza de la casa y el mantenimiento de jardines, de tal forma que eran la envidia de las haciendas vecinas.

Sus capataces esperaban obedientemente a la entrada de la zona de galpones y barracones, compuestos y serios. Al primero que visualizó fue a Marciano y sintió ese resquemor del pasado, un arrepentimiento por obras lejanas que lo desnudaban en alma y cuerpo, aun cuando buscaba expiar sus pecados con fervor.

No siempre había sido tan ecuánime como hoy día; varias veces en su

juventud había sido presa de sus instintos y sus deseos, derramando en las esclavas jóvenes sus pasiones. Fruto de uno de esos arrebatos era este mulato al que procuraba darle un sitio, pero del cual sin embargo abjuraba.

Jamás había hecho comentario alguno sobre su paternidad y de hecho no lo permitiría, pero su mirada aviesa le indicaba que aquel no ignoraba que era el padre y cada tanto tomaba ventaja de esta situación y ese espacio nebuloso entre ambos.

En múltiples ocasiones había explicitado a sus acólitos la necesidad de preservar a los esclavos y no castigarlos en demasía o en formas que alteraran el funcionamiento de las cuadrillas. No era un tema solo de relativa humanidad, era un asunto económico. Tener a los esclavos lo más cómodos posible implicaba mejoras en las formas del trabajo. Por ello también permitía o hacía oídos sordos a los bailes y rituales que se practicaban en la oscuridad de la noche o en la lejanía de sus literas o galpones.

El sacerdote se quejaba repetidamente de que los fazendeiros de alguna manera habilitaban las prácticas religiosas paganas, mas era un tema de equilibrio de fuerzas y poderes. La violencia y el temor mantenían sujetos a los hombres, pero si les quitaban lo más caro como lo eran sus dioses, la olla a presión podía estallar.

Su caballo estaba dispuesto, un percherón poderoso y elegante, de

gran alzada, que disimulaba la baja estatura de su jinete. Los adornos de su pechera y la montura habían sido traídos directamente de Europa, aunque la herrería correspondía a los artesanos locales.

Tenía dificultades para montar; los años habían trazado huellas en su andar y la buena comida y el buen pasar habían engordado su cintura. Fue ayudado por uno de sus capaces que como bolsa de papas logró que el gran amo se mantuviera sobre un caballo que según comentaban en la intimidad de sus cocinas, merecía mejor jinete. El fazendeiro, lejos de importarle o sentirse herido en su orgullo, aprovechaba vivamente la deferencia de sus capataces. Con un gesto les indicó que avanzaran y lo fueron guiando hasta los campos mostrando los distintos grados de crecimiento de los cafetales.

El azúcar rendía menos frutos día a día y los amos del nordeste hacía algún tiempo que habían comenzado a experimentar con el nuevo fruto, que tenía buena entrada y demanda en Europa. Sus suelos, empero, no eran los mejores para el café, que se trabajaba mejor en las haciendas del centro y sur del Brasil donde el clima y las tierras más fértiles ayudaban.

Aspiró con fruición el delicioso aroma. Sintió el viento en su cara y desde la altura de su montura miró con satisfacción. Tierras y hombres le pertenecían y les pertenecerían a sus herederos. Se concentró en analizar el estado de los arbustos y bayas, ponderadas sin cesar por el capataz principal. El calor era intenso y los cuerpos de ébano apenas si lo registraban. Esa era



una de las principales razones por las cuales eran los mejores trabajadores. Sin embargo, le pareció que se movían hoy con cierta inercia bajo el sol y por ello indicó que era necesario redoblar esfuerzos.

Su recorrida lo condujo luego a los galpones. Pretendía redistribuir tareas y para ello necesitaba la ayuda de la anciana Dure que conocía a todos y cada uno de los esclavos de la fazenda. Imposible saber su edad, estaba ahí desde que él tenía uso de razón. La sabía útil y astuta y no ignoraba que todo lo que debía saberse y hacerse en los barracones pasaba por ella. La encontró en el patio de secado y conversó desde su caballo sin apearse. La anciana lo escuchó manteniendo la mirada. Asintió ante el pedido. Sabía que ella recordaría al pie de la letra cada una de sus exigencias incluso la de reforzar la casa principal con una o dos esclavas. Tenían una importante reunión esta semana y necesitaba manos extras para la limpieza y preparativos.

Al momento de retirarse le llamó la atención sobre uno de los costados una negra que traía una de las cribas con cierta lentitud, una mujer inusitadamente bella, alta y cimbreante. Por alguna razón le recordó a la hermosa negra esclava madre de Marciano, una muchacha de una sensualidad desbordante. Tantos años atrás...

Había sido incapaz de contenerse ante su figura y durante muchos meses sació su apetito sexual en ella, tanto que llegó a convertirse casi en una obsesión, al punto que su padre vendió a la mujer a una fazenda lejana donde

no pudiera encandilar nuevamente con sus malas artes a su hijo. Mas él, empecinado y cegado la siguió y entonces supo que estaba embarazada. Recordaba el espanto que había sentido al pensar en una descendencia por fuera de la línea blanca. Su crianza y preceptos familiares lo arrojaron y se dejó convencer de alejarse, en un gesto sabio que hoy agradecía infinitamente.

Nunca más se acercó a ella. Sin embargo, en algún momento más adelante en el tiempo, ya adulto y a cargo del establecimiento, el remordimiento hizo que comprara al pequeño fruto de su locura, de sus aventuras, el rencoroso Marciano que lo interpelaba desde su condición de mulato. Lo visualizó como un acto de arrepentimiento, un gesto piadoso y humanitario de su parte, aunque nada debía, en su opinión y la de la sociedad que lo rodeaba.

Había sido su actual esposa, la honorable Isabel Da Costa, descendiente en tercera línea de conquistadores portugueses y cuya familia era dueña de una buena porción del área de Pernambuco, quién lo volvió al camino de la decencia y las buenas costumbres. El matrimonio no se hubiera concertado si ella no se hubiera encaprichado con su persona a partir de aquella fiesta de los Silva. Agradecía al buen Dios que aquella muchacha algo anodina y con escasos atractivos corporales hubiera posado sus ojos en él. Le permitió reacomodarse frente a los ojos de su padre y heredar a la

muerte de su suegro un conjunto de tierras de excelente productividad, esas en las cuales ahora experimentaba con los cafetales.

Se cuidaba muy bien de dar algún motivo de celos o preocupación a su mujer. Esta compensaba su figura poco agraciada con un temperamento formidable y una feroz inquina hacia el irrespeto de los santos votos matrimoniales. Criaba a los hijos con una férrea disciplina que priorizaba una visión de pureza racial extrema. Bien que se cuidaba el fazendeiro de que ella supiera el origen de Marciano, no solo porque lo echaría de inmediato y eso sería injusto, sino porque también sentía algo de temor frente al capataz.

Despejó sus recuerdos y volvió a mirar a la muchacha que le había provocado tales memorias. Le llamó la atención y le fastidió su morosidad. No toleraba la vagancia y la haraganidad, madre de muchos males como bien especificaba su religión. Al interpelar al primero al mando, este le señaló por lo bajo y con cierta contrariedad que la mujer había sido castigada por Marciano. La cólera hizo que llamara a los gritos al desgraciado y le sindicó su comportamiento, que rompía expresamente los preceptos que defendía en relación a los esclavos además de ser una ostentación de personalismo que no podía permitirle.

El capataz agachó su cabeza y aceptó el destrato sin argumentar, aunque la furia se dibujó en su cara apenas el fazendeiro dio la vuelta. y continuó dando órdenes por otro lado de la hacienda, ya olvidado de él y la

situación.

## **SEIS.**

El terrible ataque dejó severas huellas en el físico y el estado de ánimo de Asmina. Varios días le costó la recuperación, horas en que recordaba con pavor lo ocurrido y permanecía encerrada en un mutismo preocupante. Su mente divagó en ocasiones, explorando la posibilidad de la muerte, tal vez alivio a sus pesares y soledad. Sin embargo, tres cosas mantuvieron su cordura: su inquebrantable fervor en los espíritus, la mano suave de Dure que conseguía desvanecer sus pesadillas y enjugar su llanto y el odio visceral a Marciano, sentimiento que creció larvado y escondido por necesidad pero que florecería y se iría intensificando cada vez más.

La certeza que los que todo lo pueden tenían trazado un destino especial para ella y no era la muerte, la llevó a aceptar la idea de Dure de atravesar el ritual de iniciación del candomblé. No tenía claro qué o cómo era, pero bastó que le dijeran que era comenzar una vida nueva bajo la protección de un espíritu piadoso para que lo aceptara. Necesitaba un nuevo amanecer que, sin borrar las pisadas más bellas de su pasado camino, le permitiera dejar atrás horrores y caminar con fuerza hacia adelante.

La anciana se encargó de que el tiempo de preparación necesario para

la ceremonia estuviera aliviado de tareas y para eso la asignó al patio de secado de granos. Fue cuando conoció por primera vez de cerca a su nuevo amo. Le intimidó desde la altura de su caballo, observando todo con altivez, con una voz chillona que imponía mientras sus ojos la observaban por bastante tiempo.

Entendía ya algunas de las palabras del portugués, pero no fue necesario más; por el tono con el que se dirigió a Marciano era indudable que estaba colérico con él y si bien este no reaccionó contra el amo, sí sintió otra vez sobre ella la mirada enojada, como si lo conversado tuviera que ver con su persona. Esto la hizo estremecer. Afortunadamente la comitiva siguió su camino rumbo a otras zonas de la hacienda.

Luego todo volvió a la normalidad y el tiempo de relativa quietud que siguió tuvo un propósito elevado: su bautismo dentro del candomblé. Como en cualquiera de las religiones del mundo, presentes o pasadas, la primera fase de una conversión incluye una etapa de preparación que incluye aislamiento, tanto como sea posible. En un sitio tan poblado como el de los barracones de esclavos eso era casi imposible, pero Dure se las ingenió para lograr que apenas tuviera contacto con el resto, salvo ella misma y alguna de sus nietas. La anciana le presentaba el momento como un nuevo nacimiento, la posibilidad de lograr amparo y apoyo de una nueva familia y la protección más cercana de las orixás.

El día previo al gran acontecimiento la mujer le acercó con ceremonia instrumentos para rapar su cabello. No dudó, no había en su mente un solo espacio para la coquetería o la vanidad, entregada a los designios de su destino y de su futura madre, “Mai”. Con suavidad, esta fue eliminando el ensortijado cabello hasta que pudo sentir con sus manos la suavidad de su cabeza descubierta. El gran momento sería la próxima noche, momento de reunión y festejo a la par que de alabanzas al gran dios Olodum y las divinidades por él creadas, los orixás.

La oportunidad era perfecta y había sido elegida ya que coincidía con una gran fiesta organizada por los grandes amos de la región en una de las fazendas cercanas en honor a un funcionario real que venía de Portugal. Era menester mantener el silencio para evitar castigos de los blancos que perseguían a todos quienes no creían en el único Dios y su hijo, Jesús. La pesada aculturación religiosa practicada por los conquistadores no evitó empero la propagación de sectas y alentó el sincretismo, pues las deidades o espíritus de los indígenas o negros subsistían en la fachada de los santos católicos y era claro que hasta los esclavos más fieles adoraban en Cristo la figura de Olodum.

En la intimidad de las barracas y los patios retirados de las mansiones, las ceremonias de iniciación y adoración se poblaban de color y música, baile y comidas. Mientras los fazendeiros gozaban en sus casas y grandes salones,

a la luz de candelabros finos y suaves brocados, entonados por finos vinos y manjares frescos y sabrosos, sus esclavos revivían y pugnaban con sus oraciones por hacerse del favor y cuidado de los orixás.

Y este era el caso esa noche de 1791, estrellada y clara, con una luna formidable, sin duda evidencia de que sería una velada para el recuerdo. Asmina miraba con cierto nervio, enfundada en un bello y trabajado vestido blanco. Su piel refulgía y sus ojos brillaban con ansiedad. Había sido debidamente instruida en cómo comportarse y qué esperar del momento. Cómo ella, había varios jóvenes que estaban en la edad de ser introducidos en el rito. Solo esperaba que no hubiera percances y que alguna de las orixás se manifestara en ella. Sabía que cabía la posibilidad de que esto no ocurriera, pero se sentía confiada.

Temprano en la tarde dos mujeres la habían acompañado para que pudiera realizarse un baño de hierbas sagradas o también llamado “Amaci”. La purificación era otro paso esencial. En medio del gran galpón que había sido destinado esa noche a la celebración, se presentaban los elementos sagrados: el agua, fuente de vida y pureza, los objetos rituales o “limas” que representaban a los orixás y por eso considerados poseedores de su “axé” o energía vital: La piedra Sagrada, el altar o “pege”, estaba en el lugar central. Todo el sitio había sido depurado con polvo sagrados. Algunos animales, un gallo y un cabrito, estaban atados afuera esperando para ser ofrendados a los



orixás en señal de devota adoración.

Hombres y mujeres lucían trajeados en colores vivos: amarillos, azules, blancos, cobrizos, ataviados probablemente con trajes venidos a menos de sus patronos y obtenidos de tercera o cuarta mano. Collares, caracolas, música, fueron entonando y caldeando el ambiente, salpicado de cánticos de agradecimiento a las divinidades. Los tres tambores o atabaques: el mayor o Rum, el mediano o Rum pi y Lé, el menor, eran tocados al principio con parsimonia, pero a medida que las oraciones aumentaban y el momento crucial se acercaba, el ritmo se volvió hipnótico y cadencioso, se hizo vibrante.

Las principales autoridades del rito: el “Pai” y la “Mai”, la “Pequeña mai” y otros encarnaban cada uno de ellos a un orixá y se movían danzando en círculo en sentido contrario a las agujas del reloj en un baile en el cual cada uno representaba con sus gestos y posiciones a la divinidad.

Asmina estaba sobrecogida al comenzar pero poco a poco se sintió llena de vigor y de júbilo. La cadencia de la música la fue envolviendo de manera inconsciente hasta que se sintió poseída por una energía desconocida que la llevó a brincar y danzar de una forma que jamás había realizado, perdiendo la conciencia, sometida a una irrealidad que tenía sin embargo una lógica como le diría después Dure. Había entrado en trance y sus convulsionados miembros lo demostraban. Perdida la noción y evadida de la

realidad, sus músculos solo obedecían al espíritu que le hablaba y que la llevó a gritar y pronunciar su nombre varias veces. La orixá le prometía protección y amparo, siempre que la adorase y le rindiese culto. Era bella y segura y la hizo danzar y girar con ella. Estaba feliz.

Los miembros más antiguos del ritual de la fazenda, los líderes, se impresionaron vivamente de su entrega y observaron con beneplácito como Obba se manifestaba sin pudores a través suyo. Miraron con agradecimiento a Dure y se rindieron otra vez a su sabiduría de mujer anciana y clarividente. El sacrificio de un gallo marcó el momento cumbre, en el cual hombres y mujeres esclavos homenajearon a los espíritus buscando de ellos protección y piedad o aquietar la furia en el caso de ser alguno de los más fieros.

Aunque los blancos despreciaban toda la religión de sus esclavos, esta parte era la que más los horrorizaba y asimilaban a tratos con el Demonio. Sacrificios, sangre, trance y posesión eran palabras prohibidas y perseguidas por la Iglesia Católica en persona de sacerdotes y amos, por ello los esclavos se cuidaban de que todo se realizara en momentos específicos y protegidos por guardias que avisaban cualquier cercanía blanca.

Varias horas habían transcurrido entre la preparación, el inicio y el fin del ritual. El progresivo disminuir del ritmo, el fin del tambor ritual y la retirada hacia las literas fue haciendo bajar un tremendo cansancio en Asmina. Miró la luna y tomó aire, mucho, hasta que sus pulmones casi se

quejaron. Lo soltó con lentitud, procurando exhalar el miedo, el temor y la soledad que hasta ahora la habían acompañado. Repitió la operación varias veces, procurando que en cada aspirar la nueva vida se hiciera carne en ella y con cada soplo la visión de su aldea, sus padres y hermanos, el sol, la luz, el aire, la vegetación de su África, desaparecieran. Es que los recuerdos la ataban tanto que le impedían vivir lo que le tocaba. Y aunque su presente era apenas un sobrevivir, había un plan para ella ahí, estaba segura ahora que retomaba su fe.

Suavemente se sumió en un sueño que fue reparador y tranquilo. Al despertar tenía frente a sí a Dure que con una sonrisa le daba la bienvenida y la llamaba. “Filha”, hija. Era una iniciada y había sido imbuida del espíritu de la orixá Obba. Poco le había hablado de ella antes, pues había explicado más que nada aquellas divinidades más veneradas, pero la emoción en el rostro de la mujer le hizo a ver qué aquella sentía que había tenido razón al pensar en Asmina como alguien especial desde el primer momento.

—Siempre lo supe, filha mía. Tus rasgos físicos, pero sobre todo tu timidez y tu fiereza contenida me lo hacían sospechar. Eres una hija de Obba.

—Cuéntame de ella—le rogó.

—Obba es hija de Jemayá; una orixá fuerte y justa que lucha por lo que quiere. Terrible en batalla no hubo orixá que la venciera, salvo Ogum,

pero lo hizo con malas artes. Cuando es sin trampas ni encerronas nadie puede con su fuerza y ferocidad. Estaba enamorada perdidamente del gran Xango por el que fue incluso capaz de cortar su propia oreja en forma de sacrificio. Esto le fue sugerido como trampa por la taimada Oxum y solo generó su desgracia, provocada por su entrega y ingenuidad. Cuando se acercan por las buenas es una orixá que lo da todo. Ingenua sobre todo en los asuntos del amor, cuando se descontrola se coloca en situaciones complejas. Recuerda eso de tu protectora, Asmina, porque se reflejará en ti. Es su debilidad y también la tuya.

## **SIETE.**

La familia De los Santos vestía sus mejores galas y el principal arregló su levita justo antes de subir la escalera de mármol que conducía desde los jardines bordeados por palmeras hasta el interior de una mansión digna de reyes. Si la suya ostentaba riqueza, ¿qué se podría decir de esta, perteneciente al honorable Marco Braganza? Pariente lejano de la realeza portuguesa, había venido a dar sus huesos en el lejano Brasil, como solían hacer miembros segundones o de tercera o cuarta línea de las familias de abolengo.

Había hecho sin embargo una fortuna más que considerable, que se notaba en cada uno de los muebles y lujosas habitaciones encristaladas y decoradas con pinturas y esculturas que probablemente eran de artistas italianos o franceses. Se respiraba un aire especial cuando el mayordomo vestido con librea entallada los hizo ingresar al gran salón. Los ojos de su mujer Isabel estallaron de contento por la excitación del momento, pero hubo también cierto disgusto velado, tal vez por sentirse algo fuera de lugar. No desconocía que para algunas de las grandes damas presentes, representantes de una especie de nobleza criolla formada en las zonas más pobladas como

Río, ella podía considerarse una campesina.

Las joyas lujosas que adornaban los cuellos y las diademas que sujetaban los complicados peinados reflejaban las luces de las velas. El ambiente era absolutamente increíble. Aquí estaba reunido lo más granado de Pernambuco, Río y alrededores. Era un honor para De los Santos estar presente. Sintió el codo de su mujer en un costado que le indicaba enderezarse y fingir una postura que no tenía normalmente, tal como hacía ella.

Fueron recibidos con cordialidad y el dueño de casa brevemente se dignó a venir hasta ellos. Tendió la mano con beneplácito y sintió que el apretón firme y los ojos claros del capitán Braganza lo atravesaban. Luis De los Santos tenía cierta desconfianza natural hacia los hombres como éste, nacidos en la comodidad de la nobleza. Debía sin embargo reconocer que este hombre en particular había hecho toda su riqueza a puro esfuerzo además de un casamiento muy bueno prontamente trunco.

El capitán era viudo y sin hijos, su esposa había muerto demasiado joven de una fiebre imposible de controlar. Era un hombre serio y seco que no desconocía los servicios debidos a la Corona Portuguesa pero que se relacionaba poco con el resto de los fazendeiros. Solo en ocasiones muy puntuales abría las puertas de su hogar y este era el caso hoy. La presencia de un enviado de la Corte que investigaba el estado del Imperio y representaba los ojos y los oídos del Rey era de importancia vital.

Los invitados representaban todos los estratos de la clase alta criolla forjada por los hijos y nietos de los primeros conquistadores portugueses. Estaban los fazendeiros del norte, a quienes la progresiva decadencia del azúcar quitaba poco a poco poder. También había productores de las zonas de Bahía, Río de Janeiro y Río Grande del Sur, los cuales iban adquiriendo mayor impulso debido a las buenas posibilidades que iba tomando el café, cultivo que caracterizaría el Brasil por los próximos cien años. Muchos sonrientes hacendados pululaban por el salón buscando disputarse la atención de los europeos, portugueses de cepa. Era fundamental hacerse un lugar buscando beneficios políticos o económicos.

El capitán Braganza era un hombre alto de grises ojos y cabello peinado hacia un costado, casi sin excepción vestido con el uniforme de la milicia a la cual sin embargo ya no pertenecía por su edad además de su herida en la pierna derecha. Le aburrían estas fiestas donde la política y lo social se mezclaban, pero cuando sus contactos anunciaron la llegada del funcionario, su casa se convirtió en un lugar natural de socialización.

La preocupación más grande de los hacendados siempre consistía más o menos en lo mismo: cómo producir más con menos brazos o extrayendo de los que tenían toda la sangre posible, y esto se dificultaba por las constantes fugas. Desde el inicio los escapes y huidas de esclavos y su internación en las zonas del Matto Grosso fueron dando lugar a pueblos protegidos por la

espesura y en las que se organizaban de manera que apenas podían intuir, pero que de todas formas despreciaban. Estos pueblos de negros cimarrones o quilombos se habían convertido en una leyenda, casi un Edén, para los desgraciados de la fortuna que día a día, sol a sol trabajaban en las plantaciones.

Por ellos las fazendas perdían todas las semanas hombres que elegían apostar su vida y someterse a la persecución de los perros para alcanzar lo que debía ser una especie de paraíso terrenal. Algunos tenían la suerte de escaparse y perderse en la selva, otros tantos eran apresados, castigados y algunos usados como ejemplo y atados al sol o golpeados hasta quedarse el verdugo sin fuerzas. Esta queja se repetía de norte a sur y el funcionario tomaba nota de la misma con su sonrisa más política. Todos pidiendo más soldados, más recursos del Portugal para su colonia Brasil, a la que bien explotaba, por cierto.

La segunda vez que el fazendeiro De los Santos se acercó al anfitrión lo encontró al límite de su paciencia y buenos modales. Le molestaban las constantes miradas femeninas y el asedio de madres que veían en su condición de viudo una especie de luz o ventana abierta para sus hijas o sobrinas. En ocasiones como estas extrañaba aún más a su esposa, que había sido una anfitriona maravillosa, la única que había dado brillo a su vida.

—Excelente fiesta, Capitán Braganza, lo felicito como siempre. Un



marco formidable para una oportunidad única de acercarnos a nuestro Rey y plantearle nuestras reivindicaciones.

Asintió sin emitir sonido, actitud que fue interpretada como un incentivo a su cháchara.

—Se impone una solución lo más inmediata posible al problema de las fugas, ¿no lo cree usted así?

—Ahá.

—Así es. Toda la fuerza del ejército portugués debería estar volcada a exterminar de una vez para siempre esos malditos poblados, antros de perdición y sede de la prostitución y todos los peores males que la Naturaleza y el Buen Dios pueden tolerar.

—Tal vez eso podría solucionarse sin violencia si en las haciendas se practicara un sistema menos terrible, mejorar las condiciones—señaló el Capitán algo pensativo.

El fazendeiro lo miró con sorpresa. Él se consideraba el más humano de los mortales y tan solidario como era posible con esos seres que sin embargo muchas veces sólo respondían frente al látigo y el temor.

—Es un tema de naturaleza, mi amigo— le señaló procurando convencer al capitán—. Estos hombres incultos incentivados por las malas artes de su religión sólo piensan en huir y en pecar.

—Tal vez— susurró al hombre y sin dar espacio para más conversación se retiró dejándolo parado en el medio del salón, lo que hizo que pronto buscara a su señora mientras meditaba que ese hombre hablaba demasiado poco y con rodeos para que se entendiera que pensaba realmente.

Braganza aprovechó que sus invitados estaban todos muy ocupados en la charla y la bebida y se retiró al exterior, donde deambuló sin rumbo entre las altas palmeras que formaban un sendero que a estas horas parecía buen refugio. Estaba cansado y aburrido, hastiado de jugar al buen anfitrión y escuchar sin más lo mismo. Esas absurdas reglas de etiqueta y conversaciones poco naturales lo descolocaban. Debía tolerarlas, sin embargo, como forma de marcar su buena voluntad al Imperio y a la sociedad criolla brasileña, siempre tan preocupada por las formas y las normas sociales.

Suspiró y miró hacia el cielo. Una linda noche, buena para el descanso o para que los amantes desfogaran pasiones en el amor mutuo, pensó. Esto estaba tan lejos de su vida que parecía que habían pasado siglos. Eran cinco años de luto elegido y no se arrepentía. No podía considerar en serio las veces que había caído en los brazos de alguna prostituta, procurando olvidar el vacío de su cama. Sintió a lo lejos los tambores. Los esclavos aprovechaban la oportunidad y oraban a sus dioses. Tomó bastante aire fresco procurando despejarse y volvió sobre sus pasos. No estaba bien que el dueño

de casa desapareciera.

## OCHO.

La iniciación fue un verdadero renacimiento para Asmina, que vio en la purificación del agua, los sacrificios y el trance realizado los pasos para convencerse de que tenía una nueva piel y energía, que sin olvidar a su familia y al pasado le permitía ahora mirar hacia adelante pero también a sus costados. Tenía una comunidad a su lado. Compañeros que eran sus hermanos y una Mai que la protegería siempre. No estaba sola, la orixá Obba la cuidaba y se encarnaba en ella.

La mejoría física, el sentido de pertenencia y protección hicieron que las tareas pesaran menos y que la sonrisa volviera a su rostro, aunque seguía siendo medida y de pocas palabras. Agradecía a Olodum estar viva, tener a Dure, haber llegado a un buen lugar donde lo terrible se compartía y se hacía menos grave. Echaba de menos su libertad y el trabajo era mucho, pero todo era menor si no estaba sola.

Esta sensación de hermandad la comprobó muy pronto, cuando Marciano pretendió nuevamente hacer de las suyas. La misma jugarreta intentada en el cafetal, obtuvo esa vez diferente resultado, ya que sus hermanos, pendientes de ella, rápidamente la habían rodeado y la protegieron

como un muro de cuerpos que se niega a dejarse abatir. Los físicos de los hombres negros y algunas hermanas la envolvieron, enfureciendo a Marciano que, látigo por aquí y por allá, marcó varias brazos y piernas y sin embargo, no cedieron. Su furia era terrible, notable. El dolor y la sangre de varios de sus compañeros también.

Esta noche alivió los cuerpos de aquellos que la habían ayudado y sintió el beneplácito de dar. La mañana trajo novedades que daban cuenta de revancha: el caballo del capataz apareció muerto. Era un ejemplar muy bueno y probablemente quién le dio muerte lo hizo procurando que no sufriera. El objetivo no era la pobre alma del animal sino menoscabar la posición de Marciano y hacerle entender que aquí había devolución de las afrentas.

Eso le costó caro a buena parte de los hombres de los barracones, pues los otros capataces vieron en la acción, segunda de estas características, una muestra de rebeldía que no podía permitirse. Fue el cuerpo de uno de los muchachos el que pagó con dolor extremo la culpa y expiación ejemplarizante. Asmina quiso intervenir, frenar y ayudarlo, pero Dure la mantuvo firme en su lugar. Esa sería una nueva cuenta de odio hacia ese hombre.

El trabajo era intenso y apenas distinguía un día tras otro y eso que ella no realizaba las tareas más rudas. Éstas se asignaban a los hombres, con los que poco trato tenía. Luego de lo que le había ocurrido en la plantación,

Dure la había adoptado como ayudante en la parte de cocina, servía y preparaba alimentos y de ahí comenzó a familiarizarse con algunas caras y algunos nombres.

Una noche en particular, al terminar la recolección de utensilios y la limpieza de la zona utilizada para la comida vio que la anciana entregaba a un joven taciturno unas telas que envolvían algunos objetos y recipientes con agua. Nada dijo y volvió a su lugar, pero cuando la anciana se recostó a su lado la curiosidad la venció.

—Ese muchacho que vino hoy, ¿dónde va?

—Eres curiosa, filha de Obba—señaló mientras asentía con su cabeza haciéndola sentir que su pregunta había invadido un territorio delicado—. Es mejor si no sabes nada. Nada puedes decir, nada puedes contar.

— ¡Nunca contaría lo que me dices! — murmuró algo ofuscada de que la mujer pensara que la podía traicionar.

—No es eso, filha. A veces las palabras escapan por dolor y no por voluntad expresa.

No comprendió entonces que le quiso decir y al cerrar Dure sus ojos y callar, supo que nada más escucharía de ella. Dio vuelta en su litera y se durmió. Al otro día entendió. El pandemónium parecía desatado luego que las cuadrillas para el trabajo se organizaran frente a los capataces. Estos se

movían de un lado a otro sobre sus caballos y agitaban sus látigos con voces amenazantes y sus rostros crispados. La mayoría de los esclavos presentes se mostraban impasibles y la faz de Dure parecía tallada en piedra mientras la miraba con inteligencia.

— ¿Qué ocurre? — preguntó en voz baja a una de sus hermanas.

— Dos de los hombres se han fugado en la noche.

— ¿A dónde? — inquirió con perplejidad.

No se imaginaba a qué lugar podrían irse, los negros no tenían en este mundo un lugar donde ir y que los recibiera, donde los esperaran.

— A los quilombos.

Nada más pudieron hablar, bajo riesgo de ser castigadas. Los referentes más importantes entre los esclavos, aquellos que solían dirigir al resto o hablar más que los otros estaban parados en el medio del gran patio. Con sus cabezas bajas, mirando fijamente el suelo, nada decían.

En ese momento arribó el fazendeiro con su rostro alterado, furioso. Crispado su talante normal por la novedad, él mismo tomó un látigo y golpeó con fuerza a uno de los esclavos en el rostro, en una práctica nada habitual. Normalmente no se marcaba a los esclavos de manera visible para evitar que perdieron valor, pero el hombre sentía una cólera difícil de dominar. Justo de esto habían estado hablando en la pasada fiesta en la casa del capitán

Braganza y algunos incautos decían que las fugas y los malditos pueblos eran tema terminado. ¡Ilusos! Aquí estaba la prueba que nada estaba finiquitado en lo que a las huidas se refería.

Que el ejército portugués hubiera terminado hacia muchas décadas con el reino de Zumbi, rey de los Quilombos de Palmares, no significaba que la amenaza no estuviera ahí. Existían aún muchos poblados pequeños de esos, sin tanta organización y perdidos en el Matto Grosso, atrayendo a aquellos que preferían arriesgarse a seguir viviendo en la opresión de la esclavitud.

De los Santos instó a sus capataces a arrancar la verdad a la fuerza al resto de los hombres, cómplices naturales, mas poco obtuvieron y se dio cuenta que continuar sería perder el tiempo. Una cadena de silencio cual verdadera muralla defendía a los fugados, dos de los más fuertes jóvenes con quienes contaba para continuar reproduciendo su mano de obra y que su buen dinero le habían costado años atrás.

No se burlarían de él, eso estaba claro, por lo que incentivó a Marciano y los otros a organizar la búsqueda. Los huidos iban a pie, no tenían forma de hacerlo muy rápido. Era vital ubicarlos antes de que logran el amparo de la jungla y los pantanos. Mandó comunicación a dos o tres fazendeiros amigos para organizar una batida conjunta y al cabo de dos horas ya estaban con algunos de sus hombres, una verdadera expedición. Perros rabiosos ladraban sin cesar, ansiosos por la búsqueda y venteando para



obtener el rastro.

Pronto el improvisado grupo partía a la carrera en lo que sería una búsqueda frenética y que finalizaría algunas horas posteriores sin éxito. Los caminos más comunes que seguían los perseguidores eran diferentes de los recorridos por los huidos, que se escondían como animales en la zona más espesas. A poco habían estado de capturarlos y algunos de los perros estuvieron muy cerca, pero los malditos estaban armados y lograron destripar a dos de los canes de la cabecera antes de ingresar en la zona de vegetación más tupida donde se hacía imposible moverse para los hombres blancos. Esta fue su salvación.

La cruel decepción se marcaba en el rostro de todos al volver fatigados y furiosos no sólo por la pérdida económica que significaba, sino por el pésimo ejemplo que sentaba. Más allá de que habían abusado y se habían quejado frente al Representante real de las huidas, estas no solían ocurrir tan a menudo en esa región y los había tomado bastante por sorpresa. El hacendado De los Santos estaba muy molesto. Este era un duro golpe a su supuesta política de mano blanda con los esclavos, y esto le fue restregado por sus vecinos.

—No estabas preparado, De los Santos. Te confiaste demasiado en la aparente calma y desidia de esos negros. Les das demasiado y los castigas poco. Aflojaste la guardia y se aprovecharon—le estampó su vecino más

próximo.

Pero ya no habría más espacio para la tolerancia y la bondad. Dio la orden a sus capataces de asegurar las entradas y salidas de los barracones con cadenas. Cuando la noche arribara todos deberían estar dentro y no habría posibilidad de salir sin expresa autorización de capataces o guardia. A partir de ese instante, nada sucedería en la fazenda sin que él lo supiera y si esos malditos no eran capaces de apreciar su carácter de buen cristiano y lo confundían con debilidad, lo conocerían.

No fue un día de rutina para los esclavos, expectantes del resultado de la huida casi como si les fuera a ellos la vida. Aunque no lo reflejaron en sus rostros, cuando vieron regresar a los amos con las manos vacías, se sintieron secretamente felices por aquellos cuyos cuerpos y espíritus corrían libres.

Asmina compartió el júbilo a pesar de no conocer a quienes se habían ido. Lo importante es que con ellos volaban sus sueños y esto demostraba que había luz y posibilidades en esa vida de opresión. La curiosidad la acuciaba, deseaba saber más de esos lugares donde iban, esa especie de quimera que ahora tenía visos de realidad, donde ser libre era posible. Cuando tuvo un tiempo, acosó a Dure para que le explicara.

—¿Qué son esos lugares, Dure? ¿Dónde están, quiénes los dirigen? ¡Dime, por favor!—suplicó, sabedora que la anciana tenía el depósito de toda

la sabiduría y la información de la hacienda y los alrededores.

—Quilombos se llaman a los pueblos que los hermanos que se han fugado han logrado levantar en el interior de la selva, esa que llaman Matto Grosso por lo tupida—le describió la mujer—. Para los blancos la palabra indica cosas malas, un lugar de maldades, pero para nosotros implica libertad —explicó Dure ante la pregunta de Asmina esa misma noche—. ¿Sabes lo que significa en idioma kimbundu?

Asmina negó. Ella solo conocía su lengua, la de los Fon.

—Es fortaleza, un lugar inexpugnable. Es lo que pensaron lograr los primeros que huyeron y formaron sus casas. Ya libres y sin cadenas que los oprimieran, intentaron crear un sitio donde los blancos no pudieran llegar a apropiarse de ellos y su descendencia. Un paraíso en medio de la Naturaleza, escondidos pero dueños de su vida.

Asmina vio que Dure tenía la mirada perdida, muy lejos.

—¿Cuándo los crearon y cómo pudieron hacerlo? No conocían el lugar...

—Supongo que al inicio vivieron como pudieron, casi como animales. Luego se organizaron, cuando adquirieron el conocimiento del terreno y fueron más. Hace muchas vidas de eso ya. Llegaron a ser enormes y muy fuerte. ¿sabes? El gran Zumbi los guio y organizó. Eso me contaron ancianos

que a su vez lo supieron de otros antecesores. Esos valientes, que eran miles, lucharon de igual a igual con grandes ejércitos, por eso fueron muy temidos y poderosos. Vivían entre los palmares y llegaron a ser más de veinte mil, eso dicen y creo que es mucho. Vivían, trabajaban, respiraban sin cadenas.

— ¿Y dónde vive ahora ese gran jefe Zumbi?

—Ya no vive, filha. Hace de eso tantas lunas. Llegaron a ser tan fuertes que los amos blancos se unieron y los derrotaron con sus armas de fuego.

Sintió pena de saberlo. Por un momento soñó que la historia tenía final feliz, que ahí afuera había un lugar seguro dónde ir.

—Pero entonces. ¿adónde van los que huyen, si ya no existe? Si los derrotaron y destruyeron todo —preguntó confusa.

—Vencieron a los grandes jefes y los poblados más conocidos. Pero no todo fue arrasado. Muchos sobrevivieron y volvieron a armar las aldeas, más lejos. Existen muchos de esos pueblos todavía, aunque dispersos y sin organización en lo profundo de la jungla, temerosos de mostrarse, sigilosos y sin poder, pero están. Y cualquiera que quiera vivir bajo sus normas sabe que allí puede.

— ¡Ojalá que esos hermanos logren llegar allí, entonces! —señaló con fervor.

—Oh, sí, con la voluntad de los orixás lo harán. Ya es gran cosa que el amo no los haya podido atrapar. Tengo un hijo por allí—musitó en un susurro de nostalgia.

— ¿De veras? —se asombró y miró una sombra que creyó tristeza en la cara de Dure—. ¿Te lamentas por él?

—Ni por un momento. Mi espíritu se regocija de saber que este vientre que lo parió esclavo, lo hizo fuerte y bravo como para correr por su libertad. Hay pocas cosas por las que correr. Una de ellas es la vida sin cadenas.

La muchacha asintió y la nostalgia la envolvió de tal forma que su pecho le dolió. Tan lejos estaba su anterior vida. Había perdido los seres que amaba bajo el yugo de los cazadores negros, había montado en las casas de madera sobre el mar, la habían traído a un suelo que no era el suyo, que no olía ni se veía como su hogar. Su espíritu penaba y su corazón se agitaba de pensar en lo que le había sido quitado. Entonces se concentró en respirar para dejar ir la angustia.

—Sé lo que piensas— la mirada de Dure la atravesó—. No ganas nada con penar. Piensa en lo que eres ahora.

—Una esclava...

—Una descendiente de Obba, una guerrera. Que espera su momento

para liberarse. Que esconde sus garras, las guarda, cómo lo hacen los felinos. Concéntrate en adorar a Olodum y los orixás. Agacha la cabeza y mientras obedeces, calcula y mide a tus enemigos. Analiza sus fortalezas y debilidades y cuando la oportunidad llegue estarás lista.

— ¿Cuánto habré de esperar?

—Mucho. La paciencia ha de ser tu aliada, la astucia tu amiga. Debe pasar tanto tiempo que todos crean que te has resignado, que no quieres ni buscas otro camino. Si entonces el hambre de esa otra vida sigue en ti, yo te ayudaré.

Asmina lo pensó y asintió. Nada podía hacer sola, escapar para correr en campo desconocido, intentar huir sin saber dónde ni cómo, sólo era garantía de ser atrapada. Quedarse con su madre y hermanos de fe era lo mejor por ahora.

Pero la semilla de la curiosidad y la expectativa había sido plantada y cuál palmera, crecería muy lenta, regada por cada noticia de un esclavo fugado, por cada maltrato y castigo recibido, por cada relato de cómo se vivía allá, abonada por sus células que gritaban todos los días el llamado de la libertad.

Muchas siembras y cosechas de café transcurrirían, muchos ruegos y ofrendas, mucha vida y mucha muerte, y la idea de irse no la abandonaría

jamás.

## NUEVE.

Al amo De los Santos se lo llevaba el demonio. Unido a la furia por la pérdida de dos ejemplares de negros jóvenes y fuertes, golpe a su bolsillo, se sumaba ahora un pedido extraordinario al que no podía negarse.

—El Capitán Braganza me solicita la concurrencia de tres o cuatro esclavas para su hacienda— musitó con incredulidad—. La permanencia del delegado de la Corona se ha extendido y teme no poder atenderlo con probidad.

Su esposa asintió con regocijo viendo la situación desde otro ángulo.

—Es una oportunidad única de ser visto como un hombre generoso y fiel a Su Majestad.

— ¡Es un problema! Braganza bien que podría comprar más brazos. Tiene un discurso muy extraño, te lo digo. Su postura en favor del no castigo a los negros ha molestado a más de uno.

—Es amigo de la realeza y una buena forma de mejorar nuestros vínculos. Además. ¿no te jactas tú de lo bien que tratas a esos inmundos negros? No veo diferencia— sentenció con fastidio.

El hombre barruntó en silencio las palabras y debió darle la razón. La



cercanía a quiénes tenían influencia eran el principio de toda concesión económica. En el fondo, sabía que negarse no era una opción.

—Por fortuna desea esclavos para la casa principal y el servicio a los nobles. ¡Cómo para ceder manos de la cosecha estoy! —rezongó.

— ¡Espero no nos pongas en evidencia y envíes a ese hombre las mejores esclavas, las más dispuestas y hábiles! Faltaría que nos señalen como egoístas y poco colaboradores. Sería nuestra ruina social.

Ella tenía razón, por supuesto. En la delicada trama social que habitaban, aparentar era casi tan importante como ser. Un rato más tarde se acercó a Dure y le ordenó que seleccionara cuatro esclavas para ser enviadas a la fazenda del señor Braganza. No hubo explicaciones salvo que debían ser buenas esclavas, que no lo dejaran mal ante el gran señor.

Los negros no tenían poder ni influencia, pero sí bocas y oídos y todos en la región sabían que el Capitán era un buen amo. Un solitario que tenía apenas los esclavos necesarios y las condiciones en las que habitaban y trabajaban eran mucho mejor que en el resto de las haciendas. Fuera la que fuera la tarea necesaria en su mansión, eran unos días de alivio que harían bien en el alma de cualquiera y Dure sabía que Asmina necesitaba una inyección de tranquilidad. Como todos, pero esa joven había calado hondo en ella. Tal vez porque le recordaba a sí misma tantos soles y lunas detrás,

atravesando las hojas del tiempo.

Así que ella fue una de las que marchó a la famosa hacienda de Braganza, asustada por verse otra vez en movimiento hacia un lugar nuevo, aun cuando Dure le aseguró que estaría poco y sería muy bueno. A medida que el vehículo se acercaba a la mansión se sintió impactada y sin aliento por la magnificencia. La casa se hacía más y más grande, blanca y con techos gris pizarra que refulgían bajo el sol mientras dos enormes fuentes tiraban agua al aire. Los reflejos que las gotas efectuaban parecían dar un marco plateado a la casa.

El pasto cortado y las flores de colores intensos en tonos de naranjas, rojos y blancos en canteros con formas geométricas, así como arbustos cortados simulando animales daban un aire de exotismo al lugar. El cortejo de palmeras conducían a un portón inmenso que separaba el área de cultivo de la mansión principal.

Apenas ingresaron, el carretón giró hacia la derecha y bordeando la mansión fue hacia la parte trasera. Admiró las estatuas y ornamentos que distinguían la arquitectura preguntándose si esos serían los dioses de los blancos en ese lugar. En una de las ventanas la sorprendió la figura de un hombre de traje extraño, de mirada muy quieta y fija, que parecía observar sin ver.

Los barracones donde las instalaron eran superiores a los de su hacienda, más amplios y limpios. La litera que le fue cedida era tan cómoda como yacer en un colchón de pasto en la sabana y olía muy bien. La encargada del barracón era una negra de edad incierta, no tan vieja como Dure, de semblante agradable y voz grave.

—Vamos a cambiar esa ropa que traen. El amo Braganza detesta esos andrajos y hay gente muy importante.

La mujer no hablaba Fon, mas en ese momento Asmina ya chapuceaba un poco el portugués y era muy veloz para lenguaje no verbal Así que no tuvo dificultades para entender lo que le explicaba.

—Deberán ser muy cuidadosas. Estarán asignadas a la cocina y el servicio de algunas habitaciones. Hay camas por tender, bacinillas por limpiar, fuego por encender. Ustedes dos—señaló—vendrán conmigo y ustedes, al área de la cocina.

Asmina estaba entre las primeras así que siguió diligentemente a la mujer que las introdujo en la mansión por la puerta de servicio y procurando discurrir por los espacios sin ser percibida, les mostró las habitaciones de las que se encargarían. La dejaron sin aliento, jamás había visto ese tipo de casa. Su vivienda en África era pequeña y les bastaba, con lo básico y esencial.

En las moradas de los blancos podría vivir toda una tribu y más. Eran

gigantes, con espejos, telas de cortinado floridos y pesados, amplios y rebuscados. A medida que la anciana les mostraba cómo encender el fuego, calentar y traer agua para la bañera y varios detalles más, se sintió en un mundo diferente y paralelo. Ellos se solían bañar en los ríos, donde también se reflejaban y observaban. Comían lo que producían y se vestían con lo que tejían o cambiaban a otros. Acá todo tenía otra dimensión.

Camas con filigranas y doseles labrados, crujientes y almidonadas sábanas tan blancas como las nubes, cubiertas con mantas de diseños exquisitos, alhajaban las habitaciones. Era algo extraordinario cuántas cosas necesitaban los blancos para vivir.

Las tareas eran sencillas, aunque desagradables. Implicaban estar al tanto de todas y cada una de las necesidades de sus amos, incluso las más asquerosas. Por los pasillos deambulaban señoras en grandes trajes y tocados, tanto que algunas parecían pájaros a punto de levantar vuelo. Los caballeros con trajes apretados guardaban su compostura y bebían sin moderación.

Debían procurar ser invisibles o al menos pegarse a los rincones al cruzarse con los amos, bajar los ojos y nunca establecer contacto directo con ellos, les ordenó la mujer encargada de la mansión. Esa actitud podría ser confundida con rebeldía. Al amo no le importaba, pero a sus huéspedes sí y debían comportarse acorde a esto.

Comenzaron a trabajar ese mismo día, en pares. Les tocaban tres habitaciones, cada una de ellas muy rebuscada y con distintos huéspedes. El comienzo fue lento, porque su torpeza era mucha, producto de su inexperiencia. La otra esclava estaba más acostumbrada y rezongaba algo, pero pronto se puso a nivel. No era difícil, simplemente requería prolijidad. Al día siguiente había mejorado mucho y la otra le permitió comenzar a asear una de las habitaciones sola mientras ella pulía otra.

Estaba precisamente acomodando el lecho cuando la entrada de un hombre la sorprendió. Su mirada era algo turbia y su tez se veía enrojecida. Apenas lo vio hizo un intento de salir, pero él le cortó el paso mientras la observaba sin pudor alguno. Antepuso el balde para mostrar lo que hacía y nuevamente intentó retirarse, pero él se volvió a interponer y algo tambaleante la tomó del brazo farfullando incoherencias, o al menos eso le pareció.

Se asustó y trató de zafar con tranquilidad, pero él no pareció siquiera visualizar el intento. La arrojó sobre la cama y comenzó a bajar con torpeza los pantalones. Ella reptó por el gran lecho y el miedo intenso la hizo correr mas él la alcanzó a pesar de su borrachera. La tomó por el cabello como si fuera una alimaña a la par que desgarraba su vestido. Apeataba y le repugnó su rostro abotargado. El peso de su estómago la aplastaba. En su desesperación, lo mordió y se revolvió como posesa pegando en la espinilla

del hombre que rugió con furia.

— ¡Ven aquí, puta negra del infierno! ¡Te voy a enterrar mi verga hasta que no puedas gritar ni decir nada más!

El ruido de la puerta al abrirse con fuerza los sorprendió y alertó a Asmina que como fiera acorralada estaba sobre un rincón dispuesta a entregar su vida antes de ser nuevamente violentada. Su pecho bajaba y subía con desolación.

En el vano de la puerta se recortó una silueta flaca y alta, con el cabello algo largo, y una barba un tanto descuidada salpicada de algunas canas.

—¿Qué ocurre aquí?

Escuchar la voz intensa la tranquilizó y vio sobre sí una mirada quieta que la evaluaba. No sintió miedo. Se dio cuenta que los ojos se achicaban al percibirla desnuda y su rostro se crispaba.

—Honorable señor Sanders, no hacemos esto en mi hacienda. Espero más respeto de su parte a mi morada, que se le ofrece con tanta generosidad.

— ¡Esa negra miserable me golpeó!

—Ella parece más lesionada y agredida que usted. Voy a fingir que nada ha pasado—señaló en un tono monocorde que para nada transmitió la inquietud interna que lo dominaba—. Alguien más vendrá a preparar su baño

y arreglar el desastre.

La habitación era testigo de la lucha de Asmina: el lecho revuelto, un cortinado caído, floreros destrozados.

—Tú, a tu barracón— le ordenó con sequedad, pero antes que saliera le ofreció su abrigo para cubrir la desnudez de su torso que mostraba parte de sus senos enhiestos.

Nunca miró otra cosa que sus ojos y debajo del hielo aparente de su mirada, ella percibió cierto brillo añejo probablemente arrumbado por su dueño hacía mucho tiempo.

Recorrió los pasillos como si la persiguieran y llegó al barracón, donde se quitó el abrigo prestado con extremo cuidado para no dañarlo ni mancharlo. Luego se aseó con rudeza, buscando sacarse de encima el olor de ese espantoso hombre que la había atacado. Recién entonces contó a la encargada lo que había ocurrido ante lo cual aquella frunció el ceño y le dio nueva ropa. En otro sitio podía ser parte del paisaje, las cautivas solían ser usadas como objeto y de eso bien podía dar testimonio la propia Asmina. Pero esto no era para nada habitual en la hacienda de Marco Braganza, que no realizaba ni permitía excesos.

“Algo malo vendrá ahora”, pensó la muchacha, que no tenía idea de la política del capitán acerca de sus esclavos. La castigarían, con seguridad,

aunque nada tuviera por qué disculparse. Claro que eso no importaba, las razones en la boca de los humildes no lo eran. No le importaba. No permitiría vejámenes vinieran de dónde vinieran, si estaba en sus manos defenderse lo haría; resguardaría su cuerpo antes de entregarlo.

La mujer a cargo decidió con buen tino que convenía cambiarla de área de limpieza y dispuso que volviera de inmediato a la labor en el lado este de la mansión, un lugar más tranquilo y ocupado por el amo y su familia. Luego averiguaría que esta se limitaba a un sobrino que venía muy de tanto en tanto y un viejo compañero de armas, ciego y postrado que había recibido la caridad del capitán Braganza.



## **DIEZ.**

Pasaron dos días en los que esperó ser señalada o golpeada, pero nada de eso aconteció. Cuando se topó con el amo nuevamente, él estaba en su habitación y lo pudo mirar con más calma. Sentado en una silla alta frente a su enorme escritorio, él escribía. Ella debía ingresar a encender las velas de la gran araña central, acción que había visto ayer hacer por primera vez a una compañera. La tarde declinaba y las últimas luces del sol se apagaban.

El capitán la miró apenas y asintió con un gesto al ver a qué venía, para luego sumirse en sus papeles. Percibió el perfil anguloso de su rostro, la suavidad de sus manos ocupadas en tareas que no tenían que ver con el sol y el aire. Sus piernas eran largas y apenas cabían debajo de la silla.

Ella asentó la banqueta usada para elevarse y encendió la mecha en el madero con la vela que llevaba en la otra mano, elevando aquel para encender las velas. Los maravillosos caireles y cristales arriba suyo reflejaban su rostro una y mil veces, como el agua de un río cuando se revuelve por el movimiento, y a medida que encendía más, el brillo aumentaba. Era una visión increíble, casi hipnótica.

Sintió entonces la voz a su lado y con horror descubrió que se había

demorado embobada por la imagen y él estaba su frente o mejor dicho a su costado, quieto e inquiriendo, observándola con incompreensión.

—Prender fuego—dijo en portugués y con voz muy baja, señalando hacia arriba.

Él movió su cabeza y le hizo un gesto que continuara, mientras volvía a su lugar. Encendió una por una el resto de las velas haciendo que la claridad invadiera la estancia con su juego de luces y sombras, a la vez que acentuaba su piel morena y daba brillo a sus ojos negros.

Al terminar y descender de la banqueta, lo encontró observándola con fijeza, recostado en su silla y olvidados los papeles. Era una mirada que catalogaba y evaluaba, no había en ella rastros de indecencia o rabia, las únicas dos emociones que Asmina había visto en los ojos de los hombres blancos hasta entonces. Era una mirada de paz.

Marco se encontraba fastidiado y aburrido de tener que hacer sociabilidad constante y crear entretenimiento para esos haraganes de la Corte Real, que más que venir a lidiar con asuntos de Estado y preocuparse por los aspectos económicos o políticos parecían empeñados en divertirse y arrancar del Brasil los jugos.

Lo soportaba porque tenía un respeto visceral por la institución monárquica. En su opinión era la única que podía garantizar estabilidad en

épocas de temblores y rebeliones. Buen ejemplo era lo que ocurría en Europa desde hacía algunos años, concretamente en 1789 había empezado todo. Desde el epicentro de París las olas de la revolución arrasaban o amenazaban a los gobiernos instalados desde hacía siglos, enterrando a la nobleza en el barro del oprobio y sumiendo a los países en la sinrazón. No podía evitar estremecerse ante la idea de las turbas enloquecidas tomando las Tullerías, morada del Rey, interpelando primero y luego encarcelando al soberano. Allá estaba, como un rehén más de los radicales.

Cabía reconocer también que los excesos de la aristocracia habían fomentado la rebelión de sus súbditos desde el hartazgo y la asfixia económica a las que los sometían. Esa actitud irresponsable y prescindente era frecuente en la nobleza europea. Muestra de esa indecencia había sido lo ocurrido en su propia mansión. Poco había faltado para que Sanders, un hombre acostumbrado a la etiqueta y vericuetos del poder violara a una de sus esclavas, contraviniendo todas las normas de las buenas costumbres y las reglas de su casa. Quienes se consideraban superiores creían que cualquier acción les estaba justificada.

Este no era su pensamiento; por el contrario, detestaba los abusos en todas sus formas, de alguna manera eran muestra de pobreza de espíritu. Esto se había ido volviendo común entre los suyos, ese estamento privilegiado al cual muchas veces rechazaba pertenecer, muy a pesar de su apellido. Era una

de las razones que lo había llevado lejos, al Brasil, esperando encontrar otras formas más liberales de política. En las tierras colonizadas donde todo estaba por hacer, esto parecía más factible.

Lo más apreciable de la nobleza portuguesa, consideraba, habían sido las históricas reformas aprobadas por el Marqués de Pombal por el 1750, varios años antes de su propio nacimiento. Fueron la expresión de una política muy inteligente, una manera de aplicar y atemperar las ideas en boga que en ese momento esgrimían Voltaire, Montesquieu y otros que defendían las libertades y los derechos. Eran un buen ejemplo del llamado despotismo ilustrado que algunos monarcas con astucia instrumentaron, mimetizando que seguían manteniendo el control total bajo el manto de unas libertades más en el papel que en la práctica.

La batería de medidas políticas y económicas había sido también muy útil para el Brasil al abaratar el costo de los transportes del azúcar además de aflojar el monopolio portugués sobre el abastecimiento de productos manufacturados. Una buena manera de mantener sujeta a la Colonia, pero aflojando algo el yugo o permitiendo ciertas libertades. Él creía en la disciplina y en la necesidad de cumplir con las normas establecidas y también sabía que había que soltar un tanto la cuerda a veces, a riesgo que se cortara.

Su mente se perdió en el tiempo. Desde que tenía memoria y por lo que conocía de su linaje, siempre habían sido fieles soldados de Su Majestad.

Le cansaba, por otro lado, la burocracia que lo rodeaba de la que sus solemnes invitados eran muestra fiel. También lo agotaba el rimbombante desprecio de sus vecinos criollos por nada que no fuese las producciones de azúcar y café y los dividendos que rendían, así como las intrigas palaciegas. Por supuesto que nada decía en alta voz, sabido era que plantear algo así equivalía a ser considerado un traidor o una persona molesta.

Se sentó y estiró las piernas tratando de dar descanso a la que tenía un tanto renga. Quitó el sombrero y un mechón rebelde tocó su frente, recordando que estaba más largo de lo que las normas imponían. Aflojó su chaqueta y se recostó cerrando los ojos y dejando volar sus pensamientos. Como siempre, estos lo llevaban a María.

¡Dulce y bella mujercita, cuánto la había querido y que poco la había podido amar! Su vida de soldado había terminado en sus brazos, al calor de su compañía se sintió seguro y con deseos de finalizar sus periplos de guerrero de mar y tierra. Habían hecho un hogar que la vida les había arrebatado prontamente en forma de incontrolables fiebres. No habían tenido hijos, no hubo tiempo.

Hacía de esta historia cinco años y no obstante ello, para él era ayer. En ese tiempo muchas oportunidades habían desfilado en su puerta. Las damas casaderas suspiraban por un hombre digno y respetado, además de rico y por ello las familias cursaban invitación tras invitación, cual anzuelos, con

la esperanza de quebrar su duelo. Mas nadie podía compararse a la bella y frágil castaña de ojos claros con incontables pecas en su nariz y una sonrisa presta al disfrute que lo había hecho viudo joven, pero a la que añoraba como si hubieran sido amantes de años.

El sonido lo sacó de su duermevela con brusquedad y le hizo incorporarse con la presteza del militar siempre dispuesto. La puerta del dormitorio había sido abierta una vez más por Asmina, que venía ahora a hacer las últimas diligencias del día. Suponía que el amo ya no estaba en su habitación, habida cuenta que la cena estaba por comenzar. La sorpresa de ver al hombre dueño de casa con cara de pocos amigos la intimidó y dio un paso atrás dispuesta a retirarse, pero él relajó de inmediato su pose y le indicó que ingresara mientras retiraba el asiento hacia una de las ventanas donde se instaló para observar el exterior, ya invadido por las sombras de la noche.

Ella dejó lista la ropa de abrigo para el lecho y dispuso el agua en la jarra para la higiene. No estaba acostumbrada a estas tareas y sentía temor de estropear los cuencos y jarras de fina porcelana labrada con exquisitez. Cada poco minuto dirigía miradas de soslayo al hombre que cual estatua miraba fijamente hacia afuera.

Su figura era poderosa, había algo en él que atraía. Un cierto aire de señorío, una calma infinita. Sus ojos giraron de pronto y la atraparon observándolo, por lo que bajó los suyos con cautela. Ojalá no interpretara su

curiosidad como osadía. Esos ojos, razonó, tenían un dejo de tristeza y de soledad. El brillo que había visto cuando enfrentó al otro blanco no estaba. Parecían vacíos, como si hubieran volado a otros tiempos. Así debían estar los suyos cuando la nostalgia por su hogar y vida perdida la invadían, pensó.

Braganza estaba perdido en sus recuerdos, pero la esclava lo trajo a tierra. Cuando la miró bien, entendió el apetito despertado en el noble Sanders. Lo rotundo de sus curvas, sus miembros fibrosos y sus atributos femeninos bien marcados parecían llamar al sexo. Sin embargo, lo más impactante era el rostro de bellas líneas con una boca muy delineada y unos ojos tan oscuros como el grano del café. El cabello corto y con rulos acariciaba un cuello de una esbeltez en la que cualquier boca hubiera deseado descansar. Le sorprendió encontrarse pensando eso y lo atribuyó a la larga ausencia femenina en su lecho. Se incorporó y abandonó la estancia dejándola trabajar sin su presencia.

La cena estuvo particularmente intensa esa noche. La situación en Europa se complicaba y Francia había caído en las fauces de los revolucionarios más radicales, los llamados girondinos y jacobinos, y eso era contado con horror por la nobleza europea representada esa noche por los tres segundones de la Corte portuguesa, preocupados por la caída de lo que consideraban el símbolo más perfecto de la monarquía absoluta en Europa.

No en vano en Francia se habían establecido los rasgos más relevantes de una monarquía que todo lo podía y de un rey que tenía derecho al cielo, un Rey Sol.

—El último Borbón, el timorato Luis XVI, tiró por la borda todo lo que sus antecesores hicieron—rezongó uno de los comensales—. Tanto esfuerzo por concretar una administración firme y súbditos fieles, tirados a la basura por la ineptitud y la mala influencia de una reina casquivana y gastadora. Dicen que María Antonieta fue en gran parte responsable de la debacle.

—Un régimen perfecto de impuestos que sostenía un ejército gigantesco que imponía miedo y respeto en toda Europa—agregó el honorable Sanders—. ¡Cuántas guerras impulsaron y ganaron! Miren ahora como han caído como corderos ante una turba numerosa que no tiene idea de nobleza, gobierno o relaciones exteriores y sólo pueden esgrimir. “Libertad, pan y tierras” como consigna.

El desprecio y escándalo era absolutamente patente en su rostro. Los demás asintieron, especialmente los locales que no tenían demasiadas referencias directas del conflicto, ya que la información demoraba en llegar. Todas las fuentes aludían a una revolución que había hecho estremecer los cimientos de Francia y sus Estados amigos, amén de los enemigos como Inglaterra, que veían en esa rebelión un ejemplo peligroso para sus súbditos.



— ¡Por suerte está bien lejos de aquí! — comentó uno de los hacendados invitados, tal vez tratando de aterrizar la charla a los problemas locales, más abarcables e interesantes para ellos en el corto plazo.

Se había vuelto común estos días, para desconsuelo de Marco, que la importancia de sus invitados incitara a los terratenientes vecinos a pedir constantemente para asistir a su casa y poder tener un contacto más directo con la élite visitante. Eso hacía que su mansión estuviera todas las noches demasiado poblada para su gusto.

—Lejos dice usted— sonrió con altivez el que tomaba el mando de la conversación—. Las ideas que se dispersan desde allí se abalanzan sobre todos y corren como reguero de pólvora, tapando con su manto nefasto a todos los gobiernos. Portugal no estará exento de esta situación, ya lo verán ustedes, y con ello el Brasil también se verá afectado.

— ¿De qué forma podría ser eso? — señaló el capitán Braganza interesado en el giro de la conversación.

—Esos forajidos sin ley ni nombre que se arrogan el nombre de revolucionarios arrasan con todo lo establecido. Dicen abrazar la causa de la libertad en todas sus facetas, así como la de la igualdad. En nombre de esos dos derechos, cercenan otro natural, como es el de la propiedad que los nobles tienen sobre sus posesiones desde el inicio de los tiempos. Ni la

Iglesia se salva de su afán y ambición. Han abolido impuestos, quitado tierras, apresado opositores, en fin, lo que han querido. Y esto no queda ahí, ya las colonias francesas están sufriendo los embates de la anti—esclavitud.

Se pudo notar el horror en las caras de los presentes. La mera palabra los estremeció.

— ¿Como dice usted? —gritó uno.

—Existen una serie de revolucionarios, los más radicales, que hablan de la igualdad de los seres humanos en todas sus dimensiones y denostan la existencia de la esclavitud sobre la población negra. Esos hombres exigen el fin de la esclavitud. Miren el ejemplo de Haití que es uno de los territorios que en este momento enfrenta un colapso importante por una rebelión inspirada en esas ideas funestas. Santo Domingo fue siempre productor de azúcar, como Brasil. Desde 1790 se encuentra en llamas, las autoridades atacadas y desplazadas, las plantaciones y haciendas quemadas. ¡Negros tomando el poder y revolviéndose contra las manos que les dan de comer!

— ¡Pero es impensable que se pretenda ir contra un sistema que es la base de la economía y sustento del comercio internacional! —protestó uno de los políticos del lugar, sin ocultar el temor.

—La plebe nada conoce de verdad o inteligencia. Este es el resultado de la influencia de ese círculo nefasto de intelectualoides que durante todo el

siglo fueron bien recibidos en los salones de las noblezas europeas. El tal Rousseau, el barón de Montesquieu, gente que proponía restringir el control monárquico, liberar el comercio y no se daban cuenta que con cada una de esas ideas daban alas y saberes a grupos que los usaron y deformaron a su favor.

—No me parece mal que exista mayor intervención de la población en el gobierno, por lo menos que aquellos más preparados—señaló Braganza, esgrimiendo un argumento que creía justo.

—Cuando existen límites y controles desde los superiores estaríamos de acuerdo. Hay un grupo de notables de la sociedad europea que se ha ganado el derecho de asesorar o aconsejar a los políticos. Lo que digo es que cuando los extremos ganan y tratan de subvertir el orden natural de las cosas, nada puede salir bien.

—Convengamos que los vicios económicos de las monarquías más toda esa serie de nobles, colgantes de los impuestos reales hundieron económicamente a más de un gobierno—insistió el dueño de casa poniendo molesto al portugués.

—Podemos acordar que eso ha sido cierto en Francia, mas no es el caso de Portugal. Desde las reformas del Marqués de Pombal felizmente auspiciadas por el monarca, el sistema económico digamos que benefició a

los comerciantes del azúcar, usted incluido señor Braganza.

Este asintió procurando calmar al hombre y evitar ponerlo en su contra. No era su objetivo, no cuestionaba la institución de la esclavitud. Reconocía su utilidad y no renegaba de los ingresos económicos y la posición que le habían dado.

—Coincido con usted, las reformas que liberaron de impuestos al azúcar fueron muy a tiempo. Atendieron a nuestras urgencias y mostraron a un monarca preocupado por las colonias.

—Así es mi amigo—se ufanó ahora más tranquilo el honorable Sanders—. La corte de los Braganza siempre ha estado muy pendiente del Brasil, como corresponde a todo imperio colonial.

No dejó pasar la oportunidad de hacer notar la superioridad de los peninsulares portugueses sobre los criollos brasileños, categoría en la que no podría inscribirse a Braganza, originario de la Península, pero que sí se imponía sobre el resto de los hacendados presentes.

Estos habían seguido la conversación de manera intermitente; la mayoría no conocía ni a los filósofos ni a la política internacional nombrada. Lo único que les había preocupado y había hecho estallar las campanas en su cabeza era la palabra “anti— esclavitud”.

— ¿Usted cree sea posible que esas ideas qué tienen esos señores de

Francia pueden llegar a Portugal y a Brasil, afectando la manera en la que producimos? —inquirió con temor uno de ellos.

—Le puedo asegurar que la corte portuguesa y el Monarca hacen todo lo posible para que la locura de ese país no nos alcance. Incluso estamos en contacto con otras naciones como Inglaterra, que ha sido nuestra nación amiga desde siempre, para evitar esa expansión y controlar a esos desquiciados. Nuestra política exterior está comprometida en esa situación y en preservar el bienestar económico de nuestras colonias.

—Que es el de la Península también, por supuesto— sonrió Braganza.

—Es así, usted lo ha dicho muy bien, capitán. Nos complementamos de manera armoniosa y nos necesitamos mutuamente. Recuerden mis amigos —discurseó con habilidad para su ávida tribuna— que el comercio triangular funciona de una forma acertadísima. Brasil coloca en Portugal el azúcar, de donde parten los productos manufacturados tan necesarios y desde el África obtenemos los esclavos que nuevamente alimentarán al sistema de la producción azucarera y hoy también cafetalera. ¡Brindemos, caballeros, por esta forma económica tan inteligente que los blancos establecieron en estas tierras!

Los invitados levantaron sus copas, aliviados de que la pesadilla pareciera estar tan lejos.

## ONCE.

Las veladas se extendían hasta bien entrada la noche e irremediablemente quitaban horas de sueño al anfitrión que se reservaba las primeras horas del día para recorrer sus dominios, enterarse de la producción y establecer las órdenes necesarias para el funcionamiento de la hacienda y de la casa grande.

Tenía para cada actividad un hombre de confianza o una mujer en el caso de la casa y los jardines, en los que confiaba plenamente. Esa mañana se sentía con ganas de una buena cabalgata, por lo cual mandó preparar su corcel. Sabía que le dolería la pierna al final del día, pero no quería perder la oportunidad de sentir el calor del sol mañanero y el viento en su cara a la vez que olía el cafetal.

Se acercó con calma a los trabajadores que iniciaban la jornada en los arbustos, saludando con un golpe de cabeza a quienes lo miraban con respeto y sin miedo. Esto se debía al formato que funcionaba de maravilla en la hacienda: se comía bien, no había hacinamiento, las vestimentas eran limpias y los festejos se permitían de manera abierta y sin control. La disciplina se establecía sin embargo de manera sistemática y el terror no era el instrumento

utilizado para ello; todos sabían su lugar y función y la cumplían.

De alguna forma Marco había impuesto su sistema militar en su propia hacienda y los esclavos no sufrían el oprobio de la tortura ni las mujeres la violación sistemática. Era toda la concesión que él podía hacer, porque en el horizonte del siglo XVIII la institución de la esclavitud no se veía entre los blancos como algo eliminable, menos entre aquellos que la aceptaban como un estado natural de cosas.

El capataz más importante se le acercó para darle detalle de la zona donde había algunas dificultades con las matas de café y su crecimiento, así como le comentó la estrategia que estaban adoptando, con la cual acordó. Confiaba en la pericia y experiencia de sus hombres y rara vez se equivocaba en sus juicios. Al volver a ingresar en la zona de jardines, nuevamente le llamó la atención la alta y bonita esclava que trabajaba por estos días en su casa. Llevaba y traía ramas que estaban siendo cortadas de uno de los arbustos. Se movía con diligencia y había algo casi de felino en ese cuerpo.

Le intrigaba y por qué no decirlo, le provocaba sensaciones dormidas hacía tiempo. Se dirigió a la encargada y le preguntó acerca del desempeño de las esclavas prestadas por el fazendeiro De los Santos, ante lo cual ella respondió que lo hacían bien, aun cuando no estaban acostumbradas al trabajo de la casa y en algunos casos la torpeza era la característica.

—Es una de ellas, ¿verdad? —preguntó dirigiendo su mentón hacia Asmina.

—Sí, amo. Habla poco portugués, hace bien poco fue traída del África. La llaman Ana. Por lo menos, ese es su nombre impuesto.

Otra de las características en su hacienda era que los esclavos permanecían con su nombre de origen y no se les colocaba uno a gusto de la Iglesia que los bautizaba. Era uno de los problemas que solía tener con el sacerdote cuando este asistía a la hacienda. Aquel insistía constantemente en la necesidad de “evangelizar a esos salvajes y traerlos como corderos a la mirada de Dios”. No veía viable esa postura, después de todo era bien sabido que los esclavos tenían sus ritos y prácticas bien arraigadas, la devoción a sus orixás y que a veces identificaban a los mismos con los santos cristianos, Era una forma de hacer vivir en las sombras las creencias ancestrales. Prohibirlas no estaba en su cabeza, sería sumar innecesariamente otra situación de descontento.

Dio la vuelta y se dirigió ahora las caballerizas, pasando al lado de la muchacha que en principio desvió la vista, pero una vez se hubo alejado unos diez metros, observó con admiración la elegancia del trote. Caballo y jinete parecían uno y el blanco la impactaba con la gravedad de su rostro y la parsimonia de sus movimientos.



Ella continuó entonces con su trabajo. Este era intenso, más que por las exigencias por lo variado de las tareas. Sentía que su torpeza inicial se diluía a medida. que le enseñaban cómo moverse, cómo proceder, cómo ingresar a las habitaciones esperando que no hubiera nadie, cómo limpiar para que fuera del agrado de los blancos.

Lo que más le gustaba era asear la habitación del amo principal. Era una gran estancia, aunque bastante espartana si se la comparaba con el resto de las habitaciones, especialmente la de los invitados. Nada de espejos, nada de objetos de lujo. Una cama con dosel con abrigadas mantas en tonos de blanco y negro, candelabros no demasiado adornados, una silla recta, una poltrona un tanto más acolchonada, pesadas cortinas cubriendo el ventanal. El intenso aroma de los aceites del hombre que aspiraba con fruición cada vez que se acercaba.

Y una imagen omnipresente en toda la casa que se repetía en varios retratos de distintas dimensiones, tanto en el salón central adornando una enorme chimenea, cómo en la habitación del amo. Una delicada figura femenina de tez tan blanca que asombraba, con el cabello arreglado en delicado moño, con ojos un tanto soñadores. Se preguntaba quién sería. Sin duda era alguien de extrema importancia para el capitán Braganza, ya que era la única concesión retratista de una casa que ni siquiera tenía uno de su dueño. Era obvia la intención de preservar la memoria de esa mujer a la que

nunca había visto. ¿Tal vez estaría de viaje y llegaría en algún momento?

La incógnita acerca de su rol en la vida del hombre se profundizó al percibir las miradas constantes y muchas veces melancólicas que él daba esos cuadros. En uno de los tantos momentos en su habitación, observó un delicado objeto que no pudo resistir tocar y oprimir, acción que hizo que éste se abriera por la mitad, volviendo a mostrar la imagen de la dama, esta vez en formato pequeño. Lo soltó como si picara al abrirse la puerta de golpe y su actitud de susto y sorpresa llamó la atención del hombre, que vio entonces el relicario en el suelo. Con grandes zancadas se acercó y arrodillándose casi con devoción lo tomó entre sus manos, mientras observaba que no estuviera roto y que la imagen estuviera sana y salva. Lo colocó nuevamente en el lugar y la miró como recriminando su acción. Asustada y temiendo que el hombre pudiera pensar que quería quedarse con el objeto sacudió su cabeza de manera negativa y dijo con la voz más clara que pudo:

—Sólo mirar.

Las palabras que le dirigió fueron las primeras entre ambos; hasta entonces solo se habían observado y comunicado de manera no verbal.

—Esto es importante para mí, debes tener cuidado.

Las frases fueron pronunciadas en tono suave y de forma muy lenta, lo que la tranquilizó. Debía reprimir su curiosidad, no era bueno que la vieran

tomando cosas, aunque solamente fuera para limpiarlas, más aún cuando eran pequeñas. Tal y cómo la encargada le había comentado, manipular los objetos bonitos de los blancos tenía que hacerse con sumo cuidado, no sólo por el cariño que estos le tenían sino porque podían ser fácilmente acusadas de querer robarlos.

La imagen de la joven dama continuó en su cabeza, por lo que luego de finalizar sus tareas y con las palabras que dominaba del portugués, inquirió a la encargada sobre ella.

— ¿La del retrato, dices? Esa era la ama María, tristemente fallecida hace unos años. Era una linda y buena mujer, dulce. El amo vivía para complacerla.

— ¿Murió? Eso es tan triste.

— Si, de una rara enfermedad. Era muy joven. El amo no ha vuelto a estar feliz desde entonces.

Lo lamentó por él. Se notaba en esa mirada llena de recuerdos que la dama aún vivía en su corazón. Lo entendió muy bien, acudiendo al cariño que sentía por su familia disgregada, pues ella jamás había sentido un amor así por alguien. En realidad, nunca se había enamorado de nadie. Se había resistido en su propio pueblo en África a unirse con algunos de sus pretendientes. Su tribu era pequeña y sus padres sin presionarla a fondo le

habían planteado lo necesario que era vincularse para procrear y mantener el espíritu del pueblo. Ella no había sentido interés sentimental por alguien en especial.

Pero este amo blanco la inquietaba, le hacía preguntarse cómo sería hablar con él, tocar sus manos y mirar sus ojos bien de cerca. Por lo pronto, manipulaba sus objetos con devoción y acariciaba su ropa y sus trajes cada vez que entraba a la habitación como si tocarlos la pudiera conectar más con su espíritu. Era extraño, lo sabía y se interpelaba. No solo porque no estaba a su alcance y solo pensarlo era una osadía, sino porque era un hombre blanco y de ellos solo se obtenía dolor.

El capitán desmontó con evidente dificultad y maldijo, rechazando el intento de ayuda de algunos de sus acompañantes de la batida de caza que se había organizado con celeridad en la tarde. ¡Esa sarta de haraganes y sus deseos de festejo y entretenimiento lo iban a terminar liquidando! Habría podido declinar acompañarlos, pero se sentía obligado en su función de anfitrión. Detestaba la caza en todas sus formas, ese inútil desperdicio de balas en pequeños animales sólo por el hecho de la diversión y de la depredación.

Caminó rengueando por la sala y se le complicó el ascenso por las

escaleras, en las cuales tropezó con Asmina, que vio su apuro e inmediatamente tomó su brazo para ayudarlo. Pensó negarse, un poco por orgullo masculino, pero el calor de su piel sosteniendo con su poco peso el suyo propio evitó que lo hiciera.

¡Esa maldita pierna nunca dejaría de darle problemas! Aún recordaba esa batalla allá tan lejos, por Argel, en la cual las esquiras de los cañonazos lo habían herido. Una de las varias veces que los portugueses auxiliaron a los ingleses en sus incursiones por alguna isla del Mediterráneo, en ese caso contra los moros por el año 1770 y pico, cuando era tan joven.

La muchacha lo condujo con firmeza hacia su dormitorio. Su esbeltez no estaba exenta de fuerza, como esas cañas que se balancean y el viento parece quebrar, pero sin embargo se mantienen enhiestas y vuelven a lugar. Se sentó en una de las poltronas y le indicó con un gesto que lo ayudara a quitarse la bota. La sensación de alivio fue inmediata. Masajeó el lugar afectado y no pudo evitar el rictus de dolor, lo que no pasó desapercibido por la joven que detuvo su mano con las suyas propias y comenzó un masaje circular sobre el lugar generando un calor agradable que poco a poco calmó la molestia.

—Gracias— le señaló mirándola a los ojos.

Ella asintió para luego incorporarse y proceder a retirarse.

-Por favor, prepara mi baño—le indicó.

Sabía que el agua aliviaría aún más sus músculos y articulaciones. Asmina fue y vino con las cubetas hasta lograr completar la tinaja con agua en cantidad suficiente y con la temperatura adecuada. Inclino la cabeza y luego se retiró. Él se despojó de su otra bota, los pantalones, chaqueta, camisa, ropa interior larga. Apenas ingresó una pierna en el agua resbaló pesadamente golpeándose contra los bordes del tonel de madera, exhalando un grito que Asmina escuchó desde el pasillo y que la hizo correr nuevamente hacia él.

La asustó verlo torcido, doblado sobre la tinaja y con un corte en la cara del que manaba abundante sangre, pero más aún la impactó la desnudez de ese hombre alto y flaco. No había visto un hombre blanco desnudo, jamás. Le asombró la palidez, además de la tensión muscular. Se movió rápido en pos de ayudarlo y lo sostuvo sobre sus hombros, cargándolo de nuevo, esta vez hasta una silla alta, donde lo hizo sentar y le trajo una manta para que se cubriera.

Corrió hacia la cocina y allí solicitó la ayuda de la encargada, tratando de explicar el accidente sufrido por el amo. Esto generó una pequeña revuelta pues Asmina en su agitación no encontraba las palabras adecuadas para expresarse. Fue el mismo amo el que con dificultad y algo atontado por el golpe llamó a gritos a la mujer exigiendo elementos de limpieza y de cura. Lo

atendieron con agilidad, acostumbrados como estaban a los accidentes en los campos.

Asmina miraba en silencio, sosteniendo los enseres mientras limpiaban la herida y vendaban con una tela blanca la frente de Marco, lo que le daba una extraña apariencia. Él se veía mejor y no exhaló ni un gemido ni frunció el gesto, lo que le dio la pauta que era un hombre curtido y acostumbrado a los golpes. Varias marcas que había visto en su cuerpo despojado unos minutos antes reforzaban esa idea.

## DOCE.

Esa noche Braganza decidió cenar solo y la caída fue un buen argumento a su favor. “Que mis invitados disfruten hasta el hartazgo en la gran sala, comiendo y bebiendo mis manjares, arreglando y desarreglando el mundo” pensó. Él se resguardó en su habitación rodeado de sus recuerdos y sintió el alivio de la soledad y de contar con tiempo para sí mismo.

Tranquilizó a la encargada que no cesaba de ir por él y mirar como estaba. Le solicitó que le preparara una cena liviana, algo de sopa, queso y pan sería suficiente y le ordenó que se lo trajera la esclava Ana, pues quería agradecerle su ayuda. En cualquier otro lugar esto habría sido impensado, pero no era extraño en su hacienda. Procuraba tratar con amabilidad y condescendencia a quienes aumentaban su riqueza con su sudor.

La mujer arribó más tarde con una gruesa bandeja en la que portaba un tazón de sopa muy caliente con unas buenas hogazas de pan casero y el mejor queso de la región. Lo sirvió en la pequeña mesa en la que se encontraba. Sus pequeñas manos asieron el tazón de sopa que evidentemente las quemó, pero aguantó hasta posarlo frente a él.

—Gracias—la miró y la limpidez de esos ojos oscuros lo acariciaron.



“¿Qué pensará esa mujer? ¿Entenderá lo que provocaba en mí? El lenguaje de la atracción es universal”, pensó. “No puedo seguir negando que mi cuerpo se siente atraído a ella como insecto a la llama de una vela”. Podría tenerla aquí ahora y nadie le detendría. Nadie se extrañaría. “No”, rectificó. Tenía claro que él mismo, su conciencia, no lo permitiría.

Le molestaron que esos enojosos pensamientos lo abrumaran. Jamás había caído en la bajeza de tomar a alguien por la fuerza como si fuera un objeto. Se encontraba entre las acciones que más detestaba. Respiró hondo y volvió a mirarla a los ojos.

— ¿Tú me entiendes? — le preguntó.

Ella simplemente lo miró y luego sonrió, en un gesto difícil de interpretar como asentimiento o negación.

—Tú— la señaló—. ¿Sabes que digo?

Trató de hacer hablar a sus manos, agitándolas mientras se señalaba y a su boca.

Ella asintió.

—Marco Braganza es mi nombre. Marco— se señaló.

Ella entendió y le gustó la musicalidad del nombre, que repitió con algo de dificultad, para luego señalarse ella y contestar:

—Asmina.

Tal vez debió haber dicho el nombre que le habían adjudicado, pensó luego. Ana. Pero instintivamente defendió una de las pocas cosas que le quedaban suyas. Quería que él conociera su nombre verdadero, como si develarlo fuera la puerta de acceso para el resto, para mostrarse como persona y no como objeto.

—As—mina—silabeó él.

Nunca había escuchado un nombre así. Tampoco nunca había visto una mujer así. Bella, sencilla y serena, a pesar de la desgracia que cargaba. Así veía él a la esclavitud, una mala suerte que tocaba a la puerta de algunos.

—Asmina. Gracias—le indicó mientras tocaba su herida en el rostro y en la pierna y hacía una mueca cómo sonrisa.

A Marco le costaba reír y percibió que a ella también, aunque por razones tan distintas. Sin embargo, le regaló una visión de labios pulposos como marco de unos bellos y perfectos dientes nacarados, además de un brillo especial en la mirada.

—Puedes retirarte ahora, Asmina— le indicó.

Ella salió en silencio con un bamboleo característico de sus caderas, que le acompañaría de ahora en más en sus sueños. Suspiró. De pronto había perdido el apetito. Tomó el relicario y lo abrió frente a sí, acariciando con un dedo la imagen tan amada.

“No entiendo que me pasa, querida. Trato de ser un hombre probo, de enorgullecerte aun en tu ausencia. Mas temo qué malas ideas han tomado mi razón y nublan mi juicio. No puede ser sano ni de buen cristiano que piense tanto en una mujer esclava”.

Esa noche tuvo sueños muy revueltos y confusos donde se mezclaron tiempos, escenarios, personajes y deseos. En ellos, cabalgaba libre y rápido como el viento, perseguido por una sombra. Cada tanto se detenía y miraba detrás. Tan pronto estaba en un barco navegando hacia Argel como en las tierras más altas de su hacienda. Pero siempre debía mirar atrás. Algo que se acercaba, algo que lo acechaba y no acertaba a ciencia cierta a decir qué. Algo que lo angustiaba.

Se levantó adolorido y malhumorado en la mañana. Era un hombre práctico, un hombre de armas, un comerciante, no un soñador alocado. De seguro los cambios en su rutina y tanto tiempo de soledad nublaban su buen juicio. Necesitaba una buena catarsis, hablar con franqueza y claridad, ser escuchado. Era un buen momento para desayunar con su viejo amigo, lo tenía olvidado estos días allá en la habitación que oficiaba de estancia cuasi permanente. No era algo que le preocupara, estaba muy bien atendido y prefería la soledad. Si necesitaba algo, estaba más que seguro que lo haría saber sin problemas.

Bernard Stanford era su nombre; un inglés de pura cepa con el que

había trabado una amistad inveterada a lo largo de los años como compañeros de armas. Lo había conocido siendo él un imberbe, a sus dieciséis, cuando aquel ya era mayor entonces. Los ejércitos de ambos países habían colaborado en sus conflictos en el norte de África. Había sido su modelo de soldado a emular y su maestro, a pesar que ya en ese momento era un hombre agotado y asqueado de las luchas imperiales y que veía con cinismo cualquier tipo de expedición “liberadora”. Solía decir con desparpajo, aunque nunca frente a la oficialidad:

— ¡Libertad! Esa es una palabra muy ampulosa para los pueblos menos desarrollados. El Imperio inglés siempre considera que lleva su civilización y la luz de la sabiduría donde sea que pise. No reconoce nada más que eso. ¡Ay de los pueblos que caen bajo el ojo de nuestros Reyes!

Al comienzo, siendo Marco apenas un adolescente, pensaba que esa visión era bastante poco respetuosa de los monarcas, pero con el paso de las misiones y las décadas debió acordar con él. Cualquier territorio o población nueva que tuviera algún producto o material de interés de los reyes o comerciantes, era territorio perdido para sus habitantes nativos.

El transcurrir de los años y el peso de las batallas impuso sobre su viejo amigo su maldición y lo postró y cegó de manera irreversible. Cuando esto ocurrió, Marco lo tomó bajo su protección. Lejos del ejército y sin familia que los extrañara, Brasil fue para ambos un territorio que los recibió

con los brazos abiertos.

Cansados de batallas que no eran suyas y con poco en común y para compartir con lo que quedaba de sus familias, se hicieron a la mar con poco dinero, el suficiente para comprar tierras baratas en un mundo con muchas tierras aun por colonizar. Eso y su apellido, que lo emparentaba lejanamente con la casa reinante de los Braganza en Portugal, habían sido los inicios de un periplo de aventuras y éxitos, que lo habían colocado en un sitio económico desahogado. Debía confesar que al comienzo abusó de su presunta conexión cercana con la realeza y eso le abrió puertas en las mansiones y los negocios. Tenía un talento natural para el comercio y lo descubrió en el momento y el lugar justo. Así que aquí estaba ahora, disfrutando de las mieles del suceso.

Casi podría decirse que Bernard era su conciencia y acudía muchas veces a él en busca de consejo o razones que trajeran de vuelta su mente o corazón al redil de lo aceptable. Era este ahora el caso; se sentía dubitativo y extraño.

— ¿Qué te trae por aquí, mi amigo? Sé que tienes la casa llena. He podido escuchar los movimientos de los caballos. Realmente tu mansión se ha vestido de nobleza.

Pudo percibir su tono irónico.

—Te confieso que estoy muy cansado. Se suponía que la estadía de

estos nobles iba a ser bastante menos tiempo del que se han quedado, pero le han tomado el gusto a mi hacienda y a los alrededores.

—Y a vivir y comer de arriba, como siempre hacen, mi estimado. ¿No te lo digo yo? ¿No te lo he dicho siempre? Busca un noble y encontrarás un zángano.

—¿Qué le vamos a hacer? Gajes del oficio, al buscar un pariente algo cercano o lo que puede haber de la nobleza en Brasil, mi apellido me hace la figura obligada y no podía desestimarlos.

—¿Por supuesto que no, te entiendo! ¿Qué asuntos los han traído?

—Negocios, el intento de calmar ciertas molestias coloniales. Aunque todo se parece más a un paseo y a disfrutar, pero bueno.

—Me imagino que los hacendados locales habrán aprovechado la oportunidad para plantear sus inquietudes. Yo lo haría. Pocas veces los representantes llegan hasta los súbditos. No deberían hacerlos sentir tan cómodos

—Pues sí lo han hecho y con creces. Han desfilado por aquí y lo harán mientras estén. Los atrae la novedad como moscas a la miel; no es común ver en persona a la nobleza cortesana.

—Y alguno de ellos te habrán traído sus lindas hijas, me imagino también.

Marco rio y soltó una afirmación.

—Te lo he dicho—continuó el otro—. Esa viudez tuya no deja de incitar a las madres casaderas de la región.

—Tú qué sabes si no te mueves de aquí—bromeó.

—Pero tengo buenos oídos. Además de muy buen contacto con tu servidumbre.

Sonrió. Su amigo jamás había perdido oportunidad de charlar con quién se le acercara y era capaz de extraer buenas piezas de información incluso de los esclavos, que usualmente no eran tan proclives a la conversación.

—Deja eso y cuenta cómo te has sentido—desvió el tema.

—¿Cómo puede sentirse un viejo con sus achaques? Mal, pésimo, no puedo moverme sin ayuda y estoy tan a oscuras como un topo. Solo describo, eh, no me quejo, hay gente mucho peor que yo. Mira esos pobres desgraciados esclavos perdiendo su vida, sus pieles y su familia en esas haciendas cercanas.

Bernard era absolutamente contrario a la esclavitud y repudiaba la figura de amo torturador. En ocasiones habían tenido sus buenas discusiones por esa situación. Aquel era anárquico por naturaleza, cosa extraña considerando los años bajo la disciplina del ejército.

—Bien, la cuestión es que he tenido que solicitar esclavos en calidad de préstamo de algunas haciendas cercanas. Esa gente no deja de tener necesidades y pedidos y han distorsionado el funcionamiento de mi casa.

—No te quejes, de seguro el préstamo fue con sumo placer.

—El solo hecho de pensar que les deberé un favor y mi supuesta conexión con la Corte fue suficiente para que algunos cedieran sin queja.

Se movió con lentitud por la sala, observando el hermoso panorama del paisaje cafetalero, de los jardines y fuentes que se visualizaban desde la ventana de su amigo. Lamentó que Bernard no pudiera disfrutar de esa visión. Volvió luego sobre sus pasos.

—Te noto algo irresoluto. Confundido—le señaló el anciano inglés.

—¿Puedes notar eso solo con mi caminar? Las dotes adivinatorias de algunos esclavos no son nada a tu lado—sonrió.

—No eres hombre de prolegómenos ni de largas conversaciones, vas y vienes. Para mí es evidente que quieres contarme algo.

Suspiró y acercó una poltrona.

—Pues ya lo ves, tienes razón. No me siento yo mismo últimamente. Estoy inquieto, tengo ideas que no solía, actitudes que deploraba en otros parecen haberse hecho carne en mí.

—¿Cómo es eso?



—Tú sabes lo que ha sido mi vida luego de la muerte de mi esposa.

—Una completa porquería— aseguró sin un dejo de compasión en su voz.

No le prestó atención, habían tenido mil y unas discusiones al respecto. Bernard quería que saliera a flote, que olvidara a su linda María. Él sabía que no podía hacerlo. Hasta ahora.

—Pero me has interesado y picado mi curiosidad. Debe ser la primera actitud distinta que esbozas en cinco años que han transcurrido desde lo de tu esposa.

—No tengo muy claro lo que quiero decir o siento.

—Lo tienes más que claro y por eso estás aquí.

—Hay una mujer...

—¿Una sola? Hay muchas, pero tú ni cuenta te dabas. Hasta ahora, al parecer. ¿Quién es esa figura que ha hecho tambalear tus convicciones?

—Es que ni siquiera sé que me provoca. Sólo que es extraño y que sólo mirarla aletarga mi pena.

—No es poca cosa considerando lo hondo de tu dolor, mi amigo.

Bernard sabía bien la profundidad de la pena que había sufrido. Había amado y perdido, todo en un lapso tan breve que a veces parecía irreal.

—Pero es una locura. Es algo sin pies ni cabeza. Impensable.

— ¿En estos tiempos hablando de imposibles? Lo imposible sólo es algo un poco más difícil que lo ordinario.

—Es una esclava, Bernard.

— ¿Una mujer negra? ¿Te atrae una esclava? Vaya, eso sí es toda una novedad—tocó su barbilla y arrugó su entrecejo—. Entiendo tu desánimo. Te altera pensar que una inferior provoque pasiones en ti.

—No es eso, tú me conoces bien. La diferencia de mundos hace imposible pensar que pudiera...

— ¿Que pudieras que, mi amigo? ¿Tomarla? Parece lo más fácil del mundo en estas tierras—elevó la voz con fastidio manifiesto.

— ¡No para mí! Me extraña, me enoja que siquiera pienses...

—No pienso nada, te comento posibilidades. No te incito a nada, lejos de ello. Repudio la bajeza del sistema y tú lo tienes muy claro. Pero te veo atrapado en una telaraña de emociones. Tal vez el problema es que deseas tanto salir de la soledad en la que estás que la única visión que tienes a tu frente es una mujer de tu servicio.

—Tú mismo lo dijiste, no es la única mujer que veo y frecuento. Si supieras cuántas de ellas han estado mi casa últimamente. Pero no me interesan, no he visto ni he encontrado ninguna como mi María.

—He ahí la raíz del problema. Buscas a alguien como tu ex esposa, que descansa en paz. No existe otra, no va a existir ninguna igual. No quieras encontrar su imagen en la cara o en los movimientos de otra mujer blanca. Si existiera, sólo sería una réplica vacía y jamás podría sustituir lo que perdiste. No lo has asumido aun y tal vez por eso tu corazón busca a alguien bien diferente, un espejismo que te saque de ese pozo en el que tú mismo te has metido.

—Esa mujer no es un espejismo, puedo asegurarte.

—Ten cuidado que tus deseos no te lleven por el camino equivocado. Para mí no sería impensado una relación de ese tipo, pero tú sabes cuán extraño soy para el resto de la sociedad.

—No estoy considerando una relación— se ofendió—. Simplemente vuelco en voz alta mis dudas.

—¡Capitán Braganza! Esas dudas tuyas tienen algunos elementos de certeza, me temo. Cuidado con sus pasos. Es un mundo de apariencias y jerarquías este en el que usted vive—añadió su viejo amigo, olvidando el tuteo para dar énfasis a su sermón.

Tenía razón y él mismo se lo había planteado anteriormente; sin embargo, la inquietud todavía lo carcomía. No se trataba de un tema racional. Era muy factible que el análisis de Bernard con relación a la imposibilidad de

dejar ir a su esposa y el impacto que esto tenía en su cabeza y en su vida fuera el más acertado.

No soportaba la idea de conocer y comprometerse con una mujer de la aristocracia local, los ritos de contacto obligados, los vínculos familiares y todo lo que esto traía consigo. Ya había tenido a su esposa, no consideraría otra. Ese era hoy día su sentir.

No hay, empero, nada más insidioso y persistente que una idea fija rondando en el cerebro y él lo sabía muy bien. Era un hombre de obsesiones, lo había sido desde su adolescencia. En el pasado estas no tenían nada de antojadizo, sino que se vinculaban a un deseo oculto primario o algún detalle o persona muy especial que lograba percibir. No se había equivocado cuando había elegido sus amigos o a su esposa; ¿por qué debería ser distinto con esta esclava?

“Por su condición, por supuesto”, le respondía su costado más claro. “Por la imposibilidad de generar un vínculo de igualdad y de mutua elección. Esa mujer no va a sustituir a María”, se dijo a sí mismo. “No pretendo que la sustituya, apenas que acompañe mi soledad, que apague mi fuego. Esa urgencia que ella misma ha despertado”. Eso era injusto, pensándolo bien. La esclava hacía lo que debía, era él quien jugaba con llamas, se increpó. “Además de esa desigualdad que tú mismo señalas, está el hecho que no te pertenece”.

## TRECE.

Los siguientes días los pasó en esa constante discusión interna en la que su cabeza parecía haberse embarcado sin remedio ni freno. Se quedaba todas las mañanas a la espera que ella arribara a realizar la tarea en la habitación y en silencio la observaba, preso de sus movimientos, analizando cada uno de sus rasgos, procurando convencerse que era igual a todas las demás. “Eso es lo que pensamos los blancos en general, ¿no es así? Todos los negros son iguales”. Salvo tal vez las mujeres, algunas con más senos, otras más caderas, todas disponibles para los amos. Su razón protestaba, pero cada jornada esos ojos volvían a sumergirlo en un mar de preguntas e indecisiones internas.

— ¿Asmina? — preguntó uno de esos días.

Ella lo miró con interrogante.

— ¿Dije bien tu nombre? ¿Recuerdas el mío? Marco.

Ella asintió y pronunció su nombre claramente. Es que lo había repetido una y otra vez a solas, a gusto con la musicalidad del mismo. A él le fascinó la suavidad de su tono y la belleza de sus labios que con rapidez se convirtieron en otro elemento de obsesión. Al cabo de una semana se

confesaba irremediablemente perdido en sus propios deseos, tanto que lo volvían fiera enjaulada por las noches, dudando, conteniendo a duras penas el deseo sexual que esa belleza negra le provocaba. Ya no se engañaba ni escondía la realidad, no tenía sentido.

Apenas sí atendía las charlas de sus invitados, que por fortuna habían comenzado los preparativos para retirarse. Extendía sus recorridas por la hacienda en largas cabalgatas buscando cansarse y con ello evitar pensamientos pecaminosos que pudieran conducirlo a acciones precipitadas. Recorrió como nunca las tierras donde plantaban azúcar y café.

Observó las acciones de sus esclavos plantadores que azada en mano desenterraban las viejas plantas de caña de azúcar que ya habían producido demasiado y plantaban los vástagos nuevos en el profundo suelo arcilloso. El azúcar seguía siendo uno de los principales ingresos de su hacienda. En otro sector observó como cortaban los tallos y los amontonaban en haces, para luego ser transportados en carretas tiradas por bueyes o mulas al ingenio, primitiva industria, donde los rodillos de metal prensaban la caña para extraerle el jugo.

Deambuló también en otras secciones de su hacienda, por la zona cafetalera de sus tierras recorriendo una y otra vez los aromáticos arbustos. Mas nada de esto surtía efecto. Se preguntaba qué oscura magia se había apoderado de su mente y de su corazón que lo hacían prisionero de una mujer

que ni siquiera hablaba el idioma y con la que apenas intercambiaba otra cosa que órdenes o miradas.

“No hay magia aquí, capitán”, se dijo. “Eres tú, eres tú que no logras disciplinar tu razón y no controlas tus instintos. Los dejaste demasiado tiempo solos y sueltos y hoy disparan ante el primer objetivo”.

Tanto tiempo sobre el caballo volvió a lastimar su pierna y le obligó a estarse quieto con ella en alto y aplicando compresas de hierbas. No quiso a nadie más que a Asmina en su auxilio, molestando con esta actitud a la encargada que no entendía ese repentino apego de su amo con una esclava extraña y tan joven. Pero se limitó a pensarlo sin expresar sus opiniones, no era esa su tarea y la liberalidad tenía sus límites.

Asmina lo cuidó y lo atendió con dulzura, sobando su pierna cuando era necesario, encendiendo cada vez más la chispa de la pasión con cada gesto y actitud inadvertida. Él trató de contenerse y no pensar, no sentir, no palpar con la gloriosa morena que joven y exultante de vida aun cuando prisionera de un sistema injusto, se afanaba por mantenerlo cómodo.

Toda su mesura la perdió una tarde de esas en que sus sentidos se alborotaron y su pasión se mostró desatada. No pudo reprimir que su mano tocara la mejilla y que diera vuelta la cara de la mujer, atrayéndola hacia sí, estampando su boca en esos labios carnosos que lo recibieron con sorpresa y

que luego respondieron con inexperiencia. Esto no hizo sino enervarlo más y sus manos sin control exploraron el cuerpo rotundo y acariciaron el montículo de sus senos. Pero entonces la conciencia de lo que hacía lo sacudió y se incorporó con violencia, tirando a su paso cuencos con agua y provocando un desastre.

La desazón se hizo clara en el rostro de la muchacha y él se tironeó nerviosamente el cabello tratando de componerse, con rabia por su poco autocontrol. Caminó unos pasos y el dolor en su pierna volvió, lo que le hizo lanzar varias maldiciones. Ella miraba todo sin entender. Algo que había hecho estaba muy mal, él estaba furioso e iracundo, aunque no con ella. Era extraño. Él volvió sobre sus pasos y tomando el rostro de la mujer con ambas manos la miró con arrepentimiento y le dijo:

— Perdón—para luego darse vuelta y huir de la recámara.

Los roles se invertían y el fugitivo era el amo que salía dejando a la esclava dueña de la situación, aunque sin saberlo. Asmina no entendía del todo el idioma, pero sí conocía de gestos y de expresiones. El amo blanco era un hombre dulce y quieto con unos ojos difíciles de descifrar pero que habían ido ganando en brillo a medida que los días pasaban. Su presencia lo alegraba, se percataba de ello. Le gustó poder hacerse cargo y aliviar algo sus heridas.



La infinita e inicial sorpresa que significó la cercanía de su boca y de su físico rápidamente mutó en un agradable calor en su corazón y ansiedad porque el contacto se hiciera más hondo y más profundo. Nada de sus gestos le provocaba temor y eso era increíble considerando los penosos sucesos que la habían vinculado hasta ese entonces con los hombres blancos. El destrato, la tortura, los golpes, la violación, habían sido la constante en esos meses en los que por primera vez conoció a los mismos. Marco era alguien diferente, se notaba en su accionar en la propia hacienda, lo decían sus esclavos y lo podía percibir en su trato con ella. Más importante aún, ella sentía que los conectaba un secreto deseo, las ansias por unir sus cuerpos y dejarse llevar por el placer que les provocaba su mutua compañía.

A él nada le hubiera gustado más que tomarla y dejarse arrullar por la calidez y turgencia de su cuerpo joven. Como había dicho Bernard, tenía todo para poder darle órdenes y tomarla sin que nada pasara. Y sin embargo, la miraba y se cuidaba de tocarla, y cuando lo hacía evidentemente se arrepentía. No por falta de deseos sino por vergüenza.

En su fuero íntimo y a pesar que demoró en acercarse otra vez, él sabía que sus pulsiones no tenían vuelta atrás. Una noche de tormenta, en que las velas ardían con dificultad por el viento que se colaba por huecos y resquicios, en que el silencio y la soledad los rodeaba en la habitación mientras ella terminaba de acomodar las últimas piezas de luminarias en el

gran mueble, el encuentro se hizo íntimo. Ella sentía la presencia cercana del amo blanco y su mirada la quemaba. Esto la ponía nerviosa, con la excitación de saber que él la atravesaba con la mirada de un tigre acechante.

Verla de espaldas hizo crecer el deseo en su interior, alborotó sus ideas y envaró su miembro. El vestido casi informe de tela rústica no podía disimular las formas intensas de sus glúteos y la redondez de sus caderas. Se acercó embelesado hasta estar apenas a unos centímetros. Ella sintió la agitada respiración detrás pero no se volvió ni siquiera cuando él envolvió su cintura con sus brazos y puso la cabeza en su hombro a la vez que su boca pronunciaba quedamente su nombre.

—Asmina...Tú estás ya metida debajo de mi piel. He intentado no pensar en ti, no mirarte y desearte, pero soy débil.

Ella no supo cómo reaccionar en primera instancia; se mezclaban las sensaciones en su pecho, de pasión y de temor alternativamente. Las manos del amo Marco sobre su cuerpo y ese abrazo cerrado que tenía mucho de deseo, pero también de contención, en nada se parecían al cepo terrible que había sido la invasión de Marciano. En su espalda sentía latir el corazón del hombre con fuerza y acelerado, en sintonía con el suyo.

La virilidad de él era percible en sus glúteos y el calor que emanaba del cuerpo la envolvió. No entendió exactamente sus palabras, vio la pena y

el deseo mezclados, tal vez la primera por saberse atrapado irremediablemente por la voluntad de una mujer. Entonces se dio vuelta y lo enfrentó mirándolo a los ojos y percibiendo en ellos la contrariedad. El resistía sus deseos e impulsos, pero estos se empeñaban en declararse imparables.

La tenía presa de la cintura y hubiera bastado un no de su parte, para que él se separara orgullosamente. Pero ella elevó sus manos y enmarcó su rostro ofreciendo sus labios como prenda y recibiendo el primer beso consensuado de su vida. Fue un encuentro largo, lento, suave, en el que ambos saciaron su hambre de cariño y que preparó el terreno de la pasión.

Marco acarició ese cuerpo bello con parsimonia mientras despojaba con cuidado el vestido dejando el cuerpo curvilíneo totalmente expuesto a su vista. Bello, moreno, pleno de montañas, cálido. Tanta perfección qué cabía en sus ojazos y se entregaba condescendiente, pero sin servilismo. Tomó su mentón y la volvió a besar, buscando en su mirada el brillo de temor o negación, más sólo encontró quietud y pasión. Ella también lo deseaba. No pudo resistir el placer de seguir explorando y sus manos envolvieron los senos abultados, la planicie de su vientre, el monte de su pubis.

Transido de deseo la elevó en sus brazos y la recostó en la cama sólo para admirarla de pies a cabeza. Era una obra de arte. Por un instante pensó en María, pero ésta no demoró en salir de su mente. Eran dos mujeres

diferentes, bella cada una a su manera, pero tan distintas como el día y la noche.

Besó y acarició los pechos y enterró su rostro en ellos, que lo recibieron cálidos y perfectos.

Desvestirse fue una tortura por la torpeza de sus dedos que buscaban con nervio quebrar toda barrera que se interpusiera entre ambos. Trepó sobre ella con su miembro erguido y deseoso de explorar las humedades de su sexo. Trató de preparar con gentileza la penetración para evitar cualquier dolor o molestia. Ella gemía debajo suyo, los ojos entrecerrados y el rostro tenso. Frenó entonces su accionar.

—Asmina, ¿está bien?

Bastó el cabeceo afirmativo de su cabeza para retomar el acto sexual. La tomó con lujuria y cuidado, con placer y destreza. Era un amante consumado y a pesar del tiempo mantenía su idea del gozo mutuo. Ni siquiera en presencia de una esclava concebía el ultraje o el acto de tomar sin dar.

Empujó una y otra vez hasta que sintió que ella se agitaba y su boca se abría y gemía para anunciar el placer del orgasmo. La visión de la hembra en absoluta desinhibición potenció su deseo de acabar dentro de ella en un mar de sensaciones. Desmadejado luego del empuje final, se tendió a su lado

excitado aún por el esfuerzo e inundado de gozo. Al mirarla entonces, el peso de la mirada de ella lo inmovilizó. Sus ojos sosegados poco expresaban y su voz dulce extraña musitó:

—Soy tuya —dijo con sencillez, declaración que le encogió el corazón.

Era una frase breve y concisa pero que expresaba una emoción poderosa: la mujer entregaba su cuerpo, pero con todo su ser. Deseó poder corresponder a tal acto de generosidad con la misma entereza, aunque su corazón era un tanto más reacio a las entregas totales.

## CATORCE.

A esa primera vez le siguieron muchas más. Lo contenido y abrupto del principio se convirtió en algo sólido y constante. La piel de Asmina, sus labios, su mirada y su sexo se convirtieron poco a poco en una droga que Marco no podía dejar de consumir, en una adicción autogenerada y asumida. Pesara a quien pesara y costara lo que le costara, se sentía seducido por esa esclava que poco a poco se convirtió en su mujer a los efectos del día a día.

La deseaba en su lecho al acostarse y al despertar, durante el día la quería a su alrededor animando la jornada. Era tan simple como eso y aun así tan complejo para los ojos ajenos. A pesar de que sus diálogos no eran fluidos porque el lenguaje aún era un obstáculo, no impedía su comunicación, porque había otros códigos que los conectaban: los ojos, los abrazos, los besos, eran suficientes para confirmarles a ambos que estaban vivos y que, si bien pertenecían a los dos extremos de la pirámide social, algo poderoso los unía. Durara lo que durara el capitán quería a esa mujer a su lado. No se planteaba lejanos horizontes, ya sabía lo efímera que eran la vida y el amor. Necesitaba ese calor, necesitaba la compañía y dejar atrás su soledad y su tristeza y Asmina era el único remedio aceptable.

Para ella la relación era un descubrimiento. Día a día entregaba su cuerpo y su corazón a ese hombre que la cuidaba y la acariciaba tan suave como el viento de África rozaba la piel de sus hijos. Que la miraba y parecía resumir en sus ojos la calma de las noches. Que la hacía olvidar la cruel realidad que la rodeaba. Le asombraba la blancura de su piel, lo tenso de sus músculos, la profundidad del color de sus ojos. Le enternecía la rebelde cabellera que pugnaba por escapar a los sombreros.

Asmina se mostraba realmente como una hija de Obba, la orixá que era capaz de hacer lo que sea por amor. Día a día fue abriendo y comprometiendo su corazón con aquel que lograba llegar hasta lo más profundo de su espíritu a fuerza de cariño y ternura.

Con él, casi olvidó el terrible trauma ocasionado por Marciano y el sexo se convirtió en una fiesta de sonidos, gemidos, placeres y sabores. Disfrutó cómo solamente puede hacerlo aquel que nada tiene, que nada espera, salvo hundirse en los ojos y la mirada del otro. Mal podía tener aspiraciones de cualquier índole, era una esclava que no conocía de leyes ni de formalidades.

Sostuvo la cabeza del hombre tantas veces cómo le fue solicitado, acarició su cabello con candor, encantada de sentirlo en su regazo. Besó sus labios y navegó durante días y semanas en un universo paralelo. Sabía de sus dudas, de la incertidumbre que lo rodeaba, que se expresaba en ese ir y venir,

en ese pedir perdón y en sus miradas de culpa, actitud ambigua que luego disolvía para volver a sus brazos, hechizado y rendido.

Ella sentía que el hombre la quería a su lado, pero también tenía claro que para el resto, ella era propiedad ajena, un objeto que le pertenecía a otro fazendeiro. Por eso cuando las demás esclavas fueron devueltas a la hacienda de De los Santos y ella no, se alegró de una forma loca. No solo porque estaba mejor aquí, aun cuando extrañaba a Dure, sino porque sentía que su lugar natural era donde él estuviera.

Echaba en falta los diálogos con su “Mai”, los festejos y cánticos en honor a los espíritus. El vínculo con la esclava que ocupaba igual rol que Dure no era bueno aquí, tal vez porque por su posición, no pudo evitar generar ciertas discordias o celos, mal que le pesara. No pretendía pasar por encima de nadie ni ejercer su posible influencia para molestar o mandar. Había dejado su destino a los espíritus y estos la habían elevado a una posición de indudable privilegio pero que no usó nunca su favor o en desmedro de otros.

Ella sólo amaba, con calma y con furia la vez, con pasión y sabiendo que el tiempo puede ser a veces amigo y otras tantas enemigo, por lo cual hay que arrancarle lo mejor cuando la situación lo permite. No dejó nunca su lugar en el barracón a pesar de que él se lo pidió y se lo rogó muchas veces, incluso se lo ordenó. Creía que la mansión no era el lugar para ella y



respetaba la memoria de la ex esposa de Marco, sus vestidos y sus imágenes. El lugar en el lecho lo ocupaba con todo el amor que una amante puede demostrar, con un cariño sincero y al punto de la veneración.

El objetivo primario del Marco pasó a ser lograr que Asmina fuera de su propiedad. Ofreció sumas de dinero más que generosas a De los Santos, pero éste se negó, no supo bien si por orgullo o por simple obcecación. El solo concepto de propiedad sobre ella lo molestaba, para él no era una cosa ni un objeto, jamás la tomó desde esa perspectiva. ¿Si la amaba? Era difícil decirlo. Sabía que la necesitaba y que cuando no estaba a su lado la vida no era igual, ya no era lo mismo y nunca lo sería. Había sustituido el recuerdo persistente de María por la presencia viva de la belleza negra.

Tuvo momentos que creyó de lucidez, algunos de superación y muchos de felicidad. Durante los primeros razonaba lo alocado de su proceder y se percataba que realmente hacía mal al no devolver, como correspondía, una persona-objeto que para los vecinos era una inversión muy importante. Podría decirse que equivalía a robo y más allá de su voluntad de pago y de resarcimiento, estaba el hecho claro que él desconocía el mandato de De los Santos, amparándose en una posición que sabía superior. Era como jugar con fuego, ostentando o pertrechándose detrás de sus vínculos cuestionables con la realeza portuguesa. Hubiera sancionado esa actitud en otro, pero ahora estaba cegado.

Empero, los sentidos primaron sobre la cordura y priorizó lo que sentía sobre lo que pensaba, dejando pasar varias advertencias. Los consejos más sanos vinieron como siempre de Bernard, al que encontró esperándolo una tarde en el gran salón. Toda una sorpresa verlo fuera de su contexto de encierro diario. Aparecía más avejentado, tal vez por efecto de la mejor luz o simplemente por sus setenta y pico de años.

—Pero mi buen amigo, ¡qué bien estás! Te has dignado abandonar tus habitaciones. ¡Cuánto me alegro!

—La soledad de la recámara puede ser un tanto opresiva, más para un hombre tan activo como yo. O para un hombre que lo fue al menos—señaló con realismo.

—Deja eso. Ven, siéntate.

—Cuéntame cómo va todo—le señaló mientras se acomodaba con dificultad en un sillón recto que flaco favor le hacía a su espalda—. Me gusta saber de la hacienda y tú me estás visitando poco—no había reproche en la frase, simple realidad—. Si tuviera menos años y menos achaques, sin duda estaría por ahí recibiendo el aire en mi cara, cabalgando con placer por esas llanuras interminables y aspirando el olor de esos cafetos.

Marco no alcanzaba a imaginar la nostalgia que su amigo podría sentir, cuando su vida siempre había sido vivir en campo y mar abierto. El

encierro en la casa y la oscuridad de sus pupilas no podían ser más que terribles; solo Bernard podría tolerarlo sin enloquecer.

—Sin duda lo harías, aunque el calor te traería un poco atrás, mi amigo.

El capitán sonaba y actuaba jovial y rejuvenecido. Había recuperado la sonrisa y su voz se escuchaba menos metálica, más expresiva, más animada.

—Te escucho muy bien, Marco. Has cambiado.

—Tú mismo dijiste que tenía que hacerlo.

—Sin dudas. Eso me alegra, eras casi una sombra de ti mismo. Lo que me agobia un poco es el motivo—se removió incómodo en su sillón, pero su tono inquisidor fue firme.

Marco se puso repentinamente serio. No esperaba reconvenciones y menos de aquellos que consideraba sus amigos, casi su familia en el caso de Bernard.

—Se lo que hago—su tono se volvió seco, casi a la defensiva.

—No digo que no; no me malentiendas. Sabes que no soy amigo de señalar y menos de estigmatizar. Pero soy un hombre razonable y como pago a las acciones tan elevadas que has tenido conmigo y la entrega que ha sido tu amistad, es mi deber señalarte que vas por un camino peligroso. No sería tu

amigo si no te lo dijera.

—Vivir es peligroso—contestó con ambigüedad.

—Si lo sabré yo que me jugué el cuero muchas veces en batalla. Pero el caso es diferente aquí. No desconoces que vives en una sociedad de apariencias y de jerarquías y éstas deben ser respetadas, a riesgo de ser castigado en caso contrario.

—No me importan los castigos. ¿Hablas tú de los desaires que puedo sufrir, de las amistades que puedo perder? No tengo amistades firmes, sólo tú Bernard. El resto son vínculos comerciales. Y también debe decirse que en esta sociedad donde manda el dinero, muchas veces se perdonan los desmanes.

—Tengo entendido que el tuyo es grande, Marco. Esa mujer... Ana, me han dicho se llama, es posesión de uno de tus vecinos. Estás provocando problemas al apoderarte de algo ajeno. Esos comerciantes pueden perdonarte una muerte, pero no un desmán contra su derecho a la propiedad.

—Asmina es su nombre en verdad—contestó—. Ella es mía ahora, pertenece de hecho a este lugar. No he podido solucionar aún la cuestión con Luis De los Santos, pero lo haré. Confío en que cederá en su postura, que considero de mera porfía. Tal vez me cueste mucho dinero y tiempo, pero en pocas semanas esto se recordará apenas como un altercado menor entre

vecinos.

— ¿Tan obnubilado estás? Seducido por esa mujer—señaló, molestó ante la falta de razonamiento en un hombre por lo habitual sereno y objetivo.

—Tolero que digas eso porque sé que te preocupas; tal vez tengas algo de verdad, lo ignoro a ciencia cierta. Yo siento que he recuperado las ganas de vivir y una razón para seguir. He encontrado en los brazos de esa esclava la calma y la pasión que me faltaban, que me fue arrebatada hace años.

—Puedes tenerlo sin arriesgarte tanto, mi amigo—señaló con escaso convencimiento personal.

—Volvemos a lo que ya conversamos. No sería yo si tomara como un conquistador aquello que se debe entregar por voluntad.

—Me descorazona tu actitud—se lamentó el anciano, meneando la cabeza con abatimiento.

— ¿No dices ser mi amigo? —Marco elevó el tono— ¿Quieres que vuelva a ser el de antes? ¿Un hombre gris, un fantasma que deambula por los rincones de su hacienda añorando la felicidad perdida?

—Mi amistad no se discute y me ofende que la pongas en duda. Temo por ti, temo que los pasos que des arriesguen tu posición, esa que con tanto trabajo y sacrificio fundaste.

—Tampoco es algo tan serio, sólo puede reducirse a un mero tira y afloja entre voluntades. Signifique lo que signifique para mí, y te diré que es mucho, para los otros es apenas un objeto, una herramienta. Ese hombre no debe tardar en ceder y olvidar el asunto, de seguro tiene cosas más importante de las que ocuparse en su fazenda.

—A veces los objetos se convierten en catalizadores de otras cosas—  
murmuró Bernard.

—No te entiendo—lo miró con incomprensión.

—Sabes que muchos por aquí desean las tierras que tú posees, los vínculos económicos que tú has creado. Una denuncia por robo pondría tu posición en riesgo y tú lo sabes bien.

—No creo que esto llegue a mayores. Exageras, pero no te inquietes. Lo resolveré en el caso de que ocurra.

—Es una pena que mis ojos hayan perdido brillo. Me gustaría conocer a aquella que ha logrado trastocar tu cabeza y tu corazón de tal modo.

—Créeme qué te asombrarías. Aunque lo más importante no lo encuentro yo en su físico. Hay una calma profunda, una sabiduría añeja, una contención y una ternura infinita en esa joven negra que ha calado hondo en mí.

—Sólo te pido que tengas cuidado y midas tus pasos. Ser feliz es muy

bueno, pero también es importante que se mantenga en el tiempo. ¿De qué sirve arriesgarlo todo por unos instantes?

—Mi querido Bernard...Justo eso que dices es bien discutible. Algunos, entre los que me incluyo, apostaríamos nuestra existencia por unos pocos minutos de dicha en este mar de oscuridad que suele ser la vida—sonrió—. Gracias por tu cháchara, pero despreocúpate. Sal un poco, tomar aire y deja este asunto a mi cuenta.

El anciano meneó la cabeza, pero no insistió. Marco entendía que su amigo tenía razón en parte y como tomó muy en serio la conversación, se empeñó en definir y dirimir el asunto de Asmina con el hacendado De los Santos. Esto le impulsó a enviar al siguiente día un mensajero con una oferta económica por la propiedad de Asmina, una que consideró irrenunciable, así como sentía que era su posición en lo relativo a la esclava.

Su presencia llenaba la casa y de eso no había ninguna duda para Marco ni para el resto de los esclavos. Había sentado un estado de situación inédito y el hombre lo sabía, aunque le importara un comino. Había entregado su corazón así como su morada a Asmina y fuese este un encantamiento o no, estaba bien en él.

La suavidad de su piel, el hueco de sus pechos, la magia de su cintura y caderas lo envolvían como en un sortilegio. No era sólo un tema sexual;

ella era la única mujer que parecía entender cada uno de sus deseos y se mostraba capaz de escucharlo con atención absoluta. Lo poco o mucho que tenía para decir era asimilado por la esclava como la máxima verdad. No había maldad ni siquiera ambición en esa mujer. No tenía nada para ganar a largo plazo y le entrega era total. Lo menos que podía hacer era corresponder.

En ocasiones se cuestionaba si la amaba. Probablemente esa palabra era muy grande, pero en ese momento no podía ya vivir sin ella. ¿Si ella lo amaba? Su cara, sus ojos de adoración y la entrega de sus labios parecían afirmarlo. Y no encontraba razón para creer que fingía, tal era la transparencia de su alma.

En esa relación tan disímil él, que siempre fue de pocas palabras, se convirtió en el director de todos los diálogos y en el arquitecto de casi todas las frases. Poco a poco sumó palabras al vocabulario de la muchacha, con la lentitud de un maestro paciente, cosa que nunca había sido. En la boca de Asmina el portugués se sintió más dulce que nunca y abrió la posibilidad de conocer un poco más sobre ella. Se enteró de su amor por la naturaleza cuando poco a poco le describió su África natal, el omnipresente calor que pica la piel, el viento que limpia la sabana y el agua que corre pura y cristalina por los ríos. Le costó semanas enterarse de sus emociones y pesares, así como sus creencias. Asombrado escuchó como tan pocas palabras podían expresar tanta religiosidad, tanta veneración y entrega.



—El alma de los muertos o espíritus se hace carne en la naturaleza toda—le contó ella—. Entonces nos cuidan y nos protegen, Así como nos empujan y nos frenan.

La escuchó con embeleso, deseando tener esa frescura y esa profunda fe a pesar de lo que le había ocurrido. Supo de su familia, de sus afectos cercenados, el horroroso viaje luego de la cacería. Noche a noche la desnudez de su cuerpo le mostró los estigmas en su espalda; tremendas cicatrices de dolor que besó con suavidad y culpa.

Las lágrimas que surcaron su rostro le oprimieron el corazón. Nunca había pensado en los esclavos en esos términos. La existencia de la esclavitud era algo natural en el horizonte cultural del siglo XVIII y si bien no alentaba la tortura ni el destrato y por el contrario los impedía, se sintió tocado por el hecho de ser en parte promotor de un negocio criminal. En su cabeza ideas algo locas comenzaron a florecer las que irremediablemente, si las expresara, lo llevarían por un camino de choque con el resto de los fazendeiros y también traerían a pique el funcionamiento de su propia hacienda.

Él no era especialmente religioso y apenas como una cuestión descriptiva le mostró la cruz, le contó sobre Dios y Jesús, pero su relato no tuvo ni cerca el color del de ella ni la pasión y devoción al describir a los orixás y sobre todo a su referente Obba.

Muchas noches las pasó en su regazo viendo como ella pasaba sus finas manos sobre su rostro y su cuerpo, calmando, sosegando y alterando a la vez. Una y mil veces la entrega sin reservas fue mutua. Hubiera deseado ser lo bastante hábil como para plasmar en un lienzo ese cuerpo curvilíneo y delicado, los rasgos característicos de su cara, el brillo iridiscente de esos ojos profundos. Más no estaba entre sus dones y sabía que no habría nadie que tolerara retratar a una esclava como si fuera una gran señora, por más que ofreciera pagar fortunas.

Él le contó sobre su vida y su infancia en Portugal, su admiración por el mar, su constante ir y venir a puerto para ver cómo las naves llegaban y partían con mercaderías y hombres que se hacían a la mar y la conquista. Le habló de su preparación militar, de su disciplina y el hecho que había seguido la tradición de su familia y una vez que su padre había muerto había encontrado en América el horizonte que ya no tenía en Portugal. Le describió sus batallas y sus heridas.

Poco le contó sin embargo acerca de su ex esposa María, más allá de frases hechas; no por el dolor del recuerdo sino por innecesario. Ella no le preguntaba y no parecía curiosa al respecto. Él no vio bueno mezclar las dos mujeres de su vida. El transcurrir de los meses le fue a corroborando que Asmina era una mujer ícono en su vida, un antes y un después, un referente, un amor. No sabía si más o menos que otros, si superior, igual o menor a

María, pero no importaba. Un amor.

Lo comprobó al extrañarla cuando no estaba a su lado, al necesitarla en cuerpo y alma, al sentir que, a pesar de sus pocas palabras, ella entendía por dónde iban sus deseos y sus estados de ánimo. Tal vez recibió más de lo que dio. Porque la entrega de Asmina era total y sin barreras. Entregó su cuerpo, sus recuerdos, su pasión, sus deseos sus esperanzas.

## QUINCE.

De los Santos se sentía absolutamente asombrado y por demás estafado en su buena fe. Había actuado con absoluto respeto y cortesía accediendo a la solicitud de ayuda del Capitán Marco Braganza y este le había fallado. A la descortés devolución de sus esclavas sin siquiera un agradecimiento personal, como hubiera sido de caballeros, se había sumado el hecho de quedarse con una de ellas sin consulta ni solicitud expresa. Eso no se hacía entre iguales, todos sabían que los esclavos eran parte esencial de una hacienda, una propiedad sagrada que debía ser respetada.

Además del perjuicio económico que pudiera existir, tal vez cuestionable a corto plazo, lo que más lo hería era la falta de diálogo directo y de trato personal. ¿Quién creía que era ese hombre para tomar decisiones sobre su propiedad, sin siquiera consultarlo? En varias oportunidades Braganza envió ante él a uno de sus capataces a solicitar, casi en carácter de exigencia, la venta de la esclava, cosa a la que se negó desde el primer instante. No había tenido siquiera la deferencia de visitarlo a su casa y hablarlo frente a frente. Él podría haber accedido si el trato hubiera sido en buenos términos y respetuoso de su persona, pero en esas condiciones no.

Allá ese hombre y sus ínfulas de noble superior, él tenía sus principios y los defendería.

Se sentía sorprendido además de enfadado. Las noticias que llegaban desde la hacienda del Capitán Braganza no eran para nada halagüeñas; por el contrario, eran preocupantes habida cuenta del estado de rebeldía pasiva de muchos esclavos que solo soñaban con escapar y a los que había que mostrar disciplina. Y justo en ese contexto que exigía mesura y buen tino, ese hombre parecía colapsar en manos de una esclava.

— ¡Es un escándalo! — dijo su mujer apenas se enteró de las habladurías—. ¡Es una locura, ese hombre ha perdido la razón! Dicen que trata a esa negra como a una mujer blanca o mejor, que la tiene en la mansión como si fuera su esposa.

Asintió, pensativo y conmovido por lo confuso de la situación.

—Dicen que ella domina las artes oscuras— continuó su mujer, que deploraba la religión de los esclavos—. Esas danzas y ritos espantosos pueden enloquecer a alguien. Vudú y mal de ojo, sacrificios de animales. Eso es tentar al Diablo—se persignó.

— ¡Deja esas absurdas creencias, mujer, eso no existe! Esto es un problema de instintos y de sexo. Esa negra lo envolvió. Tanto tiempo solo y sin mujer le calentó la cabeza y la virilidad. Con la cantidad de señoritas de

familia honorable que lo rodean y esperaban por el fin de su duelo.

El escándalo de su rostro y cierta ofensa le recordó que ella detestaba siquiera la mención de la palabra sexo. Bien que lo sufría él en la intimidad, donde no había forma que ella dejara de rezar y ni siquiera lo mirara cuando copulaban.

— ¡Que no es así, lo ha hechizado! Esas cosas existen, me lo han dicho y asegurado otras damas que acceden a información de primera mano.

—Claro que lo ha hechizado, con sus piernas y con su sexo—volvió a insistir con malevolencia acicateándola con su vocabulario—. No existe otra explicación y ese hombre es un débil y está loco. Es peligroso su ejemplo, muy peligroso. Algo hay que hacer—refunfuñó caminando en círculos por la sala.

— Pero, ¿qué? Él es poderoso, tiene contactos. Lo mejor es quedarse tranquilo y dejar que haga lo que quiera con esa esclava mugrienta.

—No se puede aceptar que este hombre imponga su voluntad en algo que es mío.

—Lo mejor sería cederle esa esclava y que se hunda en el fango del deshonor—insistió.

— ¿Qué me dices? —rugió él—. ¿No lo entiendes? Si permito eso me convierto en un monigote. ¡Hay leyes y normas y ninguna jerarquía está por

encima de las mismas! Además, ¿qué ejemplo damos al resto de los esclavos? Ese relajamiento de las costumbres sólo puede conducir al caos. Ninguna autoridad que se precie estará de acuerdo con eso, por más capitán y noble que sea este Marco Braganza.

Le dio vuelta al asunto durante varios días y finalmente optó por rechazar los ofrecimientos económicos más que generosos por la esclava. Se reunió dos o tres veces con otros hacendados para plantearles la situación y se mostraron tan escandalizados como él. En algunos de ellos esta actitud de condena iba unida al hecho de que eran rivales de Braganza en el interés por las tierras a las que irremediabilmente habrían de extender sus dominios una vez las plantas de caña de azúcar agotaran los campos de uso actuales.

Desforestar tierras y usarlas de manera intensiva hasta que, agotadas de nutrientes, no hubiera más alternativa que talar otras extensiones cubiertas de denso monte, esa era la realidad que todos los fazendeiros enfrentaban. Y por ahí los intereses colisionaban. Este era el caso concreto de uno de los vecinos de De los Santos y quien más enojado con la situación se mostró, y aunque supiera su interés o motivación extra, le servía ese apoyo. Internamente sopesaba los pros y contras de enfrentarse a un hombre que tenía un historial impecable en el ejército imperial y que además ostentaba tan importantes conexiones sociales. Sin embargo, el orgullo lo impulsaba y sabía que tenía la razón de su lado. Le costaba evaluar que hacer, pero

irremediablemente debería tomar una actitud más ofensiva. Esa indecisión le llevó algunas semanas hasta procesar qué hacer.

Luego de varias idas y venidas, intentos de negociación frustrados y conversaciones por intermediarios, De los Santos llegó a su límite. Sentía que jugaban con él y que le imponían condiciones que no merecía. Él era un hombre importante, también tenía sus influencias y no podía permitir un robo de esas características.

Así que cierto día en particular, uno cualquiera, remitió su pedido de apoyo a un vecino, aquel más comprometido con la causa. Acompañados por sendos capataces acudieron a la mansión del Capitán Braganza con el objetivo de un diálogo directo que le permitiera obtener a la esclava de vuelta. Una negociación en buenos términos en la que se le pudiera enrostrar a Braganza su falta de tacto y su poco cuidado en el relacionamiento con sus iguales. Confiaban en poder hacerlo entrar en razones y dejarle bien claro que había leyes y reglas de convivencia que respetar. ¿Qué sería de los blancos si permitían que hubiera desmanes y se vilipendiara la jerarquía social, con tanto esfuerzo establecida en la conquista?

Al llegar se hicieron anunciar y los caballos caracolearon nerviosos a la entrada cuando dos grandes perros arremetieron contra ellos y los asustaron. La situación empeoró cuando Braganza declinó recibirlos como correspondía, en la mansión y con la condescendencia que personas del



estatus de ellos merecían. Esto fue considerado un gesto más de altanería que los enfureció.

El Capitán se apareció para atenderlos en el patio y con retraso.

—Lo lamento, estoy por emprender un viaje y no tengo mucho tiempo. ¿En qué puedo ayudarlos, caballeros?

—Usted lo sabe bien, capitán Braganza—alzó la voz De los Santos—. He venido por mi esclava, esa que tantos meses ha estado aquí y usted ha retenido sin derecho ni razón.

—Fazendeiro De los Santos. He tratado de negociar con usted en términos racionales y lógicos. Mis ofertas han sido más que generosas. No podría decir que no he intentado solucionar el problema.

—Usted sabe muy bien que los negocios tienen dos lados y en este caso el dueño de la propiedad, yo, me rehúso a pactar. Es mi legítimo derecho. Soy un hombre razonable y me siento ofendido por su descortesía.

—Estamos hablando de una propiedad que en realidad es una persona—objetó Braganza, removiéndose nervioso y mirando desde su posición como los hombres le increpaban desde la altura de sus caballos. No estaba cómodo.

— ¿De qué habla usted? —se asombraron ambos vecinos—. ¡Es una esclava, lo dicen los Códigos Negros! Es una propiedad, un objeto de quien la

compra y en ese caso mía.

Delos Santos estaba lívido, no podía comprender las tonterías que salían de la boca de ese hombre. Su esposa tenía razón, parecía poseído. A su falta de tacto se sumaba su porfía.

Marco se percataba bien de lo incómodo y poco gentil de su trato, pero no estaba con ganas de perder tiempo y energía en esos hombres.

—Va a ser imposible esa devolución—sentenció.

— ¿Qué pretende usted, robarme? —gritó con energía producto de la cólera De los Santos, que no acreditaba lo que sus oídos escuchaban.

—Va usted a iniciar un conflicto con un vecino, con un igual, con un súbdito de la Corona que tiene el mismo valor que usted. ¿Quién cree que es? — señaló el fazendeiro acompañante.

—No es mi intención iniciar ningún tipo de problema ni dificultad con nadie. Estoy simplemente estableciendo un hecho. He intentado repetidamente pagar mucho más que el valor de esta mujer en el mercado, he ofertado de hecho pagar el valor de tres hombres. Eso supera cualquier expectativa que alguien pudiera tener en relación a la venta de un esclavo, lo saben bien.

—¡No se trata de dinero, Braganza! ¡Se trata de derechos! De normas ¡Y usted las está rompiendo!

Asmina presenciaba todo detrás de unas matas en el jardín, asustada por el cariz que tomaba la situación. Conocía a su amante y lo veía ansioso, por más que no lo demostrara. La vena de su cuello endurecida, las manos con los puños cerrados, el rostro algo contraído. Poco conocía a su propio amo De los Santos, pero la furia se manifestaba en lo rojo de su semblante y en lo destemplado de su gesticular.

Justo en ese momento percibió a Marciano que la miraba con fijeza desde su caballo y sonreía de manera detestable. Odiaba ese hombre y le temía. La discusión siguió y el tono de la misma se volvió candente. De los Santos, fuera de sí por lo que consideraba un desprecio absoluto, hizo amague de sacar su látigo y ella corrió en defensa de Marco, dispuesta a recibir en su piel curtida la furia del blanco. Sin embargo, cayó con pesadez al piso al tropezar con el pie de Marciano que desmontó con presteza al verla correr y la hizo caer de bruces.

La furia de Marco fue inmediata y desenvainando su cuchillo se adelantó con la velocidad que da el entrenamiento y asestó un corte en la pierna a Marciano, que elevó un aullido de dolor y retrocedió. La situación se iba de las manos y así lo entendió Braganza, que ahora más calmo tomó a Asmina por el brazo, ayudándola a levantarse y a la vez indicándole que se retirara para no quedar expuesta. Les pidió entonces a sus vecinos que se marcharan.

—¡Usted me ha obligado a esta acción, De los Santos! ¡Ha visto la agresión de su capataz! ¡En mi propia casa, esto es demasiado! ¡Retírense!

—¡Demasiado, dice usted! Suficiente, digo yo. Esto no tendrá buen fin, haré una denuncia formal al gobernador de Pernambuco, algo que quise evitar al venir aquí y tratarlo con el respeto que usted no ha tenido conmigo.

—¡Haga lo que considere que debe hacer! — señaló con sequedad señalando la salida.

Los fazendeiros se miraron y vieron que nada más había para hacer allí, no había razones que fueran a tener cabida en Braganza que parecía dispuesto a velar con su vida por el bienestar de esa negra que sostenía en brazos como si fuera una dama. Esto delataba el grado de irracionalidad que lo consumía. Montaron en sus caballos y se dispusieron a marchar.

Lo siguiente fue impensado e imposible de evitar. Marciano había quedado cegado por la furia y el dolor de la herida, totalmente perdido en su ansiedad de revancha. La discusión entre los amos le permitió una situación ideal por la cercanía y la desatención del capitán. Sacó entonces su cuchillo y avanzó por el costado, asestando un puntazo a Braganza, que tembló al recibir el metal y ver brotar de su costado la sangre. Cayó de rodillas sin entender, tratando de respirar. El feroz mulato trató de rematarlo en el suelo sin hacer caso a los gritos de los fazendeiros que asombrados y horrorizados

contemplaban como una vulgar misión de negociación terminaba en una situación terrible.

Asmina, que estaba yéndose tal y como Marco le pidió, miró atrás al sentir los ruidos y gritos, sólo para ver a su amado cayendo de rodillas bañado en sangre. Corrió hacia él y se interpuso ante Marciano que dudó y dio entonces tiempo a que el resto de los acompañantes lo contuviera. Ella trató de cubrir con sus manos la herida que no cesaba de manar sangre. Marco se veía pálido y respiraba casi sin fuerzas, el dolor acicateando su costado.

—Llévame adentro—le solicitó quedamente y ella lo tomó como pudo, ayudada ahora por dos o tres capataces que habían acudido ante el escándalo.

Gruesas lágrimas se derramaban por el rostro de la joven y la congoja la paralizaba. Solo podía abrazar y mecer a ese hombre blanco que tanto cariño le había dado y al que amaba sin medida. Lo veía débil, sangrante y casi indefenso ante esos hombres que se habían impuesto en un lugar que no era el suyo y hubiera deseado confrontarlos y castigar al maldito de Marciano hasta que no pudiera más. Pero su tarea estaba con Marco, protegiéndolo y curándolo.

Los fazendeiros, únicos testigos de fiar en cualquier Corte del cobarde

ataque de Marciano, estaban en shock. No había imaginado un escenario así, la intención era hacer entrar en razones al capitán Braganza y todo se había ido de cauce.

— ¡No quise...! —gritó De los Santos antes que la comitiva que trasladaba a Braganza adentro se perdiera en la mansión.

—Debemos irnos. Nada podemos hacer aquí. ¡Maldito imbécil! —masculló el otro hacendado, mirando a Marciano que procuraba esconderse entre los otros—. Este hombre nos ha complicado y nos ha jodido bien—sentenció.

—No somos responsables de lo que hizo este infeliz—cloqueó aterrificado De los Santos.

“¿Qué pasaría ahora?” pensó con pesar. “¿Qué ocurriría si el capitán denunciaba, como era lógico, la agresión? Podrían pensar que había sido orden suya. Cristo santo, en que terrible situación los había colocado ese bastardo mulato. ¿Por qué no había hecho la vista gorda como le decía su mujer? Sin duda esa negra envenenó su sangre y sus ideas, era toda su culpa”.

La vuelta a sus haciendas fue tempestuosa y lo único que los acompañaba era la duda. Las autoridades requerirían razones, habría que explicar. Nada habían hecho. A medida que su razón se fue enfriando no pudieron dejar de considerar que la actitud de Braganza había sido la

provocadora de todo. Había herido a Marciano, los había humillado con su trato. Se merecía la herida, aunque no sabía si esto lo entenderían las autoridades que analizaran el caso. Ojalá que ese hombre sobreviviera, porque de otro modo la situación sería muy fea.

Los confusos sentimientos de De los Santos para con Marciano más el odio que le había tomado a Braganza se aunaron para salvar al mulato de una muerte segura. Su compadre había estado a punto de eliminarlo de un tiro a la vuelta, pero él lo frenó. No necesitaban más drama.

## **DIECISÉIS.**

La herida de Marco era profunda y en un lugar complicado que podía comprometer órganos vitales, pero esto no lo sabrían hasta unos días después. El trabajo primero lo hizo la más anciana de las mujeres de las barracas, una veterana en mil lides y heridas, que dio instrucciones de cómo y con qué lavar la herida, tarea que asumió Asmina. No permitió que más nadie lo tocara; lo curó y cuidó sin descanso, procurando estuviera cómodo y buscando toda receta que le eliminara dolores. Él había perdido la consciencia, pero pronto volvió en sí.

Se sentía cansado por la pérdida de sangre y el punzante dolor en su costado le trajo de inmediato la memoria del ataque, lo que lo hizo erguir, solo para tumbarse nuevamente con un grito. Ella corrió y lo mantuvo quieto. Tenía tanto temor de que algo le ocurriera, no podía evitar que las lágrimas por su sufrimiento le nublaran la vista.

— ¿Asmina? No te inquietes, estoy bien. No es la primera vez que tengo un trance de estos. Esta herida es fea, pero no creo me cobre la vida.

— ¡Una suerte que bien pudo ser otra! —se escuchó el vozarrón de Bernard que ingresó a la habitación con preocupación—. ¿Qué locuras has



hecho ahora, Marco? ¿A quién has provocado?

Suspiró. Más que nada porque sabía que su amigo tenía algo de razón. Su actitud había sido de franco desafío y no había medido las reacciones de un hombre acorralado. Él había atacado primero y herido al capataz, cuando podría haberlo inmovilizado de otra forma. Pero ver la manera en que trató a Asmina lo había desquiciado y todo se había salido de lugar.

—Ya te contarán luego, Bernard. Créeme que no tengo ganas de charla.

—Me imagino—se sentó pesadamente al lado del lecho—. Tiene que ver con esa esclava, ¿verdad? ¿Está aquí? —sus ojos recorrieron el lugar como si pudieran apreciarla.

—Aquí está.

—No puedo verte, muchacha, y no sé si me entiendes. Pero si es así, debo decirte que lindo embrollo has provocado. Por tu culpa, lo quieras o no, Marco está así. Casi estoy a punto de creer en esas tonterías de la magia de los de tu raza.

Asmina apenas interpretó lo dicho pero la visión de Bernard no le fue simpática. Entendió que él la culpaba y esto ahondó su pena. Le dolía que la consideraran la provocadora de la cruel herida, esa que había postrado a su amado. Jamás haría nada que lo lastimara, preferiría ponerse ella en riesgo.

Pero no era lo que pensaba ese hombre, que le constaba era muy querido por Marco. Mantuvo la cabeza en alto y agradeció que aquel no la pudiera ver cuando las lágrimas le rodaron por las mejillas. La tensión, el peligro y la angustia se unían para provocar ese llanto silencioso, que enjugó en silencio. No era tiempo de lloros, debía cuidar a Marco, contenerlo.

Este pasó varios días muy dolorido y en quietud absoluta, ya que el menor movimiento provocaba sangrado y podía costarle una gangrena y empeoramiento de la herida. Su genio se encontraba de malas y la mente discurría por caminos contradictorios y amargos, donde se mezclaban deber, responsabilidad, pasiones, deseos y culpa. Todo era su responsabilidad, la situación tenía un gran culpable y era él mismo. Su obcecación y ceguera por Asmina lo llevaron a un enfrentamiento no solo inconveniente sino también desproporcionado con sus vecinos.

A la par que gozaba del cuidado y mimo de la muchacha, pensaba en lo que pudo pasar y cómo debía proceder ahora. Estaba claro que De los Santos no avalaba lo que su capataz había hecho y eso lo reforzó una nota formal que llegó con disculpas y pedido de reunión para hablar en buenos términos. Era probable que el hombre tuviera temor de sus represalias y que creyera que estaba furioso. Era una posibilidad, la revancha. Pero su profunda auto crítica le hacía ver que el mulato había respondido arteramente a una agresión previa de su parte. No tenía vocación de mártir, pero para un ser tan

básico como Marciano, que razonaba en términos de negro y blanco, su agresión debía ser vengada.

“¡Asmina, bonita, pura! Qué lejos estoy de mis convicciones por ti. Nada quiero menos que el conflicto y el odio en mi vida, y estar contigo me lleva a eso. Esa gente no tendrá paz hasta que el delito que supone tenerte sea redimido”.

Ajena a sus tribulaciones, la esclava se afanaba en calmarlo y acomodarlo, acariciarlo y componerlo, como si sus manos y su amor fueran mágicas y pudieran remedar su piel y sus músculos. La naturaleza fuerte y la mala puntería de Marciano hicieron que Marco poco a poco se recuperara y con ello comenzó el cambio en su actitud.

Al comienzo ella apenas si lo notó, tan aferrada a su mejoría estaba que solo tenía ojos para que comiera, bebiera y descansara. Pero a medida que se fue incorporando, la fue ignorando como bastón, le fue retaceando su presencia cercana, la fue sustituyendo por otras manos que lo cuidaban. Esto la desconcertó y angustió; ¿es que su Marco la creía también culpable de lo ocurrido? Quiso acercarse más y preguntar, pero entonces se dio cuenta que a pesar de todo su amor y el tiempo compartido de besos, caricias y sexo, no tenía permiso para acceder a él. Ahora al menos, y cada vez fue más visible, ya no.

La visita del capellán de la iglesia cercana terminó de sellar la decisión de Marco Braganza, con pesar y dolor. El sacerdote sabía la situación y aprovechó el momento para ahondar su diatriba en pos de la hermandad de los blancos e hijos de la Cristiandad contra todo símbolo de oscuridad y paganismo. Y para él era evidente que el suceso que pudo terminar con la muerte de Marco era producto de la nefasta influencia que este permitía de una “negra esclava sin Dios ni Iglesia”.

Este discurso no hubiera normalmente tenido cabida en el pensamiento de Braganza, pero estaba herido, tenía remordimientos por provocar desorden en la sociedad pequeña a la que pertenecía y sentía que no era correcto seguir por el camino que iba. Ya se lo había dicho más de una vez Bernard, y él mismo lo había pensado antes de sumergirse en la pasión de Asmina.

Le costó tomar la decisión y lo hizo con dolor profundo, dando la espalda a su sentir y sin siquiera pensar en lo que experimentaría Asmina cuando la dejara ir. O, mejor dicho, cuando la devolviera a su legítimo dueño, pues esta fue la determinación que maduró. Fuera Marciano un malvado, fuera o no su culpa, había algo claro: él y solo él había incurrido en un delito grave al quedarse con Asmina y debía proceder a la reparación.

Sus años de disciplina en el Ejército le permitieron capear el ir y venir de sentimientos que lo abrumaron al dejar de verla a su alrededor, primero, y

al dar luego la orden para que fuera devuelta a su lugar en la fazenda De los Santos. Se vistió de la indiferencia que pudo e hizo oídos sordos a los latidos acelerados de su corazón que le gritaban “detenla” cuando la vio pasar en una carreta, sus ojos enormes mirando hacia él en muda pregunta. Allá iba ella como un objeto más que uno usa y tira, se dijo con amargura, consciente de lo que su debilidad había provocado a su alrededor. Ojalá ella pudiera perdonarlo. Él sabía que no podría hacerlo. Como un timador más, había abusado de esa belleza y la había lastimado, era consciente ahora, haciéndola vivir una experiencia que no podía tener futuro. Volvía ahora a su cruel realidad.

El trago más amargo fue para Asmina, que fue conducida de vuelta a la fazenda De los Santos en un silencio de tumba, empujada y castigada al llegar por ser considerada la principal culpable e instigadora de lo ocurrido por sus malas artes y por su mala entraña. Transida internamente de dolor no derramó una lágrima, no daría el gusto de ver su dolor a quienes no lo entenderían y gozarían con él.

Ella tampoco quería entender al comienzo, pero era muy capaz de visualizar el abandono que su amado ejercía sobre ella. La alejaba cruelmente de su lado cuando ella solo podía vivir por y para él. ¿Qué hacía con ese amor que le dolía en el pecho? ¿Dónde cobijaría ahora su desazón de mujer esclava

y en qué brazos podría sentirse libre otra vez? ¿Cómo podría volver a mirar a alguien a los ojos sin sentir que la engañaban? Porque la convicción de su mente fue esa. Él la había engañado sin necesidad, para obtener cariño, cuidado y obediencia ciega. ¿Por qué, si como amo podía tenerlo todo?

Dure la recibió en silencio y su mirada le habló de su tristeza. La envolvió en un abrazo que contenía y sanaba; era una mujer que sabía de despedidas y dolores

—Hija de Obba, te extrañé. ¡Mi filha querida! Ya lo sé todo. Has amado y has perdido, lo sé. Las voces en el viento me hablan. Deberás restañar tus heridas y dejar que el tiempo te cure. Los orixás te guiarán, confía y ora. Permite que Olodum te sane. Ya llegará tu tiempo. Confía.

“¿Qué tiempo será ese, el mío?”, pensó. Se había engañado al creer que su lugar y su momento estaban con Marco y aquí estaba, a un lado y destruida por el abandono. Nadie podría entender jamás lo mucho que quería a ese hombre blanco y cuánto deseaba estar con él. Su traicionero corazón correría sin dudarle ahora mismo si él la volviera a llamar. Mas los días y las semanas se sucedieron y nada cambió. ¿Estaría otra vez deambulando por la gran casa, mirando los retratos de su María? La odió, la odió tanto como se puede detestar a un recuerdo que es una cárcel y que impide vivir.

Lo ocurrido, si bien lesionó su corazón, no hizo más que engrandecer

su figura frente al resto de sus hermanos, dándole una aureola de respeto y una posición de privilegio que no quiso aprovechar, pero qué le sirvió en relación a los capataces y a su amo. Especialmente porque la mujer de este le tenía temor.

— ¡Esa mujer es peligrosa!—le señalaba a su esposo Luis—. Si pudo manipular a un hombre tan entero y cabal cómo se supone que es Braganza hasta casi hipnotizarlo con sus malas artes, ¿qué no podría hacer con nuestros capataces o tú mismo?

— ¡Yo jamás caería tan bajo como ese hombre! —gritó indignado—. Además, todo volvió a su cauce, afortunadamente ese hombre entró en razones.

—No lo sabes tú. Hay cosas muy raras y tenebrosas en esa religión.

—Esa negra deberá pagar el dinero que invertí en ella y el lío tremendo que provocó—afirmó con inquina.

— En eso te metiste tú solito al llevar a ese loco capataz que tienes. Te lo digo, ese mulato es peligroso. Debería estar ahorcado ahora mismo. Un negro que se atreve a atacar a un blanco no es digno de confianza. No entiendo por qué lo defendiste.

Se removió inquieto. Aún tenía en sus sueños la terrible imagen de la herida de Braganza y sabía que sería así por años. Su conciencia le remordía;

él jamás quiso una cosa así, la situación se había ido de las manos. Pero habría estado en graves aprietos al acusar a Marciano limpiamente. Después de todo, aquel era un inferior suyo, él era su amo. Debió obedecerlo. ¿Cómo sería visto si todo se sabía? ¿Qué autoridad tendría al conocerse que le birlaban limpiamente una esclava y que no podía mandar a los suyos? Sería el hazmerreír de los de su clase.

A pesar de la furia que le provocaba la situación, dejó que Dure tomará la decisión sobre en qué actividad concreta Asmina retomaría el trabajo. No quería complicaciones ni alborotos y le habían ya contado que esa negra tenía ascendiente sobre los demás, amén que la misma Dure tendía a protegerla. Ya había provocado suficientes problemas.

Para Asmina, los días transcurrían lentos y sin sentido. Perdido el horizonte y el amor, vegetaba y su mente divagaba por el dolor de la pérdida. Pensó en la posibilidad de morir. ¿De qué servía una vida en la que todo lo que tenía se deshacía? ¿Qué sería ahora de ella, sin la luz de aquellos ojos claros y la caricia de aquellas manos largas y suaves que tanto amor le habían arrancado?

Enfrentada a la disyuntiva de vivir o dejarse morir, su vientre tuvo la respuesta. No pudo percibirlo ella misma, pero sí Dure experta en vidas y muertes y se lo dijo muy temprano, probablemente cuando recién los primeros latidos comenzaban.



—Tú tienes vida en tu vientre, Asmina.

La miró sin comprender.

—La simiente crece en ti. Olodum te premia y compensa tu pérdida, filha.

Se miró, incrédula y desconfiada. Jamás había pensado en la posibilidad de que algo así ocurriera, que el amor pudiera sembrar. Había vivido su pasión por Marco como si entre ellos solo pudiera haber presente. Luego la posibilidad comenzó a dibujarse. Un hijo, un descendiente. El amor y la esperanza. Sentimientos desconocidos la hicieron temblar. Y esto se hicieron cada vez más profundos a medida que su panza comenzó a esbozarse, dando razón a la anciana.

## **DIECISIETE.**

Día a día, semana a semana, para su asombro y regocijo, su barriga creció y creció conectada a su corazón que sentía la presencia de su amado en esa creciente vida. Se refugió en la suma de sensaciones, cambios de su cuerpo y en sus emociones. Su corazón y su cerebro se hicieron uno tratando de borrar el dolor para que ninguna célula de su cuerpo pudiera transmitirlo, para que nada más que amor nutrieran a su heredero.

El deseo y la devoción que sentía por Marco se fundieron en el amor que empezó a sentir por su hijo aun en ciernes, amor que se demostraría ilimitado y extremo. Le impactaba lo que sentía; no se comparaba a nada que hubiera experimentado antes. La sola idea de que algo malo le ocurriera y su miedo a perderlo hacían traslucir el temor en su rostro, la retrasaban en las tareas y la llevaban a abrazar la panza cada vez que podía. Dure comenzó a restringir cada vez más las actividades que le asignaba, de forma que solamente aquellas más livianas y menos comprometedoras quedaron a su cargo. No hubo quejas ni molestias al respecto, sus iguales respetaban a Dure. Pero también se hacía lugar entre ellos el respeto hacia Asmina, rodeada de una aureola de bravura y fortaleza.

Ni siquiera el amo intentó modificar el estado de cosas, ocupado como estuvo tratando de mejorar sus vínculos comerciales y conseguir más tierras para la labranza del café. No se enteró de la situación hasta que esta estuvo bien avanzada y tapó cualquier referencia a la misma hacia el exterior de la fazenda. Lo último que quería era que el embarazo de la esclava removiera ideas raras en Braganza, con el que se había cruzado en alguna reunión y habían comenzado a limar asperezas, al menos formalmente.

El papel nefasto que Marciano había cumplido en el ataque lo empujó hacia un ostracismo importante en la hacienda, y los otros capataces lo evitaban expresamente. Esto hizo que su habitual rencor y desprecio por todos se potenciara. Intentó en algunas ocasiones acercarse a Asmina, pero esta nunca estaba sola. Sus ojos se cruzaron algunas veces y en ambos había odio.

Ella pensaba que era extraño como podían coincidir amor y odio en un mismo corazón. Así cómo su cariño se potenció y alcanzó estaturas inimaginables hacia su hijo, proporcionalmente aumentó su desprecio hacia ese hombre, quien había herido a Marco y con ello había modificado su vida y tirado abajo su amor.

Muchos días y muchas noches trató de aplacar la furia que la consumía viendo que no era buena, que la agitaba y dañaba. Entonces oraba y pedía a Obba la fuerza, la resistencia y la paciencia suficiente para que su hijo

creciera fuerte y sano y para que el futuro se encargara del malvado.

El tiempo de la siembra y la cosecha volvieron a pasar y entonces, una madrugada de frío y lluvia Asmina dio a luz a Kale. Con dolor y miedo, pero también con amor y esperanza. En el momento que el bebé la miró con esos pequeños ojos, que tal vez no distinguían nada aun, se hizo dueño de su alma y su cerebro de manera irremediable. De ahí en más y a pesar de los hijos que vinieran en el futuro, así sería. No solo porque era el primero sino porque era su única herencia de Marco. Él y sus recuerdos, marcados por el disfrute de un amor prohibido, un tiempo breve que terminó por voluntad expresa de hombre. Pero que viviría en su corazón incluso a pesar de la rabia y el despecho que cada tanto la acosaban. Porque entendía que él había elegido y ella había perdido.

Mirar a ese pequeño bulto moverse, tan pequeño e indefenso, tan suyo, era un regalo del dios, un obsequio de los espíritus que la compensaban por las pérdidas. Su condición de mulato le hacían la piel más clara que la del resto de los bebés y niños que poblaban la hacienda. Los intensos ojos café le recordaban los suyos propios. El amor tenía eso de increíble: cuando parecía haber llenado todo y no haber espacio para más, cada nuevo gesto, cada movimiento, cada mirada y sonrisa ingenua le abrían más lugar.

Durante el embarazo y con más énfasis luego de haber dado a luz, su mente se inquietaba por el futuro. Su niño era bello y suyo, pero también

había heredado la condición de esclavo. Y cuando apenas tuviera fuerzas para sostener un balde, una tinaja o un trapeador, alguna tarea le sería señalada. ¿Qué sería de él sin conocer las bondades de la libertad, sin saber cómo era el mundo realmente? ¿Cómo huele el aire cuando es libre, como moja la lluvia y aprieta el sol cuando uno elige su camino?

Temía también desde el principio que el amo y Marciano cobraran en su delicada piel las ofensas que pensaban que ella hubiera podido cometer. Se prometió que daría su vida por él y rogó a cada espíritu, en cada celebración y en cada noche en vela para poder protegerlo de los desmanes del mundo. Se aferró a su pequeño amor y buscó hacerlo fuerte, resistente y poderoso.

Se sentía sola y triste cuando debía dejarlo al cuidado de Dure o alguna de las otras ancianas, pero las tareas debían realizarse. El transcurrir de los meses hizo que todos, excepto ella, fueron olvidando el desastre y que comenzara a ser requerida para la limpieza en la mansión o en los patios de secado, jardines o en cualquiera de los lugares donde se necesitaran dos manos firmes y fuertes para cumplir funciones.

Poco veía al amo De los Santos y sí bastante más a su mujer, una figura femenina regordeta y siempre cubierta por muchas telas, que solía clavar en ella una mirada de disgusto. Contrario lo que podría esperarse, no bajó nunca sus ojos frente a ella, a riesgo de ser castigada. La mujer se veía colérica en esas ocasiones, pero percibió cierto brillo y rictus de temor. Esto

se fue afianzando y en principio no entendía razones.

— ¿Por qué el amo y su mujer me miran con temor, Dure?

—Los blancos a veces son difíciles de entender—musitó encogiéndose de hombros.

—Ellos hirieron a Marco—señaló con furia no contenida.

Dure se encogió de hombros. Nada parecía conmoverla demasiado; había vivido y visto tal vez tanto y tan malo.

—El que lo hirió fue Marciano. Y no creo que eso haya sido de la simpatía del amo. Este es un hombre poderoso para nosotros, pero no tanto entre los blancos. Braganza es un hombre importante, he visto el miedo en nuestros amos durante muchos meses, miedo a que algo les pasara. Nada ocurre si el que muere es un esclavo, un negro. Pero cuando se hiere o mata a un hombre blanco, la cosa cambia.

—Pero nada parece haber ocurrido y por su culpa Marco dejó de amarme.

—Eso del amor, filha...—murmuró, aunque la mirada de dolor de Asmina la frenó. Ella no creía en los amores de los blancos, y menos hacia una inferior—. Yo creo que algunos quedaron convencidos que tú hiciste alguna magia para conquistar a ese hombre.

—¿Magia?

—Algún hechizo, algo maligno. Ellos creen que nuestra religión es

basura y se conecta con sus demonios. Sólo pueden entender tu relación con ese hombre por alguna cosa mala que hiciste.

—Nada hice, sólo sé que él me amó.

—Quererse entre razas es muy complicado. Los amos pueden tomar nuestros cuerpos. Pensar que puedan querernos en realidad...

—Estoy segura que él me quiso—sollozó—. Después, tal vez me culpó. Tal vez le dijeron algo malo. O yo misma hice algo equivocado.

—Puede haber sido así. Pero no es lo que van a creer personas como nuestra ama. Ella teme que puedas intentar algo contra sus hijos o contra su esposo. Tiene miedo tanto de que te quedes como de que te vayas.

—Eso es basura.

—Tiene su lado bueno. Te han dejado tranquila y han permitido que te delegue tareas más livianas y te dediques a tu hijo.

Meditó en silencio y al cabo de buen tiempo acordó que era lo mejor. El temor es una cosa buena después de todo, era lo que mantenía quieto a la mayoría de los esclavos. Que los blancos le tuvieran recelo de daba cierto margen de acción, tal vez, cierta protección.

## **DIECIOCHO.**

La tierra se agotaba con rapidez, el monocultivo exprimía del suelo sus nutrientes y obligaba a los hacendados a buscar nuevas tierras y extenderse hacia las zonas más arboladas. Esto implicaba ingentes tareas de talado y brazos que se consumían con rapidez, por lo cual el relevo de esclavos y la reinversión se hacían necesarios.

Así llegó Demba a la hacienda de Luis De los Santos. Era un negro fuerte, muy robusto y bastante más alto de lo normal y estaba por sus veintiséis años. Hacía algunos años que estaba en el Brasil y había sido comprado y vuelto a vender por dos amos, que no lograron domarlo a pesar de los castigos bastante extremos a los que lo sometieron. Ese africano ceñudo y de brazos hercúleos era ingobernable y varios capataces habían sufrido golpes, lesiones e incluso en un caso la muerte al tratar de sujetarlo a normas.

El esclavo se imponía no sólo por su fortaleza y presencia física, sino por su mirada distante y altiva que lo distinguía y señalaba como alguien que había sido una figura medular en alguna lejana y olvidada tribu de su África. Sin dudas, un príncipe de esos sin corona, acostumbrado al mando y la guerra, caído en desgracia y atrapado en las crecientes excursiones de caza al



continente negro.

Desde el inicio se mostró hosco y taciturno, alejado de los otros esclavos, mas dispuesto a hacerse un lugar. El choque con los capataces y especialmente con Marciano fue inevitable y le costó al mulato un brazo roto, aunque marcó más aún la espalda del recién llegado. Sus cicatrices señalaban la magnitud del castigo, que soportaba sin gritar ni gesticular, casi como si no tuviera terminales nerviosas.

Desde el primer momento puso sus ojos en Asmina. Era una mirada que evaluaba y poseía, casi de dueño y prontamente se hizo evidente pues cada esclavo que pudiera mostrar algo de interés era desestimulado por el hombre, torciendo la boca o elevando la cabeza en gestos de desafío que eran interpretados como órdenes por los otros, menos dispuestos a la pelea.

A lo largo de los meses y a medida que Kale crecía y comenzaba a caminar con torpeza, él siempre encontraba tiempo para sentarse a observarlos o para ayudarla con alguna tarea. Lo que fuera, siempre en silencio, y de la misma forma respondía ella. No había interés por su parte en consolidar una relación con nadie, consideraba su corazón sellado y entregado en principio a Marco y ahora a su pequeño. No había fuerza humana ni hombre que pudiera abrir su corazón, estaba convencida.

—Este negro está interesado en ti, Asmina—le comentó Dure una

noche.

—Nada me importa menos que eso— señaló.

—Lo de ese blanco es pasado—dijo la anciana, sin acritud y sin intento de herir—. Eres una mujer joven, verás que pronto cambias de idea.

—Sólo me interesa mi hijo. Es el único hombre por el que podría entregar mi vida.

—Y por eso mismo deberías considerarlo. Ese esclavo es un poco difícil de interpretar, pero es fuerte y poderoso y el temor que genera en otros puede ser una buena protección para ti y tu hijo.

—No necesito más protección que la de los orixás, Dure.

—Asmina, podemos orar, pedir y rezar ante nuestros espíritus y Olodum y eso es bueno y necesario. Pero los hombres son difíciles de contentar y contener. Una mujer necesita alguien fuerte a su lado.

—¿Qué fortaleza puede tener alguien que es tan esclavo como yo?

—Es un esclavo, sí. Pero no ha perdido el hambre de la libertad. Se percibe en sus movimientos, en su mirada rebelde. Esa cabeza piensa y ambiciona. Y eso es algo que no deberías dejar de considerar.

No entendió en principio la conversación y el objetivo de Dure. Solo pensaba en su amor perdido y en proteger a su hijo de lo que fuera. Poco a poco sin embargo empezó a dar la razón a las palabras de la anciana. La

sangría de esclavos era muy lenta hacia los quilombos y apenas detenida por los castigos y las persecuciones, a veces exitosas que devolvían hombres derrotados y heridos. Pero algunos tenían éxito y seguían incitando a la revuelta y a la huida. Despacio, la idea de poder marchar y alejarse de todas las iniquidades, se colaba en su cerebro. Mas la espantaba correr sin sentido ni visión. ¿Hacia dónde? No tenía las fuerzas ni el conocimiento del terreno. No se marcharía sin su hijo y sabía que eso era lo que enlentecería cualquier opción de viaje.

Entonces la astucia de Dure se le presentó prístina y clara. No estaba en su espíritu engañar a un hombre, ni siquiera creía poder hacerlo. Pero tal vez, sólo tal vez, él podía ser la opción de futuro que necesitaba. Percatarse de ello le hizo modificar su accionar y comenzó a dejar que Demba se acercara, a dedicarle alguna sonrisa, a mirarlo de tanto en tanto con detenimiento. Dejó que avanzara lentamente creyendo que conquistaba cuando era ella la que atraía a ese enorme negro para convertirlo en su aliado.

Su tamaño y su fuerza de buey, así como su talante hosco y taciturno incluso entre los suyos, podían incitar a la confusión. Mas detrás de esa fachada había un hombre muy astuto. Sopesando su entorno, midiendo a sus captores y esperando. Su individualismo era lo que le había permitido sobrevivir en cada oportunidad y en cada sitio en el que había recalado obligado, a pesar de que los blancos se habían ensañado al no poder quebrar

ni romper su persona.

Pero a diferencia de los otros lugares en los que había estado, donde nada lo había motivado más que a escapar, aquí encontró a alguien que de inmediato lo interesó, desde el primer momento en que la vio. Asmina, esa negra joven, alta y curvilínea, se robó sus miradas, alborotó sus hormonas y se clavó en su corazón como una necesidad acuciante.

Poco le importó su indiferencia primaria y que tuviera un hijo. Apenas puso su mirada en ella, la hizo objeto de su devoción y la marcó mentalmente como de su propiedad. No había otra y no debía haber otro para ella, por eso cual felino la rondó y marcó territorio sobre los otros, haciendo saber su deseo y frenando con su belicosidad natural cualquier intento de acercamiento.

Demba no podría decir con exactitud cuántas lunas y soles habían transcurrido desde que fue capturado de la manera más vil en su África natal. Perseguido y atrapado, había vendido cara su libertad y más de uno habían sufrido en su físico su fuerza descomunal. El resto había sido tremendo como para todos, pero en su caso especialmente el cambio era más duro pues estaba acostumbrado a gobernar sobre los demás. Como un cualquiera debió sufrir en su espalda y en sus brazos golpes constantes de los opresores que no

tenían otro argumento que el látigo y el bastón para tratar de redimirlos.

No había encontrado en los distintos lugares en los que fue adquirido alguien que compartiera su espíritu y necesidad infatigable de cortar las cadenas de la esclavitud que le habían impuesto. El miedo y los golpes encadenaban a los otros negros a los blancos y los hacía cobardes. Él era imposible de subyugar, lo suyo era temporal, como una fiera que enjaulada busca, ventea y espera por una sola oportunidad.

Por eso se mantenía aparte de los otros; creía firmemente que el temor era una enfermedad que se contagiaba y no había paso de días y meses que lo pudieran convencer de que su vida estaba condenada al ostracismo en esas miserables haciendas de café y azúcar a la que había sido traído a la fuerza.

Costara lo que costara y tomara el tiempo que tomara, su destino era con el viento, indetenible. Esa posición era la que le permitía resistir con orgullo la imposición extrema; estaba constantemente buscando y mirando alternativas de escape.

Sin embargo, su vida ahora tenía un diferencial. Hasta ahora ninguna mujer lo había atraído lo suficiente como para pensar en modificar sus planes en solitario. Claro que había dado rienda suelta a sus deseos con varias esclavas y gozaba del placer de un cuerpo femenino aún a escondidas y con el tiempo contado en cualquier barracón o arbusto de los cultivos. Su cuerpo

naturalmente atlético se había esculpido por el esfuerzo y el trabajo diario haciéndolo objeto del deseo de muchas. Mas ella era diferente, lo sintió apenas verla y la observación lo convenció.

Día a día observó a esa esclava ir y venir por los patios de la hacienda, preparar la cena en los barracones, bailar en las ceremonias que miraba de lejos. Él era un creyente, pero su fe tenía limitaciones y consideraba que no había orixá que pudiera ayudar si el hombre no hacía lo suyo. La sensualidad latente de la mujer, sus movimientos frenéticos en la danza y su entrega a la religión eran situaciones peculiares. Los primeros tiempos observó y trató de establecer quién era su pareja, pero fue evidente que no la tenía por la soledad que la envolvía, con excepción del bebé que transportaba casi en forma constante en sus brazos.

Le quedó claro que no tenía hombre y eso le extrañó en una mujer joven y tan bella además de la obviedad de estar parida. La curiosidad lo llevó después a analizar al bebé y le llamó la atención su tez canela, bastante más clara que la de su madre. Esto era aún más notorio cuando le daba el pecho. Ella comenzó a formar parte de sus fantasías y endurecía su hombría cada vez que la miraba o pensaba, en una sensación que no tenía hacía mucho tiempo.

La necesidad de información lo hizo ser más locuaz de lo habitual y logró extraer información de uno de los hombres de mediana edad que

trabajaba junto a él talando los árboles y desbrozando los que serían los futuros campos de cultivo. Supo de a retazos la historia de Asmina, y en un principio se sintió cuasi ofendido. ¿Cómo era posible que una negra aceptara de buen grado, como parecía haber sido el caso, las manos y el cuerpo de un hombre blanco sobre sí? Los abusos, las ofensas y las violaciones eran habituales y eso hacia crujir de furia sus nudillos, pero por los datos que obtuvo este caso no había sido así.

El cuadro se completó y entendió mejor cuando supo del ataque al hombre blanco al intentar defender a la esclava. Esa mujer debía ser muy especial como para haber generado en un amo tan poderoso una pasión tan desmedida. Ella no parecía percibir su mirada ni su atención a pesar del asedio que comenzó a efectuarle de manera abierta. Él no era hombre de medias tintas ni de sutilezas. Esa negra era suya y lo había sido desde que había puesto los ojos sobre ella y en esto no había vuelta atrás.

La marcó con su mirada y su presencia, siguiéndola y estando cerca cada vez que pudo, ayudándola en silencio a cargar su peso, haciéndole saber con la tensión de su cuerpo que estaba pronto para ella. Poco a poco la actitud de la mujer fue cambiando; los ojos oscuros como pozos comenzaron a hacer foco en él con el poder y el brillo de una luchadora. La actitud de huida se transformó en acercamiento y un indicio de sonrisa comenzó a pintar sus labios cada vez que lo veía.

Demba lo atribuyó a su porte y fortaleza y esto en cierta manera lo puso jactancioso, pero esa actitud se quebró ante el comentario de la principal de los barracones femeninos.

—Tú, gigantón. Sergio, te han bautizado. ¿Es así?

La miró con algo de sorpresa y altivez.

—Ese es un nombre esclavo. Yo soy Demba.

—Esa mujer que miras y acechas, que deseas, es una mujer importante aquí, ¿sabes? Es una protegida de Obba. No sé cuánto crees tú, que nunca participas en nada, pero aquí los orixás se respetan.

—Yo soy un hombre que respeta la religión y a los Espíritus—habló con lentitud.

—Tal vez no lo suficiente. Esa mujer ha pasado mucho y su hijo es su tesoro máspreciado. Nadie que deseche a su hijo podrá jamás escalar su corazón.

No supo si tomar como una advertencia o como un consejo que la anciana se dirigiera a él en esos términos, pero su espíritu práctico terminó por confirmar algo que era visible. Las actitudes de Asmina, su desvelo, sus cuidados, sus caricias y su sonrisa más abierta era para ese pequeño y nadie obtendría más. Era algo difícil de asumir para un hombre acostumbrado a quererlo todo, pero poco a poco, al acercarse y conocerlo también comenzó



su conexión y simpatía por el pequeño.

Más allá del cansancio demoledor que el ritmo furibundo del trabajo imponía, se daba el tiempo y hacía lo que era necesario para rondar tratando de evitar que cualquier otro se acercara. No tardó en ser advertido esto por Marciano. El mulato detestaba y deseaba a Asmina en partes iguales. Hubiera querido repetir hasta el cansancio el sexo con ella, pero esto era complicado al convertirse los demás esclavos en protectores de la misma así como ser advertido por su propio amo de la necesidad de mantener a esa negra tranquila.

Sabía que la había herido profundamente al atacar a Braganza y había arrojado por tierra sus esperanzas locas de convertirse en alguien más que una esclava. El hecho de tenerla casi fuera de alcance hacía que buscara cualquier excusa para afectarla, aunque sea mínimamente. Notar el interés de Sergio por ella fue casi un premio y esto transformó al enorme moreno en el nuevo blanco del capataz.

Su tarea de control no era en los montes, sin embargo, utilizó cada espacio en los barracones para procurar humillarlos y castigarlos físicamente de la manera más bárbara. Lo ponía furibundo el aguante infernal del gigante y verlo recibir los golpes de forma estoica, casi sin quejas, sin que estos parecieran quebrarlo o siquiera afectarlo. La mirada bravucona y orgullosa que no bajaba y no cejaba por más fuerte que la presión fuera, lo desquiciaba.

En la soledad de la barraca, sin embargo, el dolor y las heridas pasaban factura a Demba y la conciencia de que esto sólo aumentaría con el tiempo fue cada vez mayor. Estaba acostumbrado a los castigos, pero no de estas características, excedían lo considerado normal. Paradojalmente, el aumento del dolor implicó que Asmina cediera finalmente y se acercara movida por la conmiseración, haciendo con él causa común de odio frente al capataz mulato.

El primer momento de intimidad lo tuvieron una tarde que lavaba la herida de un brazo que había sido ferozmente envuelto por la caricia de un látigo. Ella se sentó a su lado, apareciendo como de la nada con un gran cuenco de agua y algunas vendas y tomó su brazo. La dejó hacer; sus pequeñas manos enjuagaron y calmaron, aplicaron emplastos y tensaron las telas hasta que la herida estuvo limpia y protegida. No dejó nunca de mirar su boca y el embrujo pareció volverse mayor. Cuando terminó y lo miró a los ojos, musitó un “gracias” que fue la única charla entre ambos, pero que de todas maneras implicó el comienzo de una relación más intensa y a la vez menos visible.

Al aceptar Asmina su cortejo, ya no hubo necesidad de acecharla, de hacerse evidente y exponerse en los patios al perseguirla. Con el paso de los días y el contacto, él, un soldado fuerte, veloz y astuto se transformó en un cordero ante sus ojos dispuesto hacer por ella lo que fuera necesario. No se

percató enseguida que la que había consignado como su mujer era más astuta que él y capaz de contenerlo, guiarlo y mandarlo, más lo aceptó así. Hubo sin embargo condiciones y estuvieron marcadas desde el inicio y antes de cualquier intimidad sexual.

Una noche sin luna, resguardado de la mirada de los otros, Dure lo condujo a un pequeño habitáculo donde lo esperaba Asmina, quien lo hizo sentar a su frente y mirándolo con intensidad, le dijo:

—Tú eres fuerte, un hombre bello y sé que me deseas. Pero hay varias cosas que tienes que saber antes.

Sólo acertaba mirarla con embeleso y con un deseo extraordinario. Aceptaría cualquier cosa que estableciera.

—No sé qué esperas tú de mí más allá de lo físico, que estoy dispuesta a complacer. Pero sí sé lo que espero yo. Yo ya amé a un hombre, tanto como mi corazón podía. Él cambió al ser herido por Marciano y por eso lo odio y haré lo posible por que pague. El otro hombre de mi vida es mi hijo. Daría mi vida y no dudaría en tomar otra por él. El hombre que esté a mi lado tiene que entender eso.

Parpadeó y trató de seguir el monólogo. Lo que ella decía era un golpe a su natural situación de mando: le decía que lo aceptaba y lo hacía como un compañero de segunda clase. Asestó el sacudón a su orgullo y lo

encajó. Entendía lo del hijo. No tanto lo del amor por ese blanco, que por lo que sabía la había tomado y luego dejado. No importaba. Temporalmente podía aceptar que ella creyera que él asentía a todo. No lo conocía, no sabía lo que era capaz de hacer él por convencerla, por tenerla solo para sí. En cuanto a Marciano, los unía claramente un odio importante.

—Está bien—fue su única respuesta—. Entiendo y acepto tus términos. Lo que me preocupa ahora es que ese capataz no va a dejarnos en paz. No ha dejado de perseguirme desde que estoy aquí.

—Se dio cuenta de tu interés por mí y me detesta. Quiere hacer mi vida aún más amarga y miserable. Lo logró desde el inicio, al tomarme y violarme en la plantación.

Saber que ese mulato se había cebado en la belleza de la que creía su mujer, hizo crecer su furia hasta límites infinitos.

—Él ha tomado de mí lo mejor: mi sexo y a mi gran amor, ambos los arruinó.

—El tiempo hará pagar a ese mulato todo lo que ha provocado. Y si lo que planeo se puede llevar a cabo con éxito, tal vez podamos ser el instrumento de los Espíritus para la venganza.

Ella lo miró con interrogante.

—Yo aspiro a la libertad, además de tenerte a ti a mi lado—confesó él

su deseo más ferviente.

—Yo también quiero ser libre, cueste lo que cueste—confirmó ella con claridad, haciéndole ver que no se había engañado cuando leyó la rebeldía en sus ojos.

Eran dos personas dispuestas a la entrega mutua y unidas por un sueño. Era la primera vez que él encontraba un espíritu similar al suyo, obstinado y libre, que no se dejaba vencer por las más terribles contrariedades. El acto de entrega física, el compañerismo y la venganza comenzaban a sellarse.

El sexo con Demba se descubrió como un acto poderoso en el que no había medias tintas. Estar rodeada por sus brazos era como ingresar en un túnel de lujuria y pasión sin límites, en el cual la exploración y los sentidos se expresaban en toda su dimensión. Él era bello, estéticamente impecable: la espalda amplia, un pecho poderoso de bíceps marcados, hechos por el trabajo y contruidos por el esfuerzo, que ella recorrió con sus suaves manos, así como delineó con sus dedos los músculos, intrigada y a la vez asombrada de tanta fortaleza. Él parecía un adonis negro cincelado por un artista genial. Su boca la besaba, la lamía y le exigía respuesta, apoderándose de cada uno de sus rincones y logrando extraer gemidos de pasión aun cuando el alma de la mujer no se entregaba.

Con él conoció el sexo, la entrega voluntaria y el disfrute, pero le costó mucho poner corazón en las caricias. Acostumbrada al amor suave y tierno de Marco, a las caricias constantes y a las atenciones y los detalles, la pasión algo tosca de este negro la sorprendía. No hubo jamás violencia en la penetración ni fue nunca grosero el intento de posesión de sus abrazos, pero sí hubo deseos y sentidos sin control. Demba exprimía cada instante juntos con la urgencia del que sabe que la vida es ahora y ya y que cualquier momento la situación puede cambiar, generalmente para empeorar.

## **DIECINUEVE.**

Con el paso de los días y semanas aprendió a conocer sus estados de ánimo y a entender las pequeñas expresiones. Era un hombre de pocas palabras y de mucha introspección, un negro inteligente y astuto que estaba siempre mirando y evaluando posibilidades de escape. Se fue sintiendo más cómoda y pudo disfrutar sus fugaces instantes de alegría, estimular sus acciones o frenar su impetuosidad cuando era necesario. Poco a poco tomó las riendas de sus instintos y lo condujo.

Él encontró en sus brazos el desahogo a su furia, soledad y quitó en parte el dolor del desarraigo, pero no retrasó jamás la idea de huir. Si acaso esta aumentó, pues cada momento juntos era dolorosamente conseguido y frecuentemente el pago eran castigos, separación y golpes. Ni el amo ni Marciano veían con buenos ojos que esta relación se concretara, el segundo por celos y envidia, el primero porque temía que ella diera alas a tan poderoso negro y el viento de la rebelión se expandiera. Intuía que esa esclava lo odiaba y haría lo que fuera por perjudicarlo, era una percepción que partía de las miradas fijas que recibía de tanto en tanto. Hubo momentos que corrió a rezar tratando de quitarse la absurda idea que ella lo maldecía.

La urgencia de Demba por volver a la libertad de antaño, así como tener a Asmina sin límites hizo que por primera vez no sólo confiara en alguien más, sino que también viera en Dure un aliado imprescindible para la planificación del escape.

La anciana controlaba no solo los tiempos de los barracones y los recursos, sino que también tenía acceso a la casa principal. Esto le permitía saber los movimientos, los planes y por tanto prever de antemano el momento más adecuado para marcharse, así cómo prepararse de la mejor forma posible. Una huida que de por sí era difícil solo y que sería titánica con una mujer y su bebé. Porque ellos eran su carga ahora; no había horizonte en el que ambos no estuvieran. Ella le había confiado su deseo irreversible de alejarse de este lugar que tanto dolor le había ocasionado y su voluntad de hacer todos los esfuerzos necesarios para que su hijo viviera en libertad, en un mundo diferente, sin límites, sin castigos ni barreras.

Le llevó semanas acercarse y conectarse con fluidez con otros que pudieran decirle cuáles eran los mejores caminos para un escape, los obstáculos a evitar, los tiempos a manejar. Había varios huidos atrapados en la hacienda; algunos habían llegado más lejos que otros y el conocimiento del por qué de su derrota, el por qué habían sido atrapados era fundamental. Entre lo que él pudo saber acercándose, que fue poco pues los hombres lo veían con temor y a la vez desconfiados, más lo que Asmina y Dure



preguntaron y sonsacaron, fueron trazando un panorama más claro.

Escapar era sencillo, decían todos. Solo se necesitaba sortear la guardia poco atenta y rutinaria de la noche y madrugada. Cualquiera con un mínimo de astucia y agilidad lo podía hacer. Correr y tratar de sacar distancia y ventaja era lo esencial después. Todo lo que pudieran avanzar antes que la cacería se preparara era la diferencia entre alcanzar el objetivo o ser atrapado. Y con ello, el castigo físico, pero también la enorme decepción de no haber podido cumplir lo soñado. Demba tenía confianza en su capacidad y astucia y los conocimientos que reunió le permitieron trazar un plan de huida, pero este debía tener en cuenta que, inevitablemente, su carrera sería más lenta y peligrosa de lo deseado. Y así lo asumía.

La situación tendía a ser cada vez más complicada por el acoso de Marciano. Temía matarlo y con ello ganarse definitivamente el pasaporte a la horca, pues no tendría suerte esta vez si agredía de nuevo a alguien. Se lo consideraría más peligroso que útil y con ello vendría su sentencia. Además, el acecho también era para Asmina y no podría tolerar pensar que la abandonaba a su suerte. Así que preparó la fuga detalle a detalle, sabiendo que la ayuda de Dure era vital y segura, pues protegía y adoraba tanto a Asmina como al niño.

Las provisiones necesarias para algunos días más el agua fueron embaladas y escondidas prolijamente a la espera del momento. Una noche

que le pareció más tranquila que de costumbre, hizo la señal convenida. Luego de pretender dormir un rato, se movió en las sombras. La mayoría de los esclavos ya dormía, con la excepción de un anciano que lo vio pasar y lo saludó en silencio, sabedor de hacia dónde iba. Se escabulló como un astuto felino y corrió como uno hasta alcanzar las primeras matas, que le fueron sirviendo de resguardo. Tocó luego esperar.

Asmina cambió su túnica de trabajo por una vestimenta más oscura y tomó en brazos al niño que dormitaba. Se aseguró de que nadie la veía y fingiendo arrullarlo, salió a la profundidad de la noche. Sorteó con sigilo cada una de los barracones tratando de evitar las guardias que se realizaban cada dos o tres horas. Por fortuna los capataces eran hombre de rutinas en sus rondas, pero también de tragos. Las primeras habían sido bien controladas y le permitieron prever su dinámica.

Al cabo de un rato se sumergió al abrigo del follaje del cafetal y esperó. Sentía su corazón bombear fuerte por el júbilo de la aventura. La embargaba una sensación rara, mezcla de miedo, entusiasmo y urgencia. Esperó al acecho y lo próximo que escuchó fue el resuello de una respiración agitada del que supuso su compañero, aunque se escondió y tapó la boca de su niño con suavidad en la eventualidad de que no fuera él. A los pocos minutos apareció la enorme imagen de Demba y eso la calmó. La aventura no era sola, no era aislada y tenía la protección de ese gigante al que estaba

aprendiendo a querer. Se hizo visible ante el susurro de su nombre y él se agachó a su lado y acarició levemente la mano que sostenía a Kale, a la vez que la miraba. Sus ojos transmitían determinación y el júbilo del que se sabe presto a escapar hacia un futuro que debe ser mejor que el presente. Se entendieron sin hablar y ella acarició su cara en señal de apoyo.

—Te sigo, Demba.

— ¿No te arrepientes? Aún estás a tiempo. Lo entendería, te juegas mucho. Puedes volver al barracón con la misma rapidez que saliste, nadie se daría cuenta.

—De ninguna manera—suspiró—. No hay vuelta atrás en esto.

¿Qué podía detenerla? ¿Qué había allí para ella? Solo cansancio y dolor y la convicción que le daba a su hijo el peor de los destinos. Marco... Su sangre se inquietó al pensar en él. Quedaba atrás, se alejaba de él. Pero, ¿no la había desechado él con absoluta frialdad? Por unos segundos la tristeza la rondó y se obligó a mirar a Kale. Él merecía otra vida y ella debía luchar por dársela. Su amor por aquel amo blanco había sido una locura pasajera, no suya, pero no importaba. Ya no debía importar y al corazón sangrante había que curarlo.

—Tenemos que ser rápidos y no habrá descanso, lo sabes. Apenas se den cuenta que faltamos nos van a perseguir con la velocidad del rayo. Nos

van a buscar por todos lados y tienen armas y caballos, además de los perros. Tendremos que ser astutos y estar dispuestos a cualquier cosa para lograrlo.

—Yo estoy dispuesta—lo miró con decisión—. Mi hijo merece otra vida y yo se la voy a dar.

—Pues vamos.

El avanzó y ella lo siguió. A zancadas, tratando de cubrir en un paso casi de carrera la mayor distancia posible. Faltaban varias horas para el amanecer y el niño dormía con toda placidez a pesar del trote de la madre. Ella se había asegurado de llevarlo sostenido contra su pecho por telas que lo envolvían dejando su cabeza fuera y las manos de ella libres. Había pensado varias veces la estrategia y lo había probado en las tareas de la hacienda. Sintió que era seguro y cómodo y ella tenía la posibilidad de no cansar sus brazos y su espalda. No pocas veces había corrido en África por la sabana. El paisaje, la situación y la urgencia eran distintos pero el entrenamiento volvía a sus músculos y si bien le costaba un poco seguir la carrera de Demba, este se las arreglaba para contener toda su energía y que ella sostuviera un paso rápido.

Era vital acercarse a la zona de montes más tupidos y viajar siempre al Noroeste, buscar las márgenes del Río San Francisco y sus afluentes, y seguir siempre al amparo de las costas tupidas que poco a poco y kilómetro a

kilómetro los condujeran a la zona de palmares y bañados dónde perder a sus perseguidores era sencillo. La distancia era grande y tenían que tratar de cubrir lo más que pudieran en las horas de la noche y a la vez buscar escondites adecuados para que los captores y sus perros no descubrieran tempranamente el rastro y cortaran de raíz el intento de huida. Con el clarear de la mañana vino la necesidad del descanso y de comer algo liviano, así como alimentar al niño y hacer necesidades.

Habían logrado llegar hasta una zona de denso y variado arbolado, tupido, aunque bajo y espinoso. Notó el cansancio de la mujer en su agitación, pero ni una queja brotó de la boca y en sus ojos solo leyó determinación pura. Le permitió una hora de descanso y luego retomaron el camino ya con el sol alto, tratando de adentrarse lo más posible en la espesura. Sus tareas como monteador le habían permitido habituarse a las arboledas y tenía un natural instinto para la ubicación. Tal y como le habían dicho los otros esclavos era vital mantenerse cerca del agua porque esta conducía a la libertad que significaban los pueblos de quilombos, pero también porque podía ser una vía de escape y a la vez permitía la vida. Adentrarse demasiado en la selva exponiéndose a los peligros del quedarse sin agua era complicar la sobrevivencia.

Se mantuvieron en lo posible a unos buenos cien metros del borde de la selva, luchando contra ramas y matas espinosos, por lo que todo era un

lento caminar. Cerca del mediodía hicieron una nueva parada para comer un poco. El niño se movía molesto y apenas la dulce voz de Asmina y su arrullo lo calmaba. Lo sumergió en una laguna tratando de quitarle el calor y los mosquitos, así como otros insectos que lo rodeaban y ella hizo lo mismo. Pronto estaban frescos otra vez, aunque los músculos les empezaban a pasar factura.

Debían evitar acercarse a cualquier fazenda y por ello cuando visualizaron esclavos en la lejanía que trabajaba en los matorrales de café, los rodearon expresamente. Sobre la tarde comenzaron a escuchar ladridos y eso dio la pauta de que la cacería había comenzado. Para los caballos y los hombres montados era tanto más fácil recorrer la distancia que ellos habían hecho a pie que sin duda su avance era mucho mayor. La hizo detener y marcó la dirección donde los árboles se hacían una maraña y las lianas y enredaderas entorpecían la vista y el pasaje de los animales grandes. Era vital esconderse y lograr que el ingreso de los hombres, si es que mantenían el rastro, se hiciera a pie. Los hombres blancos no estaban acostumbrados a lidiar con la naturaleza, para eso tenían a los esclavos y los perros.

Demba se creía capaz de contenerlos, pero también sabía que era uno solo contra muchos. Su fuerza debía sustituirse con astucia y como tenía la habilidad del cazador, horas antes había atrapado un animal pequeño y lo había guardado en una tela. Le indicó que se quedara con el niño en una

especie de cueva natural de piedra, un sitio oscuro y donde el sol apenas ingresaba mientras él desaparecía durante un buen rato. Asmina procuraba calmar sus latidos y se obligó a mirar a Kale con calma, buscando transmitirle solo amor y seguridad, aunque no la sintiera justo entonces. Solo el ruido de la brisa en las hojas y algunos píos y ruidos de animales la rodeaban. No era a esto a lo que temía, podía y le gustaba lidiar con la naturaleza.

La vuelta del hombre le trajo mayor tranquilidad. Vio que tenía las manos ensangrentadas y se alteró, pero él le indicó que había tratado de modificar la pista y el rastro esparciendo partes de una presa en zonas alejadas a su propio trayecto. Confiaba que eso iba a distraer a los perros, desconcertarlos y con ello darles un poco más de tiempo, aunque inevitablemente volverían sobre ellos. Se trataba de comprar tiempo y de aprovecharlo avanzando sin descanso.

Permanecieron en silencio un buen rato y cuando les pareció prudente reemprendieron la marcha que les permitía avanzar y tomar la senda contra el río. El niño estaba en una afortunada duermevela que los beneficiaba, tal vez por el calor reinante y por estar protegido en el pecho de la madre.

La ribera se presentó ante ellos clara y bastante despojada de vegetación; eran unos buenos cien metros que debían recorrer al descubierto para alcanzar el río y cruzar. Fue la primera vez que ella sintió miedo. Nuevamente se sentía lo lejos el ladrar de los perros y la agitación de las aves

que levantaban vuelo, movilizadas por ruidos y gente extraña. Miró a Demba y vio su rostro inescrutable, sin sombra de temor.

—Es nuestra oportunidad, Asmina. Debemos avanzar con extrema rapidez y tirarnos en el río. Hay que cruzar al otro lado, allá estaremos a salvo.

Ella no era buena nadando, si bien podía hacerlo. No tenía la pericia necesaria para cruzar un río que consideraba caudaloso.

—Demba, no puedo hacerlo. Es peligroso, ¿qué pasa si me hundo? Kale...

—Yo lo llevaré sobre mi espalda—le ordenó—. No te preocupes, nado muy bien y tú lo harás también. Como dijiste, no hay vuelta atrás.

Suspiró. El miedo le venía por oleadas, pero asintió, sabiendo que no había vuelta posible ni la quería. Acomodó a Kale en la espalda de Demba, atándolo fuertemente con las telas y él emprendió la carrera hacia la orilla, sin darle opción más que hacia el río. Se dispuso a seguirlo cuando de pronto vio un caballo con un jinete moreno que aparecía de la arboleda lateral y se dirigía como una flecha hacia Demba y su hijo. Se paralizó al reconocer a Marciano.

El mulato había desconfiado cuando los perros habían enloquecido sin poder hallar el rastro y daban vueltas en círculos. Más astuto que los demás y



acicateado por un interés más personal, razonó que no había más opción para los huidos que el río, pues luego de él estaba la libertad, por lo que no dudó en vigilar la costa. Vio con enorme placer que su corazonada había sido acertada al observar que el enorme negro emergía de pronto de las matas y corría. El júbilo lo hizo gritar y hostigar a su caballo mientras blandía su látigo, con el que cruzó las piernas de Demba, haciéndolo caer de bruces hacia un costado.

El esclavo se levantó con toda la rapidez de la que fue capaz y hubiera atacado al maldito con sus manos desnudas si no hubiera recordado entonces que Kale estaba en su espalda. Miró con indecible furia como el capataz sacaba su arma de fuego mientras descendía del caballo con una sonrisa de triunfo

— ¿Creías que escaparías de mí? Iluso, negro inmundo. ¿Y dónde está esa negra que te acompaña? Todo terminó ya.

Kale lloró entonces y una sonrisa torcida cruzó la cara del capataz.

— ¡Es el pequeño bastardo! Pobre y enorme negro esclavo. Ella se fue y te dejó su hijo de blanco. A ti te arrastraré nuevamente a la hacienda, pero me aseguraré que ese engendro no siga con vida.

Demba miraba a los costados tratando de buscar una salida, pero lo contenía la presencia del niño; darle la espalda a Marciano implicaría que el

pequeño sufriría una suerte horrible. Se resignó, no tenía salida. Asmina miraba todo como en un sueño, al comienzo desde la protección de los pastos altos, pero luego se decidió y comenzó a acercarse, reptando como una serpiente, con rapidez y sigilo. Marciano se encontraba de espaldas y no la veía, aunque oteaba nerviosamente su alrededor mientras hablaba. El hecho que su hijo estuviera con Demba le hizo creer que ella se había ido, esto era claro pues nunca antes lo había dejado por mucho tiempo.

Siguió avanzando concentrada absolutamente en la figura del mulato. Le horrorizaron las palabras y su sangre se heló. Su hijo no tenía salida si no actuaba ya. Tomó una piedra y dando la vuelta por detrás del caballo que apenas resopló se precipitó sobre el capataz golpeando de refilón en su cabeza. Este cayó de rodillas aturdido por el impacto y la sorpresa, pero conservó el arma que se le disparó en el ínterin. Por centímetros y porque Demba se tiró al suelo la bala no cobró ninguna vida. Aturdido, pero aún en sus cabales y dominando la situación al tener el arma, Marciano balbuceó, mientras trataba de incorporarse y apuntar:

—Esta será la última vez que tú y tu hijo van a ver el sol—levantó el arma.

—Si me vas a matar hazlo mirándome a los ojos, maldito cobarde—sentenció ella y se acercó sin importarle la cruel sonrisa y viendo con calma como martillaba su pistola.

—No tengo problemas en eliminarte de cerca—le puso el arma en la cabeza, dispuesto a ejecutarla.

La odiaba, esa mujer le hacía sentir el desprecio que le tenía y no pudo nunca quebrarla a pesar de afectarla y torturarla siempre que pudo. Y aún en la inminencia de su muerte lo seguía mirando con orgullo. La furia lo cegó y entonces sintió un golpe sordo y una quemazón en su pecho. Sin poder creer miró hacia abajo y vio como la pequeña mano de Asmina blandía el mango del cuchillo que se enterraba en su tórax. Trató de gatillar cuando ya era tarde. La herida era mortal y había sido ejecutada con fuerza y furia. Doblado sobre sí mismo cayó, procurando hablar, aunque los borbotones de sangre lo impidieron.

—Esta fue la última vez que me has lastimado. Te mato con furia, con odio, pero sobre todo te mato porque es la única forma de que mi hijo viva, no estaría nunca a salvo contigo vivo.

Soltó el cuchillo mientras decía esto y veía escapar la vida de los ojos del mulato. Su mano estaba empapada y sus músculos entumecidos, pero no miró atrás. Se dirigió a Demba, que ya se incorporaba y la miraba con un gesto desconocido, consciente de que ella los había salvado. Más adelante vendría el momento de la reflexión, pero ahora lo vital era correr y nadar hacia el río y por ello la empujó hacia el agua, buscando sacarla de la situación y salvarse.

## VEINTE.

El impacto del agua helada la espabiló y su instinto de vivir primó, logrando que braceara y mirara hacia atrás, esperando ver la figura de Demba que inmediatamente se puso a su costado nadando con una agilidad imponente. Miró la cara del niño que emergía sobre la espalda y vio que sus ojitos miraban todo su alrededor. No dejó de mirarlo todo el trayecto, cada brazada agotadora hasta llegar a la orilla contraria. Temía que cayera al agua, que su cabecita se hundiera, pero el gigante se las arregló para mantenerlo seguro.

Los últimos metros fueron agotadores, tanto que le pareció que los Espíritus del agua la envolvían en un abrazo que absorbía y hundía, tal vez tratando de castigarla por su acción. Agotada movía sus brazos y al borde de la rendición fue que alcanzó la orilla gracias a Demba que cargando con su pequeño la había tomado también a ella bajo su brazo. Lo depositó con cuidado e hizo que el pequeño se sentara en el regazo de su madre que aterida miraba hacia la otra ribera, comenzando ahora a aquilatar lo ocurrido.

Él se tendió sobre el pasto y relajó su mente procurando que la respiración se acompasara. Sabía que debía calmarse, pero también que

debían tomar tiempo para poder procesar lo ocurrido. Su espíritu indómito de cazador lo puso casi de inmediato en alerta, mirando hacia alrededor analizando posibles salidas y escapes a la vez que nerviosamente oteaba el horizonte del otro lado, esperando escuchar en cualquier momento la jauría que perseguía.

El niño lloriqueó de hambre y probablemente también presintiendo la inquietud de su progenitora que aún no podía frenar los temblores incontrolables de su cuerpo. El temor, la angustia, el cansancio, la adrenalina, le pasaban ahora factura. Se inquietó un tanto al preguntarse si sería capaz de continuar. Era vital retomar el ritmo demoledor mantenido la etapa anterior. Llevaban la delantera, pero también iban a pie y frente a sus perseguidores esto era un gran hándicap. Él había tratado de desorientarlos, pero inevitablemente el disparo y la desaparición de Marciano les haría ver que algo había ocurrido y los llevaría al lugar donde estaban. La única opción era seguir siempre remontando el curso del río para no perder referencia, bajo el manto protector de la maleza.

La queja del niño despertó de sus pensamientos a Asmina que procuró alimentarlo y calmar con su pecho al niño hambriento y sediento. Los minutos de desazón y desasosiego pasaron y la frialdad alcanzó su cabeza. Hizo lo que debía, no hubo opciones. Ese hombre iba a matar a su niño; ella no dudaba de la maldad de su alma y los deseos inexplicables de hacerle

daño. Él había sido el obstáculo a salvar para poder luchar por su libertad. Aún sentía el cuchillo en sus manos. Había tomado la vida de un hombre y eso era algo grave por lo que tendría que responder ante los orixás, pero no había arrepentimiento en ella. Ese maldito había abusado de ella, había tomado su cuerpo con desprecio y dolor, había herido al hombre que su corazón adoraba y por su culpa la había quitado de su lado.

El cuchillo fue salvador y justiciero a la vez, Olodum lo puso ahí en el momento justo. Era él o ellos y no había duda al respecto. El aire se sentía más liviano ahora, y esa sensación no la podía disimular el cansancio inenarrable que experimentaba. Aquí estaba ahora, yendo hacia quién sabe qué destino, pero por primera vez en mucho tiempo, ella elegía. Sabía que debían apurarse y al mirar al costado notó que Demba la observaba. La esperaba. Estaba cansada y hambrienta y de su pecho manaba poca leche.

—Estoy agotada.

—Necesitamos irnos, alejarnos. Lo que acaba de pasar es muy grave, el disparo del arma debe haber alertado a los otros que ya estarán en carrera hacia este lugar.

—Sólo un rato—boqueó con algo de desafío.

Más que cansada estaba impactada, pero él no cejó.

—No tendremos otra oportunidad. Lo que hiciste nos salvó la vida,

ahora debemos huir tan rápido como podamos, no hay otra posibilidad si quieres salvarnos.

Resignada y entendiendo la verdad de esas palabras, tomó a su niño en brazos. Sollozaba, el frío del agua y el cansancio además del hambre lo estaban impactando. Comenzaron a caminar y muy pronto debió cargar a Kale sobre su espalda para alcanzar a Demba que iba adelante con grandes zancadas. Miró hacia atrás, en la otra orilla, donde aún se percibía un bulto tirado y el caballo que pastaba tranquilamente, sin haberse espantado por la situación ni el disparo.

—Asmina, deja atrás eso, ya está—le gritó Demba, incitándola a seguir adelante—. Si no aprovechamos el tiempo que nos compró tu acción, nada habrá valido la pena.

Asintió y marchó. Caminaron mucho tiempo, siempre cerca a la orilla. En algún momento les pareció escuchar nuevamente la jauría y alcanzaron a ver en la vereda opuesta movimiento de jinetes, aunque sin saber a ciencia cierta si eran sus perseguidores. Cuando pareció seguro, Demba aceptó que podían hacer una parada importante y comer. Descansar, recuperar fuerzas y energía para poder seguir. El trayecto era largo y había que cubrirlo en el menor tiempo posible, pero era humanamente imposible seguir.

Con habilidad, Demba cazó un escurridizo animal que no conocía,

pero era evidentemente comestible y preparó fuego acudiendo a sus habilidades de antaño. La noche llegó con lentitud, la humedad y el fresco se hicieron sentir entre el follaje y arropó su niño con mil besos con todo el amor que pudo, buscando calmarlo.

El encendió el fuego, concesión que permitió al considerar que los captores debían estar descansando y no se arriesgarían en la noche. Las brasas crepitaban al caer la grasa y cocinaban lentamente la carne, esparciendo un olor que hizo que Asmina pronto sintiera mucha hambre, tanta que su garganta pareció cerrarse y espasmos sacudieron su estómago. Comenzó a temblar en algo que iba evidentemente más allá del apetito. El hombre la observó y entonces cubrió el espacio que los separaba y la contuvo, en un gesto inusitado de empatía que no lo caracterizaba más que con ella.

—Tranquila, Asmina, tranquila. Lo peor ha pasado.

Demba era un eximio cazador y pescador y en las horas siguientes se las arreglaron para comer en las sombras, en la oscuridad, casi como animales, sus alimentos crudos ahora para no encender fuego diurno que atrajera a los mastines, siempre con los sentidos alerta. En ocasiones creyeron escuchar gritería y en todos los casos se refugiaron en los árboles que no eran



muy altos, pero si tupidos y espinosos. Y así pasó un día y otra noche y otro sol y otra luna hasta que los músculos y la tensión comenzaban aflojarse. Tal vez habían perdido su rastro luego que el agua había borrado toda huella. Probablemente el cansancio había ganado a los blancos y pusieron en la balanza la necesidad de preservar a los otros esclavos y cuidar que no escaparan. La perspectiva de adentrarse en los matorrales y enfrentarse al enorme negro agresivo y astuto, sin ningún inconveniente en matar por su vida, no era agradable. La muerte de Marciano le debió haber sido adjudicada a él y eso desestimulaba a cualquiera. Tal vez. Como sea, parecía que lo lograban y la confianza hizo que comenzaran a descender el ritmo y buscaran restablecer fuerzas.

El amanecer del tercer día los encontró descansando y durmiendo, reponiendo energías y descansando los músculos. Demba había controlado el perímetro algunas horas antes, escuchando con atención y colocando algunas trampas improvisadas que al menos avisaran de la cercanía de los perseguidores, aunque no era para nada factible que la noche los invitara a eso. Ese convencimiento fue el que le hizo dormir más profundamente de lo prudente y por ello le pasó inadvertida la maniobra que los envolvió.

La primera en despertar fue Asmina, quién al erguirse aún con somnolencia, se sorprendió al ver que su improvisado campamento estaba rodeado de un conjunto de hombres negros, al menos diez, tal vez más. El

primer impacto se redujo al ver que eran de su raza y percatarse, por su forma de vestir y sus armas, que no pertenecían a sus perseguidores; estos no eran esclavos. Lo habían sido, sin duda, porque vio claramente las marcas de castigos y de posesión, pero el orgullo, la fiereza y la postura le indicaban que estos eran negros libres. No emitió sonido y en ese momento despertó Demba quién se incorporó de un salto al percibir la situación, con alarma en su rostro. Mas la actitud y las armas de los otros lo frenaron y con inteligencia controló sus movimientos y sus gestos.

El que parecía el líder se adelantó armado con una lanza que sostenía con descuido. Era visible por su porte alargado y fino su origen bantú, aunque el resto de los hombres era de procedencia variada. Los observaban con cautela exenta de miedo, acostumbrados a encontrarse con fugados, pero no con lo que parecía una familia. Quienes escapaban eran hombres solos, la magnitud del desafío impedía otra cosa.

—Escapamos—señaló Demba—. Hace días que buscamos el amparo de nuestros iguales.

—Han llegado a ese lugar que buscaban. Han tenido la protección de los orixás, al parecer. Son libres ahora, pero deberán responder ante el jefe y someterse a las reglas de nuestro poblado, si es que desean nuestra protección.

—Sólo queremos refugio y libertad.

—Y la tendrán, una vez que comprobemos que lo merecen y son realmente nuestros iguales.

Asmina se sintió desconcertada, pensaba que cualquier esclavo merecía ser recibido y protegido, habida cuenta del espantoso drama que los hermanaba a pesar de las diferencias de etnia o lenguaje.

— ¡Lo merecemos, claro que lo merecemos! Hemos padecido, incluso matado por llegar aquí—gritó apretando al niño contra sí.

Demba tocó su brazo buscando calmarla. El entendía la postura de esos hombres. Cuidaban su lugar celosamente, lo habían conseguido con sangre y lucha. Bajar la guardia y dar paso a cualquiera sin saber su origen o intenciones podía ignorar las trampas que los hacendados o el mismo gobierno portugués podría oficiar contra los pueblos de negros fugados.

—Estamos dispuestos a responder todas las preguntas que deseen, además de expresar nuestra gratitud a su líder y solicitarle amparo y protección.

El líder les hizo un gesto para que tomaran las cosas, pobres retazos de su vida anterior, y los siguieran. Caminaron escoltados un largo trecho por caminos escurridizos y en algunos casos intrincados, hasta que desembocaron en un gran claro. La escena se pobló de vida humana: chozas, animales

domésticos, mujeres con cestos y frutas, niños que jugaban con alegría.

Asmina volvía a ver una aldea negra de hombres libres luego de mucho tiempo y sufrimiento. Las lágrimas corrieron por su rostro a la vez que la alegría inundaba su pecho. “Gracias, Obba, gracias mi orixá por darme la fuerza, el espíritu y la compañía de Demba para llegar a este lugar. Aquí mi niño será libre y feliz. No tendrá cadenas y crecerá fuerte y sano”.

Pronto la alegría y la algarabía por el éxito de su fuga que los demás hacían suya los rodeó. Las mujeres separaron a Asmina y su bebé de Demba y la llevaron a una choza, donde le ofrecieron un lugar para descansar, así como agua y alimento. Se veía agotada, pero agradecía sin cesar la ayuda. Lenta y pausadamente masticó y gozó por primera vez del alimento en libertad en esas tierras nuevas a las que la habían traído. Arrulló a Kale y procuró que su cuerpo dejara atrás cualquier recuerdo, cualquier olor, cualquier rastro de esa espantosa vida pasada en la fazenda. Incluso apartó de un manotazo mental la imagen de Marco que se volvía a colar como cada día en sus pensamientos. No debía, no quería tenerlo en su cabeza acuciándola y torturándola con la falta de sus besos y caricias. Tendría que ver que hacía con ese amor suyo sin destinatario. Demba lo merecía, pero era tan ingobernable ese corazón suyo, que aun despreciado latía por el hombre blanco que había despertado sus sentidos.

— ¿De dónde vienen? — le preguntó una muchacha interrumpiendo

su ensoñación.

—De la fazenda del señor De los Santos— murmuró.

—Acá no hay amos. Somos libres. Tú también lo eres ahora—tocó su cabello.

Asintió. Eran libres al fin.

Demba fue presentado al jefe de la tribu, quién le preguntó una y otra vez por sus orígenes y se interesó sobremanera al saber que había estado en varias haciendas de las zonas al norte. Aquilató apreciativamente su fuerza y le dio la bienvenida.

—Necesitamos guerreros. Somos libres, pero la lucha por sobrevivir es dura. Los alimentos no son fáciles de conseguir y a veces debemos hacer expediciones por ellos, además de armas y también para liberar algunos hermanos.

—Soy un guerrero—respondió con orgullo—. Lo era en mi tierra. Si puedo colaborar de esa forma, así será.

## VEINTIUNO.

Les permitieron descansar y dormir ese día y parte del siguiente trayéndoles alimento y agua e incluso vestimenta. Sus cuerpos se rendían al sueño, buscando recuperarse del periplo agotador. Logrado el objetivo que tanto habían soñado y por el que había arriesgado sus vidas, encontraban por fin el refugio, su lugar, distinto al de antaño, pero un nuevo lugar en el mundo.

Asmina elevó sus oraciones con fervor y agradecimiento a su Dios y a los Espíritus que los habían acompañado y les había permitido escapar con éxito al sufrimiento, al dolor y la esclavitud. Sentía que había esquivado la muerte, que está había acariciado su espalda con su manto negro, pero no era su hora ni la de su niño.

Al día siguiente salió a recorrer el poblado. Era un pequeño refugio en el medio de las matas, rodeado por altos árboles de intrincado follaje que eran el hogar de multiplicidad de pájaros de colores y plumaje como nunca había visto y que cruzaban hacia uno y otro lado del cielo tan celeste como recordaba el de su África natal. No había cambiado el color, claramente era la percepción con los ojos de la alegría y la felicidad que le daban ese brillo a

todo lo que la rodeaba.

El caserío, que no constaba de más de treinta o cuarenta chozas, se disponía en forma circular sobre el gran patio, lugar de las fiestas, ofrendas y las reuniones de la aldea. Eran muy similares, con techos de hoja de palmera que abundaban entre la vegetación. Destacaba la más grande que era el sitio del jefe y su familia. Sobre uno de los costados había unos corrales improvisados que mantenían encerrados algunas vacas y más allá algunas gallinas.

Vio que dos o tres sendas se alejaban de la aldea en distintas direcciones y la curiosidad la impulsó a seguir una de ellas, no demasiado larga, que la llevó a un plantío de mijo y mandioca. Todo esto permitía en gran parte el abastecimiento del poblado, pero era lógico pensar que sostener a los más de ciento cincuenta miembros que le habían dicho eran parte del lugar, se necesitaban más productos. Se preguntó como los obtendrían, así como las armas.

Regresó a tiempo para ver que la buscaban. Levantó su mano sonriendo a Demba que se acercó con premura, una sonrisa amplia pintada en su bello rostro.

—Asmina, me alarmé cuando no te encontré.

Su cara así lo demostraba. Ese hombre la adoraba, no había duda de

ello y cualquiera que los mirara se daría cuenta que la idolatraba y junto a ella se convertía en un tímido lacayo. Por elección, si es que el amor tiene de ello.

—Has descansado mucho. ¿Estás bien?

—Estoy muy bien. No podría estar mejor. ¡Lo hemos logrado, Demba!

—Así es— sonrío sacudiendo a su cabeza con afirmación—. Te confieso que llegué a dudarle. Me vi perdido en algunos momentos.

—Siempre te manejaste como si supieras exactamente adonde ir—se sorprendió.

—Tenía el instinto y la esperanza. Y tu ayuda.

—Mal podía ayudarte yo; hemos sido un peso considerable en tu escape. Te agradezco infinitamente que no nos dejaras atrás.

— ¿Dejarlos atrás? ¿Cómo podría hacer eso? Sería como dejar una parte mía.

La miró con un brillo peculiar en sus ojos y eso la emocionó. Era un hombre bueno, claramente la amaba. Su corazón se sobrecogió al darse cuenta qué tal vez nunca podría corresponder a ese cariño tan intenso.

—Además— continúa el gigantón, tratando de sobreponerse a la emoción— de no haber sido por ti hubiera sucumbido ante el arma de Marciano.



Una sombra atravesó el rostro de Asmina recordando el tremendo momento vivido.

—Él ya no será el temor que pende sobre mi cuello. Sé que cometo un error tremendo al afirmar esto y tal vez los Espíritus no perdonen mi soberbia y mi orgullo. ¡Me alegro que esté muerto!

—Y bien muerto está.

Eso zanjó la discusión.

— ¿Qué haremos ahora, Demba?

—El jefe me ha recibido. Te confieso que pensé que se organizaban de otra manera, pero es muy similar a mi antiguo pueblo. Por un instante temí que no nos aceptaran, a pesar de la buena voluntad inicial. La mayoría de quienes viven aquí son de origen yoruba y resistieron un poco mi presencia, temerosos de alguna trampa orquestada por los hacendados blancos.

— ¿Trampa? ¿Cómo podríamos...?

—Los blancos asedian constantemente los poblados como éste y cada tanto aparecen mercenarios falso fugados que buscan amparo, para luego denunciar y exponer a los quilombos. No ha sucedido nunca en este, pero están alertas. Los he podido convencer de nuestra situación desesperada y nos darán un lugar para vivir. Deberemos integrarnos al trabajo de la aldea, en lo que dispongan.

— Así será— dijo ella—. Con el favor de los espíritus todo irá bien. Vi que tienen plantaciones y animales.

—Y un pequeño ejército, pero además establecen contacto con los otros poblados e incluso llegan hasta zonas blancas. Me han dicho que consiguen el armamento y otros productos en los poblados de blancos a través del trueque.

—Eso es extraño— receló ella—. ¿Blancos proveyendo a negros fugados?

—No lo es tanto si piensas que muchos anteponen su ambición y sus deseos de enriquecerse por encima de cualquier cosa.

—Está bien, lo entiendo. Pero ¿cómo se arriesgan nuestros hermanos a llegar hasta esos lugares donde podrían volver a ser atrapados?

—Se hace lo que es necesario. El jefe me lo subrayó; mantener el poblado implica estar alerta siempre, tener armas y lograr invisibilizar las aldeas y plantaciones. Entonces el contrabando, los tratos y el robo son condiciones más que necesarias para que todo se pueda mantener.

Se hace lo que es necesario. Entendía eso. Dispuesta a convertirse en una más del lugar y pagar la hospitalidad, se plegó con facilidad a las cuadrillas de desmalezadoras que todas las mañanas recorrían las plantaciones, ubicadas estratégicamente una cerca de la otra. Se acostumbró a

la rutina y a la comunicación con las otras mujeres que de a poco escucharon y conocieron su historia, aunque no toda.

Mintió el nombre y la raza de su amante y si esas sospecharon que era blanco poco dijeron, aunque la piel de su bebé delatará la situación. No era algo que les importara ni les llamara la atención. No era algo que ella quisiera compartir. El dolor del amor cercenado quedaría para ella muy encapsulado en un trocito de su alma, no lo podía extirpar. Le complació sumergirse en el mundo festivo y de oración no tan organizado y bastante más laxo en sus rituales, pero igual de intenso que la fiesta de la fazenda, con la salvedad de que aquí no había por qué esconderse.

El paso de los días y las semanas le permitió saber más, en parte porque preguntó, pero también porque lo visualizó. Este poblado era bastante antiguo y de hecho una parte importante de los niños y jóvenes habían sido siempre libres, no conocían la tragedia de la esclavitud: eran la primera generación producto de la fuga de sus padres. Lo que ella soñaba para su niño, esa era la demostración de que era posible. Aún a pesar de no haber vivido entre las cadenas, el constante repiqueteo de los relatos de los espantos que sus padres realizaban buscando concientizarlos del peligro, así como la llegada intempestiva como la de ellos o algunos anteriores fugados siempre daban cuenta exacta de las condiciones infrahumanas a las que se sometía a los de su raza. Por lo tanto, se entrenaban sin cuestionar en las armas y en las

tácticas, con la misma seriedad que si hubieran vivido esclavos y no lo quisieran repetir.

Otro de los aspectos que comprobó fue que vivían en armonía y el trabajo era una obligación, aunque no todos estaban en la misma situación. Había tres familias que sobresalían sobre el resto y que marcaban la dinámica del lugar: estos eran el cacique con su mujer e hijos, la familia del principal referente del ritual religioso (el pai) y el principal del pequeño ejército con el que contaba la aldea. Las decisiones pasaban por ellos y tenían prerrogativas que los otros no. El mejor alimento, los ornamentos más vistosos, el mayor tiempo libre estaba a su favor. No llegaban a imponer una tiranía, pero si una jerarquía bien visible y estable a la que había que ajustarse. Era una organización más estricta que la que ella había conocido en su tribu en África, pero no era de extrañar considerando que aquella era una comunidad pacífica y no tan amenazada como esta.

Demba se integró a los guerreros que practicaban todos los días, así como vigilaban y patrullaban la jungla, la ribera del río y por el otro lado se acercaban a algunos poblados. Le era más difícil adaptarse que a Asmina porque su espíritu natural de mando lo impulsaban a imponerse, pero contenía y mordía esas aspiraciones al notar el recelo y la discreta vigilancia que algunos imponían sobre él. Lo entendía, así como también se daba cuenta que su fortaleza física no iba acompañada por un manejo adecuado de las

armas que los otros tenían y que debía aprenderlo, así que se sometió con humildad a mantener la disciplina y cumplir las órdenes de algunos jóvenes que conocían muy poco de las batallas verdaderas. Era deudor de la hospitalidad de ese pueblo y era menester tomar y devolver.

Poco a poco, con el transcurrir de las semanas, la tensión se fue aflojando y al cabo de estas su actitud humilde rindió frutos y el compañerismo mejoró. Su buena participación e implicancia en las escaramuzas para la obtención de alimentos a costa de algunos poblados blancos lo destacó y le fue redituando una mejor imagen dentro del poblado. Se lo hizo saber a Asmina que se preocupaba en principio por su desencanto y lo alentaba a agradecer la libertad. Pero era inevitable que su pasado le pasara factura y quisiera el respeto de sus iguales.

Como recién llegado le habían dado una cabaña que compartía con otras parejas y niños lo que al principio estuvo muy bien. Acostumbrados al hacinamiento de los barracones de las fazendas, esto era un lujo. Sin embargo, a medida que los meses pasaron y la participación de Demba se hizo fuerte y demostraba en cada acción su potencial, este veía con recelo la falta de reconocimiento de los jefes que raramente lo saludaban y jamás lo invitaban a las reuniones de organización del poblado. Consideraba que hubiera sido un gesto de respeto atendiendo que había pagado el recibimiento con su trabajo de sol a sol.

Solo Asmina escuchaba su plática susurrante y quejosa en los momentos de soledad y descanso y buscaba evitar por todos los medios que los demás lo escucharan. Temía que la incomodidad de Demba les jugara en contra y en su fuero interno rogaba para que su mente calmara la ansiedad, pero los hombres poco escuchaban a las mujeres. Debía agradecer que él, un guerrero orgulloso, pusiera oídos a algunos de consejos, pues no era para nada habitual. Lo atribuía a la adoración con la que la rodeaba.

Cada noche, su niño se dormía plácido y cómodo arropado en sus brazos y ella le daba un beso en la frente para luego dejarlo en su pequeña cama. Al dar la vuelta para encaminarse al lecho siempre tenía sobre sí los ojos de Demba, que la admiraba. Para él cada centímetro de su cuerpo era sagrado: la curva de sus hombros, cintura y caderas. Su balanceo era lo único que podía hacerlo temblar. Todo su ser se ponía en alerta sexual y cuando la tenía cerca la envolvía en sus brazos y la tendía a su lado, ora para dormir cálido o para amarla.

Abrazados y acostados se miraban, midiéndose respectivamente; él, con una intensidad febril y apasionada, ella con largura y ternura. Poco a poco dejaba que la pasión fuera despertada por las caricias osadas del gigante que envolvía su cuerpo. Cubiertos por telas trataban de evitar que sus movimientos y gruñidos despertaran al resto de los que vivían con ellos en la cabaña. Se daban a la satisfacción de sus impulsos y deseos con hambre, con

pasión, con vital desenfreno. Sus manos se acariciaban y sus lenguas se enredaban, los miembros entrelazados en un ejercicio de resistencia que solo cesaba cuando alcanzaban la comunión absoluta de la penetración y el orgasmo. Venía luego la calma y el sueño.

## VEINTIDOS.

Un año había transcurrido y el miedo había quedado atrás. La noche de luna clara filtraba débiles rayos. Asmina miraba dormir a Demba, satisfecho y desmadejado a su lado. Ese hombre fuerte, duro y pasional era su compañero. Por él y gracias a él estaba aquí, era su protector y su amante. Sabía que sería capaz de hacer lo que fuera por ella y se reprochó, como todos los días, no ser capaz de amarlo o al menos devolverle en la misma medida el cariño que le entregaba en cada beso. No sabía si él lo esperaba en realidad, no era tan expresivo.

Anhelaba que el tiempo fuera tornando su imagen en algo similar a la que su corazón preservaba para Marco, al que tanto había amado. Tal vez de tanta ternura, impensable en un ser tan hosco y de pocas palabras, él lograría romper la coraza y dibujaría su rostro en el pedestal de su alma. Lo dudaba por la fuerza con la que su mente traía al blanco de tanto en tanto, con nostalgia y con dolor y porque la cara de su hijo era un recordatorio constante de aquel amor perdido. Pero estaba dispuesta a hacer todo el esfuerzo y poner todo de sí para ser feliz, para lograr que su hijo creciera fuerte, sano y alegre, así como para satisfacer a Demba y recuperar paso a paso la antigua calma y



equilibrio que la habían caracterizado.

Una de las cosas que la venía inquietando y razón de su desvelo de varias noches era que no había podido evitar que el hijo del jefe posaba repetidamente su mirada sobre ella, con intensidad e insistencia. Cada vez que lo hacía, ella retiraba su mirada y se alejaba. No quería problemas y sentía que esto era además una falta de respeto hacia Demba, quien cada vez más demostraba su don de mando y su importancia dentro del poblado y en el ejército improvisado. Su estirpe de antiguo guerrero y de jefe se hacía notar con insistencia y era evidente que su sombra comenzaba a molestar. Así lo hacía ver la forma ex profesa en que todavía evitaban integrarlo en la administración de la aldea.

Ella procuraba calmar su furia larvada y alentarle a continuar como si nada, temiendo que estallara y pusiera en juego la valiosa posición que habían conseguido al escapar de la fazenda. Mas como la vida tiene mucho de incontrolable y el comportamiento de los hombres solo responde a sus instintos, una situación por demás grave se registró una mañana en la que Asmina se quedó haciendo los quehaceres de la choza, procurando ordenar y mejorar la higiene de la misma. Allí la sorprendió el ingreso intempestivo del osado muchacho que, sin darle tiempo a nada, tomó su mano y ante su desconcierto, comenzó a manosearla y besarla. Se revolvió en sus brazos y lo empujó asustada, con su rostro desencajado a la vez que le daba una

cachetada. Era el hijo del jefe, no estaba acostumbrado las negativas más allá que no era común qué ocurrieran asaltos a otras mujeres. Seguramente algo había disparado ese comportamiento, pero como fuera quería detenerlo.

Miró a su alrededor y al ver una de las vasijas que usaban para los alimentos sin dudarlo la tomó y se la estalló en la cabeza. Esto lo aturdió lo suficiente como para que ella saliera al exterior y llamara la atención de otra de las mujeres a la que rápidamente puso sobre aviso y esta a los hombres que surcaban el patio, quienes sacaron al hombre de la habitación, a la par que mojaban su cabeza con un cuenco de agua buscando despejar su aturdimiento.

El espectáculo se magnificó dado que era el momento de regreso de la cuadrilla de trabajo en las plantaciones. Hubiera preferido mantener el suceso en secreto, más que por ella por las implicancias, pero era imposible en una comunidad así.

Apenas regresó Demba lo puso en antecedentes y éste se enfureció casi al borde del descontrol. Ella se enteró entonces de la animadversión que el muchacho sentía por él, los repetidos desprecios que le había realizado las veces que habían ido juntos en expediciones, habida cuenta de su papel de jefe. El punto de partida del problema fue que Demba cuestionó una de las acciones del ejército y el empeñamiento del chico en mantenerla había resultado un desacierto. El resultado fue el que el hombretón había previsto y

el muchacho, al sentirse señalado se ennegueció y no dudó en vengarse apuntando hacia el entorno de Demba.

El desencanto de su compañero ya era muy grande y ahora la actitud cuasi infantil de uno de los líderes añadía leña a la hoguera. A la sumatoria de pequeñas decepciones por las actitudes que habían ido haciendo escalar su descontento se había agregado la despreocupación de los jefes por darle una oportunidad de asentarse más y ahora esto.

Ella presentía que lo ocurrido era apenas el comienzo de las complicaciones y no podía tener buen fin. Su preocupación fue notoria y se dirigió con suavidad, pero a la vez decisión hacia su pareja, despertándolo de su sueño inquieto.

— ¿Qué pasará ahora, Demba?

Este sacudió su cabeza.

—Dirán que fui yo, que la culpa es mía—se mostró angustiada.

Era lo más sencillo, la mujer siempre era más fácil de señalar.

—Todos saben que no es así. Esto no tiene tanto que ver contigo como conmigo. Les molesto, me estoy convirtiendo en un problema y me temo que el estar a mi lado sólo te perjudicará—dijo él con amargura.

Le llamó la atención su discurso cuasi tormentoso, sabía que se contenía para no estallar.

—Yo estoy contigo, Demba. Estamos contigo.

—¿Incluso si debemos irnos?

Lo pensó. Irse implicaba perder nuevamente raíces y la estabilidad que habían logrado trabajosamente, arriesgarse de nuevo a un destino incierto. Era probable que ella tuviera lugar aquí, aun cuando Demba no, le sugirió una voz en su mente. Su hijo estaría seguro. Desechó ese pensamiento egoísta con rapidez. Esa no era ella. Le debía lealtad y también respeto a ese hombre.

—Incluso así—le respondió—. Hemos pasado juntos mucho tiempo y muchas situaciones y hemos aprendido a conocernos. Te debo respeto y apoyo.

Él la miró con orgullo, quizás intuyendo la lucha interna que sostenía.

—No me debes nada, lo hemos hablado muchas veces. Si acaso soy yo quien te debo, mi vida y ese amor que me has prestado. Jamás te pediría que echaras por la borda tu seguridad y la de tu hijo por algo que tal vez sea un capricho de mi parte.

La voz algo alta y el resto de su cara le denunció. Era un hombre fuerte acostumbrado a mandar que había sido humillado, sometido y perseguido y ahora, nuevamente en libertad, pugnaba por recuperar parte de lo que creía suyo. Él no le pediría jamás que lo acompañara aun cuando ese

sería el regalo más grande que le podía dar.

Tomó aire y pensó otra vez pros y contras y de nuevo su corazón le dijo que debía acompañarlo, si la ocasión así se presentaba. Pero en silencio oró porque todo pudiera resolverse de la manera que no implicara un nuevo exilio.

La mañana los encontró levantados y esperando en la choza con impaciencia. El tiempo transcurrió lento hasta que finalmente llegó el llamado esperado. Demba se levantó cuán alto era e irguió poderosamente el pecho. Asmina se sorprendió. Esperó que fuera a ella a quien le pidieran cuentas, pero luego reflexionó que la mujer no tenía voz aquí, a pesar de ser la principal involucrada. El moreno fue escoltado por dos de sus compañeros guerreros hasta la choza central.

Las tareas se cumplían afuera con la regularidad de siempre, pero con cierta morosidad producto de la expectativa. Los habitantes sabían que se jugaba una decisión que iba a quebrar la armonía del hogar y se aprestaban a encajar las consecuencias.

## **VEINTITRES.**

Marco recorrió el patio central con lentitud, procurando abarcar con su mirada todas las actividades que se desempeñaban en el mismo. Esa sería una noche de fiesta en su hacienda y eso mismo, tanto como la ocasión, eran asunto memorable. Había transcurrido mucho sin organizar un festejo por propia iniciativa, pero era necesario para terminar de sanar las heridas que sus acciones pudieran haber producido en los vecinos. Recobrado del ataque de Marciano y alejado de Asmina, el transcurrir de los días había retomado su inercia habitual, esa de la que tanto se había lamentado en el pasado.

En aquel momento de barullo, pasado el dolor emocional y físico, la rabia y la impotencia del ataque y la indecisión, su lado racional le hizo ver que estabilizar su vida y mantener a Asmina en la hacienda eran incompatibles y discordia asegurada con el resto de los fazendeiros. Lo sabía, se lo repitió hasta el cansancio su buen Bernard y esto lo impulsó a la decisión más dura de su vida. Porque al entregarla sabía que con ella marchaba la expectativa de una vida feliz, que con ella se iba uno de los únicos rayos de luz de los últimos años.

Devolver la esclava a su dueño natural había parecido a la solución

más salomónica; su mente así lo reconocía, pero sus sentimientos se rebelaban y se mostraban esquivos a la lógica. Toda la emoción, sentimientos a flor de piel, la pasión y el romance que Asmina había traído a su vida, se habían marchado con ella. Ni siquiera podía refugiarse ahora en el recuerdo de su adorada María que aparecía deslucido ante el vigor con el que su cuerpo rememoraba a la esclava.

Por lo menos el resultado social de la restitución fue el esperado. Una comitiva de notables del lugar, liderada por De los Santos, se presentó a su mansión con posterioridad para agradecerle haber hecho lo correcto, a la vez que se disculpaban y se aseguraban que no había rencores de su parte ni habría venganzas políticas por lo sucedido.

Mal podía pensar en revanchas o en zancadillas políticas o económicas; su mente estaba en otro lado. Con la disciplina que solo la milicia podía dar, trabajó para silenciar sus sensaciones y se abocó al crecimiento sostenido de su hacienda y a la mejora sustantiva de los volúmenes obtenidos de azúcar y café. Los beneficios obtenidos de este último tendían a superar al azúcar, confirmando que el ciclo de la caña se cerraba, y por tanto los negocios se daban hacia otros mercados.

Luego de meses de retiro espartano y auto impuesto, el hastío y la comprensión de que si no abría su espectro social yacería por siempre en la desesperanza y el desamor le impulsó a tejer vínculos, aceptando poco a poco

las invitaciones a fiestas y cenas que sabía de antemano tenían intenciones casaderas. Aceptó el hecho de ser un candidato lógico y deseado tanto como difícil en esas tierras donde los hombres blancos, solteros y adinerados no abundaban. Dejó que las matronas de la región lo envolvieran con su conversación almibarada que potenciaba y ensalzaba los adjetivos sobresalientes de sus hijas, nietas o sobrinas.

Entre las varias jóvenes que le fueron presentadas a medida que su presencia se hacía más frecuente, destacó pronto una que tal vez podría ser considerada la menos interesante desde el punto de vista social e inclusive físico. Una castaña y delgada mujer, algo anodina de acuerdo a los estándares de la época, que encumbraban a la opulencia de carnes y la marejada de rizos. Era algo entrada en años para los estándares de la época y considerada por ello una solterona con pocas oportunidades. De voz suave e ideas bastante claras y fuertes, sin embargo, no le interesaban las convenciones a las que debía ajustarse una dama que se preciara y quisiera conseguir esposo. Su comportamiento desinhibido así se lo hizo notar.

Lo que más lo acercó fue ese desinterés por encajar en el esquema social, ese fastidio manifiesto en el cruce de sus piernas a lo varón, en el fruncir de entrecejo cuando algo la molestaba o en el rictus de su boca cuando escuchaba las opiniones acerca de los rebeldes, los fugados. Se negaba al rol señalado para las mujeres de restringirse a su posición de



habitantes de segunda o tercera clase. Era bien claro que esta característica la habían convertido en alguien que ningún hacendado que se preciara consideraría a la hora del casamiento. Esto no parecía importarle demasiado, aunque su familia no lo tenía tan claro y hacía todo lo necesario para traerla al redil.

Le pareció interesante desde la primera vez que la encontró en una cena organizada por un tío. Pudo escuchar sus murmullos de descontento a la hora de la cena y las miradas de desaprobación y escándalo que la buscaban callar, sin éxito. Cuando los caballeros se retiraron a su momento de puros y vinos, quitó importancia a las disculpas de su anfitrión y destacó que le gustaba esa actitud. Esto le ganó algunas invitaciones más que aceptó sin dudar, para alegría asombrada de la familia de Genoveva Moreno, que así se llamaba la sindicada.

Ella se fue convirtiendo en su interlocutor natural, a quien habitualmente encontraba apartada de la conversación y el baile y que lo miraba en silencio discurriendo por los salones cuando lo cansaba el diálogo y la hipocresía social de la cual deseaba escapar, pero también de la que se alimentaba para que su soledad no lo matara. Conversar se sentía natural a su lado, era una escucha nata pero también hacía saber sus opiniones, en algunos casos cáusticas, severas, inquisitivas. La comodidad, que nunca había sido una cualidad que adorara, la convirtió en una aliada, en una amiga y luego en

una candidata necesaria y sorpresiva. Nadie tan emocionado como los padres de la joven que a sus treinta años recibió por primera vez un pedido de mano y una promesa de casamiento.

Si la decisión fue cuestionada o sorprendió esto sólo se hizo evidente en la intimidad de las fazendas cercanas, en la cual la decisión de Marco Braganza de desposar a Genoveva se convirtió en una más sus extravagancias.

—Te decía yo que ese hombre está loco— señaló la mujer de De los Santos a la interna, focalizando la conversación en el hombre que algunos años atrás había sido tema obligado en su salón.

—Loco no. Su riqueza ha aumentado bastante y eso ya es decir. Genoveva no es ninguna tonta, así como no lo es su familia, mi querida.

— Lo sé bien, tengo muy claro cómo se desenvuelve nuestra sociedad, esposo mío. Por eso mismo te lo digo. Esa mujer estaba destinada a vestir santos, por deslenguada y poco compuesta. Y ahí va ese hombre, que puede elegir entre muchas de las más bellas niñas de esta región y se compromete en casamiento con la menos pensada.

—Eso mismo te señala que no es tan tonta esa mujer.

—Eso también me refuerza lo extraño de los gustos de ese hombre. Primero aquella negra sucia y luego esta escoba sin gracia ni modales—

señaló con osadía y desprecio.

—Podríamos coincidir en que se hombre se mueve muy raro. Pero nada nos debe interesar menos, por fortuna para nosotros aquella situación terminó de la mejor forma posible y no hubo ningún tipo de incidencias posteriores.

— ¿Llamas no haber incidentes a la manera en la que esa negra se fugó?

—Eso nada tiene que ver con Braganza. Sabes bien que las fugas se han convertido en uno de los problemas más serios de la zona.

Encajó la mandíbula tratando de superar la ira al recordar la forma en la que había perdido tres esclavos ese día, aun cuando uno de ellos fuera un bebé. La búsqueda había sido denodada e intensa; varios días habían demorado peinando todo el terreno posible, usando todos los recursos a su disposición. Mas la naturaleza, la astucia y también el asesinato jugaron a favor de los huidos.

Encontrar a Marciano muerto al costado del río había sido bastante extraño. No porque él tuviera un sentimiento particular hacia el mulato, pero de algún modo ese cuerpo frío y tendido, sus ojos vacíos y por primera vez faltos de expresión, le recordaron que había parte suya en su sangre. Algo en su interior se removió y por eso se retiró de la costa con furia, encargando

que la búsqueda continuara, lo cual se hizo sin éxito alguno.

Esa negra había sido un problema desde el momento en que cayó en su hacienda, le había provocado casi la ruptura de relaciones con sus pares. Y qué decir del negro gigante que se había ido con ella. Los capataces habían chocado con su fuerza y rebeldía indomable en más de una oportunidad, mostrando la imposibilidad de doblegarlo como no fuera con el golpe.

Su huida exitosa incentivó a los otros y durante varios días la rebeldía pareció capear por la hacienda y lo obligó a sesiones intensas de trabajo y de castigo hasta que por fin la situación pareció superarse. Sin embargo, a lo largo de los años los esclavos se continuaban fugando de las distintas unidades productivas de Pernambuco. De aquí y allá, en un goteo incesante que había hecho sonar las alarmas y que estaba provocando reuniones periódicas de los blancos y solicitudes a los gobernantes de actuación inmediata. Sacudió pensamientos de la cabeza al ver que su mujer lo miraba con reproche, como cada vez que su mente se evadía de su cháchara.

—Podrás saciar tu curiosidad esta noche, querida. Por primera vez el capitán Braganza invita a una gran fiesta, prácticamente a todos los dueños de las fazendas de los alrededores.

—Esa fiesta de compromiso tiene tintes bastante grandes, es raro que celebre de ese modo cuando nunca fue un hombre particularmente sociable.

Por años paseó su viudez y sin embargo ahora grita a los cuatro vientos su relación con esa mujer y su posterior casamiento.

—Ha vuelto al redil y quiere mostrarlo con inteligencia. Es factible que también tenga alguna intención política, hace ya varios meses que ha salido de la inercia y de la indiferencia que lo caracterizó durante varios años.

—Como si hubiera despertado de un largo hechizo. Te lo dije, esa negra lo tuvo embrujado.

—Va más allá de eso, querida.

— Tú sabes bien que desde la muerte de su esposa María ese hombre había retrocedido y había ensombrecido.

— Si vamos al caso, la situación con esa negra lo que hizo fue despertarlo.

—Pues deberías adjudicarte algo de responsabilidad en eso, te lo debería agradecer.

Lo pensó y concluyó que en cierta manera era verdad, era correcto decir que no haber cejado en su posición y haber insistido con orgullo defendiendo lo suyo, había puesto en su lugar a Capitán Braganza.

La fiesta fue buena oportunidad para que las damas lucieran sus mejores joyas y vestidos, los caballeros sus mejores trajes y perfumes a la par

que los habanos y los buenos vinos regaron una velada exquisita.

La prometida refulgía y probablemente la felicidad tuviera mucho que ver con eso. La sonrisa iluminaba su rostro muchas veces adusto; esperar había dado su fruto y a su costado tenía al soltero más codiciado de Pernambuco. Por una extraña treta del destino, su personalidad ácida que a tantos pretendientes había corrido, le había asegurado un lugar en ese sitio hermoso y al lado de ese hombre que le provocaba cariño y al que admiraba por su físico y su personalidad.

La conexión había sido inmediata y era capaz de hablar de igual a igual con él en un permiso que pocas damas obtenían en la época. Era inteligente y tenía claro que el peso de las otras mujeres que habían pasado por la vida del capitán lo habían marcado hondo. El cuadro de María había sido reemplazado por uno pintado hace muy poco de su propio rostro, no por su pedido sino por expresa sugerencia de Marco. Ella entendía que era difícil erradicar los recuerdos de la mente y el corazón de un hombre. No lo juzgaba, incluso aunque le habían señalado con horror él que había enjuagado su dolor en los brazos de una esclava que tuvo un papel muy importante durante algunos meses en su vida.

No consideraba que fuera un recuerdo que no pudiera borrar y pondría todo de sí para que Marco fuera suyo en cuerpo y alma. Sabía que sería una tarea titánica; él era cortés, cordial, amigable y cariñoso, pero en su rostro y

en sus ojos faltaba pasión. Y ella no era mujer que se conformara con la mitad, con un esposo a medias. Toda su vida había soñado con un hombre que la sacara de la medianía, con el que pudiera emprender una vida de aprendizaje y viajes, tener hijos y del que estuviera enamorada. Tomaría cada uno de los días, meses y años que fuera necesario para escalar la cúspide del corazón de ese hombre. Por eso, esa noche de brillo y esplendor, rodeada de lo más granado de la zona, de aquellos que no daban un centavo por ella, disfrutó y bailó. No había ánimo de revancha, solo alegría, una contagiosa, que hizo sonreír y animó a Braganza.

## VEINTICUATRO.

A esa velada social que anunció a todos el inicio de un idilio, dio paso luego de algunos meses un casamiento igual de importante. La hacienda de Braganza cambió con la llegada de Genoveva, que le inyectó vida y hubo más risas. Incluso Bernard sintió en sus huesos el nuevo aire y a pesar de la pérdida de su memoria y ciertos indicios de senilidad, bajaba religiosamente a los almuerzos. Agradecía que ella le hubiera devuelto la esperanza a su amigo y le hubiera permitido borrar de la memoria a esa negra Asmina que tanto lo había impactado.

Casi podría decirse que una paz bucólica se había establecido sobre la hacienda, hasta que los acontecimientos comenzaron a precipitarse y Marco empezó a tomar más en serio el creciente desasosiego de sus vecinos por la situación con sus esclavos.

La preocupación era planteada casi todas las semanas, en conversaciones de corrillos, en reuniones en los clubs de hombres y comenzaba a tomar tintes de alarma no solamente por el fastidio y perjuicio que provocaban las fugas, sino porque los asaltos a los pueblos y fazendas desde los quilombos se estaban convirtiendo en un problema bastante grande.



No llegaba a afectar hondamente, pero sí marcaban una actitud de desafío y promovían el robo y el escarnio para los blancos que se veían imposibilitados de detener a la turba de negros que invadía de golpe y se llevaba animales, alimentos e incluso hombres.

El escándalo de a poco fue derivando en la necesidad de tomar medidas concretas, acciones que contrarrestaran los ataques, por lo cual comenzó a exigirse la urgente conformación de una milicia que pudiera no sólo defender los lugares más afectados sino también atacar los focos desde los que partían esas hordas de esclavos, o mejor dicho de negros libres que paseaban con orgullo y violencia su condición de fugados.

Marco trató de mantenerse ecuánime y objetivo; la relación de fuerzas favorecía a los blancos, pero la geografía hacía que las mejores herramientas, estrategia y táctica se perdieran si las acciones eran precipitadas. Tenía muy claro como militar que el mejor ejército podía perder ante uno apenas organizado si el primero desconocía el sitio en el que se movía, pues esto hacía fácil las trampas y las encerronas.

En la medida que los ataques fueran puntuales y apenas afectaran la situación económica, no creía conveniente que los civiles se armaran. Esto sólo podía provocar más disgustos y accidentes. Mas como la actitud del gobernante y los políticos era de desidia y despreocupación ante las quejas, la cólera (que nunca es amiga de las decisiones inteligentes) hizo que varios

hacendados contrataran algunos mercenarios que se vendían al mejor postor.

Marco trató de aconsejar de buena fe que desistieran de armarse y tomar la situación en sus manos y cada reunión o cena lo mantuvo.

—Usted nos pide templanza, capitán Braganza—le señaló uno de los fazendeiros cierta noche—. Puedo entender su actitud, no es de los más afectados por la posición en la que se encuentra.

—No se trata sólo de estar afectado—razonó con paciencia—. Se trata de no perder hombres y capitales en un intento que puede ser muy costoso. No conocemos el terreno, no sabemos hacia dónde van esos negros.

— ¡Pues hacia dónde van a ir, hacia esos pueblos mugrosos, quilombos, que tienen en el medio de la selva! No puede ser muy difícil para personas entrenadas encontrarlos y arrasarlos.

—Por ahora las personas que hemos contratado solamente contienen ataques—intervino De los Santos—. Pero si la situación se mantiene no tendremos más opción que atacarlos en sus cubiles.

— ¿Usted tiene idea de lo que es organizar un ejército y un ataque a un enclave como el que estamos hablando? — le señaló con calma, sabedor que para un cómodo productor de hacienda, acostumbrado a mandar desde su mansión, todo se reducía a pagar y que otros hicieran.

—No, no podría decir que tengo experiencia militar—se infló aquel

con petulancia—. Pero tampoco la tienen esos negros que usan a su favor el miedo que nos provoca meternos entre los árboles.

—Yo no menospreciaría ese temor. Un reducto geográficamente tan protegido es una piedra en el zapato de cualquier ejército profesional—  
“cuanto más de unos rejuntados” pensó.

— ¡Pues busquemos rodear cada árbol de Matto Grosso con personas acostumbradas al choque, con perros, cortemos todas las salidas y con ello de raíz todos los prejuicios que nos provocan! —gritó apasionado otro.

—Además del mal ejemplo que sientan. Debo decir que acuerdo con el señor—volvió a insistir De los Santos, en cierta manera deleitado de poder dar la contra a Braganza que se creía por encima de los otros—. Yo mismo he sido muy afectado, he perdido esclavos importantes.

—Ese esclavo suyo que huyó hace más de un año debe ser el que muchos citan como un negro gigante que asusta con su acción y con su violencia en cada asalto—intervino alguien más.

—Sin duda, también lo pensé. Su peligrosidad atemoriza. Si permitimos esas acciones sólo haremos que se engrandezcan y crean que no podemos detenerlos. En unos años serán aún más y ahondarán el problema. Recuerden tantas décadas atrás, cuando el gobierno tuvo que encarar el imperio de Zumbí en los Palmares, llegando a pactar cuando no tuvo más

remedio. Finalmente los disgregó y derrotó, pero quedaron por acá y allá en la jungla, clanes y familias asentadas, mujeres que están pariendo negros libres, que los están entrenando. ¿Imaginan el peligro a futuro?

—Señores, no ninguneo su preocupación—contemporizó Marco—. Entiendo la verdad en varios de sus puntos. Pero la prisa y el temor solamente nos puede hacer cometer errores.

—Usted nos invita a la inacción, a quedarnos de brazos cruzados esperando que nuestras ganancias disminuyan y que nuestras herramientas de trabajo se rebelen— sentenció otro de los asistentes.

—No es para nada así. Cuando ustedes hablan de invadir, de pelear, pienso en mi experiencia y por ello voy con pies de plomo. No me niego a la lucha si es necesario, solamente pido prudencia y objetividad a la hora de organizarnos—Alzó la voz—. ¿Qué sugieren, lanzarnos a la aventura, ingresar al monte? ¿Cuánto tiempo nos llevaría? ¿Quién lo haría? ¿Cuántos de ustedes se sienten capaces de adentrarse en las matas enfrentando la posibilidad de las trampas, como señalé anteriormente?

Varios asintieron comenzando a entender su perspectiva y la verdad de sus puntualizaciones.

—Los mejores ejércitos tienen tácticas, estrategias y cuentan con información—continuó—. Es vital contar con informantes, gente que nos

pueda ir diciendo dónde están esos poblados.

Logró un poco más de atención con este argumento.

—Desde ya les advierto que esto tomará su tiempo. Implica acción engañosa, esto es, fingir que nada hacemos y que nos mantenemos indiferentes, cuando en realidad estamos tendiendo nuestros tentáculos, ofreciendo algo para ganar a aquellos que puedan tener datos. Hay gente que comercia con ellos, hay personas que los proveen. Probablemente tenemos familiares de aquellos que están libres entre nuestros esclavos. Hagamos ver a nuestros más fieles capataces lo que queremos: saber una información, un dato, una ubicación. Que escuchen, que inquieran. Nada con estridencia ni que pueda alertar. Podemos ofrecer dinero, libertad, podemos ofrecer protección. Hay tantas cosas que los hombres necesitan, caballeros. Está en nuestras manos prometer satisfacer esas necesidades y hacer algún sacrificio para tener éxito. Y luego, una vez que obtengamos la información que necesitamos, que estemos seguros, organicemos algo realmente grande, que trate de cortar esos tentáculos que ustedes mencionan y que logre controlar, en la medida de lo posible, aquellos pueblos que nos afectan más, aquellos quilombos más peligrosos para nuestra salud económica.

Un aplauso espontáneo cerró su exposición apasionada, que lo había vuelto a su vida de estratega. Los hacendados se plegaron a sus planes y un mayor optimismo rodeó la reunión. Habían encontrado un líder, la persona

ideal para organizarlos y conducirlos. Marco, por su parte, lamentó luego haber hablado de más. Nunca se imaginó a la cabeza de un procedimiento de caza de esclavos. Al comentarle a Genoveva, esta lo tranquilizó con su habitual tono práctico:

—Mejor tú que ellos, ¿no te parece? Son un hato de inútiles y pueden hacer estragos.

La organización. llevó varias semanas y fue al cabo de un mes cuando uno de los hacendados trajo un dato que era sin duda clave. Uno de los comerciantes de un pueblo cercano era abastecedor de los quilombos y cada tanto aparecían, al atardecer o al amanecer, algunos carros con custodia muy fuerte de negros libres. Luego de obtenido el dato de un antiguo trabajador del comerciante, el hacendado había hecho seguir a esos carros por uno de los mejores rastreadores y su habilidad para guiarse en la espesura le había permitido encontrar un trillo imperceptible para un ojo no entrenado y que sin duda conducía a uno de los pueblos. No se acercó más por temor, pero sí dio algunos giros que le permitieron observar que había otras sendas que indudablemente irían hacia otros pueblos.

Ahora que contaban con información firme, venía la hora de la tan exigida acción. Pronto se encontraron negociando arduamente para ver cuánto capital estaban dispuestos a invertir cada uno, porque proveer a un pequeño ejército de armas y de hombres expertos, perros entrenados y

caballos, implicaba un costo importante. En esta negociación estos hombres acostumbrados al tira y afloja monetario, hicieron lo posible por no salir tan perjudicados, pero fue nuevamente la palabra de Braganza que les recordó que eran ellos los interesados y los principales afectados y que si realmente querían encarar una acción de fondo era necesario el desembolso económico.

Al cabo de dos semanas un pequeño ejército proveniente de la costa pernambucana además de algunos bandeirantes, se asentaban en el lugar sorprendiendo a aquellos que no tenían noción de lo que ocurría. El mero hecho que se permitiera trasegar con su ordinariez y malos hábitos a los bandeirantes, sorprendía. Estos eran díscolos y poco disciplinados, pero habían probado su arrojo sin fin al avanzar contra todo obstáculo en territorios del Brasil por conquistar: contra indígenas, quilombos o en la frontera abierta con el Imperio español. Los empujaba el pago y la ansiedad de aventura y buena parte de las zonas que Portugal había ganado hacia territorio español en América, en la Banda Oriental y Paraguay, los tenía como protagonistas.

Cuando el día señalado llegó, Braganza y otros hacendados se pusieron a la cabeza de la comitiva y lo harían hasta el lugar donde solían abandonar las búsquedas cuando perseguían a los fugados, el último terreno conocido antes de la jungla. A partir de allí los rastreadores se encargarían de la situación, así como los otros harían acciones envolventes tratando de

eliminar toda salida posible. Esto había sido estudiado y dibujado en improvisados croquis para que los recién llegados pudieran tener idea de los caminos de acceso y de salida. La trampa estaba montada y los hacendados confiaban en que ésta fuera lo suficientemente intensa como para chocar y eliminar todo el problema de los quilombos cercanos.

La expectativa y la ansiedad se notaban en toda la improvisada milicia. Los caballos caracoleando y resoplando nerviosos sostenían en sus lomos a los amos blancos, disfrazados con ornamentos militares. “Jugando a la guerra”, pensó Marcos. No tenían idea cabal hacia donde iban. El hormigueo en sus mentes y estómagos los impulsaba a una acción de la que esperaban buenos réditos económicos, probablemente rescatar esclavos perdidos, mano de obra sin tener que pasar por los remates, de alguna manera reduciendo los daños ocasionados por las fugas. Ninguno de ellos pensaba en la posibilidad de ser herido o muerto y esto preocupaba a Marco. La estrategia diseñada era sólida y confiaba en la información obtenida en la inteligencia realizada. Pero había huecos en los datos y una geografía inmensa que se interponía entre ellos y esos pueblos.

No tenían idea cabal de la protección y de la organización militar de sus enemigos, si bien la suponían rudimentaria. Él había procurado contratar gente que estuviera especializada de hecho varios de lo que llevaba en la cabecera, Bandeirantes, eran hombres sueltos acostumbrados a la lucha



cuerpo a cuerpo y al enfrentamiento, habituados a la selva y a lidiar con los rebeldes. Temía su indisciplina, pero hasta el momento no había tenido inconvenientes, especialmente porque uno de los jefes seleccionados era un hombre de respeto.

Marco se había adjudicado naturalmente el mando de la acción, un poco por deformación profesional y otro por la lógica situación de ser el único entre los organizadores que tenía experiencia en las lides de la guerra y el enfrentamiento armado. Dio la orden y avanzar y suspiró a la interna. Todavía no entendía como estaba metido en esta aventura a la que consideraba precipitada desde el vamos, pero su decisión de insertarse más fluidamente en la sociedad colonial lo había llevado a involucrarse en los asuntos políticos y no había vuelta atrás. Esto, más la presencia de su nueva esposa, Genoveva, habían llenado esos huecos de soledad que tanto lo abrumaban y que lo habían hecho cometer errores en el pasado, cegado por el dolor de la pérdida de su María y por la pasión hacia Asmina.

—Esto es un éxito, capitán Braganza—soltó el hacendado De los Santos con voz chillona y exaltada.

Cual niño lanzado a una aventura, sin mucha idea de nada, más parecía un bufón de corte que un soldado, pero aparentemente se tomaba muy en serio su nueva función.

Sonrió y asintió con cortesía, tratando de no dar mucha ala a la conversación. No quería perder la relación educada, aunque no fluida que habían recuperado. Había una vieja herida entre ambos, una que para Marco había sido dura, que lo había llevado a una decisión que lamentaba, sacrificio necesario para mantener la paz.

—Sólo esperemos que esta redada termine de la mejor forma posible, sin heridos—señaló.

— ¡Vamos, capitán! Hemos armado la mejor fuerza que el dinero puede comprar. Nuestros bolsillos sangran, pero es una necesaria inversión, como bien lo dijo usted. Es una pena de todos modos que la Corona portuguesa no tome en serio nuestras inquietudes y problemas y tengamos que bancar esta excursión que después de todo, redunda en el beneficio de nuestro Rey, que bien se embolsa los impuestos.

En eso tenía razón, debía reconocer la indiferencia afectada con que las negociaciones realizadas habían sido encaradas por el Gobernador. Este había argumentado la consuetudinaria escasez de las arcas y todo había culminado con su aquiescencia y beneplácito hacia la iniciativa, pero no los había provisto más que con algo de armamento.

—Sólo esperemos tener éxito—señaló con inquietud.

—Así será, con el favor de Dios, muchos de esos negros retornarán a

los lugares de los que nunca debieron salir. Tengo la esperanza de encontrar alguno de los míos ahí.

Le aburría un tanto la conversación, pero el camino era largo. Mientras admiraba el paisaje todavía abierto y despejado de vegetación intentó seguir mecánicamente el diálogo.

—Eso puede ser difícil, quien sabe los caminos que tomaron. Podrían no estar en ese quilombo al que nos dirigimos.

—Bien, los míos son muy identificables, así que si contamos con suerte los ubicaré de inmediato. Ese negro gigante del que tanto hablan me pertenece, aunque no sé bien si un esclavo tan rebelde conviene ser mantenido. Además, dos negros jóvenes que tienen mi marca y por supuesto, esa negra que provocó el conflicto entre ambos.

Fue la última nota de conversación que trajo su mente nuevamente a tierra y miró con sorpresa al hombre.

—¿Dice usted que Asmina escapó?

—Sí, esa negra como usted la llama, Asmina, se fugó hace ya casi dos años, con su hijo y ese gigantón.

Trató de fingir indiferencia cómo pudo, pero la información lo dejó impactado. Jamás había dejado de pensar en ella, aun cuando los últimos tiempos su imagen apareció en forma esporádica. Abrumada su mente por las

pequeñeces de la vida y de la hacienda, que alguna manera durmieron sus sentidos luego de su casamiento, debía confesar que su nueva vida la llenaba bastante una buena mujer. Genoveva era realmente una compañera y poco a poco iba limando su pasado, a fuerza de gentileza, comprensión y pasión.

Y ahora, otra vez el nombre y la figura de Asmina se colaban en su vida. Esto le generó incertidumbre y preocupación. ¿Qué habría sido de ella? Sabía cuánto anhelaba su libertad y no dudó que prefirió el riesgo a vivir con cadenas. A unas cadenas que él había contribuido a ajustar, pensó.

En su fuero íntimo deseó que hubiera tenido éxito y que estuviera en pleno control de su vida ahora, pero lo dudaba. Una mujer en medio de la nada, rodeada y perseguida. La palabra “hijo” volvió luego a su mente. Eso había dicho De los Santos, tenía un hijo. Probablemente de ese hombre, ese negro que todos definían como un guerrero temible, con el que había escapado, de acuerdo a las palabras del hacendado. Peor aún si les había ido mal. Rogó que no hubiera sido así. La inquietud lo llevó a moverse con más prisa y energía, recuperando vigor y trote dejó atrás al hacendado y se colocó a la cabeza de la expedición junto al hombre que dirigía la avanzada.

—Faltan muy pocos kilómetros para la selva, capitán Braganza. Allí deberemos hacer esa división de fuerzas de la que se habló. Le voy a ser franco—miró hacia atrás, procurando que sus palabras fueran solo escuchadas por Marco—. Agradecería que esa pandilla de inútiles que son

sus vecinos se fuera hacia los flancos no complicados. Su inexperiencia e ineptitud solo pueden generar problemas, y no podemos enfrentar el ataque debiendo a la vez cuidarlos a ellos.

Tenía razón, por supuesto. Miró hacia atrás y los observó conversar y reír con algarabía. Realmente no tenían ni idea hacia dónde iban y constituían un contrapeso, pero no habían querido quedarse atrás.

—Como dijimos, nos dividiremos en tres grupos. Contra el río y sobre la costa del monte, se ubicará la caballada. Es el menos factible de los caminos de huida, los rebeldes supondrán que está vigilado. Hacia allí dije que vayan a los hacendados, así no distorsionan. Nosotros nos adentraremos en las matas.

El hombre lo miró con sorpresa y le inquirió;

— ¿Usted va con nosotros? Es un camino difícil, capitán, e imposible a caballo.

La duda de su cara era comprensible. Era un hombre práctico.

—No seré un peso, no se preocupe. Usted tendrá el comando; por supuesto los seguiré. Me interesa conocer los caminos y llegar hasta el lugar mismo del poblado, para analizar la organización y tener una idea cabal de cómo funcionan. Pero en ningún momento voy a molestar, si ven que me quedo atrás, que factiblemente será lo que ocurra, ustedes sigan.

El hombre lo miró con respeto. Sabía de la fama bien ganada en batalla de Braganza y no lo creía para nada un peso muerto, más allá de la herida que sabía tenía en una de sus piernas. Señaló su acuerdo y se pusieron en movimiento al ver que la jungla estaba al frente. Se dividieron y organizaron las huestes de los flancos. Doscientos metros más adelante comenzaba el camino, ese que sin saberlo los llevaría por el mismo trayecto que algún tiempo atrás había recorrido Asmina con desesperación, miedo y expectativa.

## VEINTICINCO.

Demba estaba furioso. Todo había sido peor de lo que imaginaba o esperaba y si alguna vez creyó poder encajar y tener un papel preponderante en el poblado, esa reunión le había demostrado que para los líderes era un recién llegado al que nunca consentirían la participación real en las decisiones importantes.

Su enorme peso y valor en las expediciones de búsqueda de alimentos, liberación de algunos esclavos o lo que fuera necesario, no contaba. La familia que dirigía la aldea se plegaba sobre sí misma y protegía a esa imberbe caricatura de guerrero que había agredido a Asmina, un niño que no podía siquiera controlar sus instintos.

Tenía claro que no había sido él quien había transgredido las normas y así lo hizo saber en alta voz y con orgullo. Había devuelto con creces el que lo hubieran recibido hace algún tiempo atrás. Su arrojo, valentía y osadía habían provisto a la aldea. Pero eso no valía nada a los ojos del cacique, que resguardaba a su hijo aún a pesar de la evidencia de la relación equivocada con respecto a Demba y en especial con Asmina. Esta fue sindicada como la culpable de la provocación.

La discusión subió de tono y terminó siendo airada, tanto que Demba supo que ya no tenían lugar allí. Había tenido la esperanza de solucionar las cosas, se sentían cómodos en el lugar. Pero lo ocurrido ponía fin a su permanencia y la forma en la que su mujer había sido denostada implicaba que tampoco tenía un sitio de privilegio aquí. Al principio pensó lograr que ella no tuviera que irse también, aun cuando él debiera hacerlo, un sacrificio que estaba dispuesto a hacer por su seguridad y la de Kale.

La salida de la reunión fue tormentosa. Caminó a grandes zancadas por la aldea haciendo notar a su paso su tremendo descontento. Respiró hondo al llegar a su choza e ingresó lento al lugar donde Asmina lo esperaba con expectación visible en su rostro. No pudo ocultar su expresión de rabia y eso fue suficiente para indicarle que no había sido positiva.

— ¿Qué ha pasado?

— ¡Han hecho oídos sordos a mi reclamo! Nos han señalado cómo los provocadores de conflicto. ¡A nosotros, que hemos procurado devolver cada uno de los bienes de los que nos han provisto! —la ira se mostraba en sus ademanes.

—Son familia, se resguardan aún en el error—argumentó Asmina comprensivamente.

—Se equivoca, el jefe está tomando una decisión equivocada. Está



haciendo primar los caprichos de su hijo sobre la seguridad de su aldea, esto es imperdonable en un líder—señaló él con orgullo—. Deja de lado que puedo ser un baluarte importante, lo he demostrado.

—Lo saben, Demba, así como también los hechos, como fueron. Solo que deciden ignorarlo. Toca irnos, entonces—dijo con su cabeza en alto, buscando que él no se percatara de su desencanto.

Había creído poder criar a su hijo aquí, sin conflictos ni dolores, pero estaba visto que no era lo que el dios imponía y eso debía aceptarse con humildad. Tal vez otro destino les estaba adjudicado.

—Así es. Créeme que si pudiera te evitaría, les evitaría este dolor. Te confieso que no tengo claro hacia dónde iremos—por primera vez en tiempo vio pesadumbre y cierto desconcierto, en él que siempre lucía seguro.

—Es cuestión de seguir caminando—lo animó—. Alguien nos recibirá.

— Las aldeas se conectan, sabes bien qué es así. La imagen de pendencieros y disconformes que nos adjudican nos va a señalar en varios lugares.

—Pues deberemos alejarnos más entonces, ¿no lo crees así?

Trataba de demostrar un ánimo que no sentía. Miró a Kale con pesar. El pequeño tenía dos años, era ágil y alegre y sus amigos estaban aquí.

Cargarlo otra vez en un deambular que no sabían dónde los llevaría era difícil pero no creía que hubiera alternativa.

—Te diría que te quedaras si fuera seguro, Asmina. Sería lo más fácil para ti, pero también debo advertirte que el cacique está enojado contigo pues cree que has provocado la situación.

—Está muy claro que nada de eso ha sido así—se indignó ante la injusticia.

—No me lo tienes que indicar. Yo lo tengo muy claro y confío solamente en ti.

Lo miró y vio como siempre esa mirada mansa e intensa que era en sí misma una declaración de amor constante hacia ella. Sabía que era así, él siempre la anteponía ante cualquiera.

—Pues no se diga más entonces. Prepararé a Kale, algunas provisiones y agua.

El asintió. Era el segundo éxodo forzado que emprendían. Esta vez tenían a su favor el conocimiento del terreno que sus incursiones le habían provisto, además de que no había urgencia y persecución detrás. Sería más sencillo y deambularían solicitando ser recibidos por otros quilombos. Tal vez en los pueblos más alejados hacia el oeste la situación fuera diferente, el recibimiento más cálido y la inserción menos difícil.

La mañana del día siguiente los encontró saliendo de la aldea, sin apuro y apenas despedidos por tres o cuatro de las mujeres y los hombres con quienes habían trabado mayor intimidad. El resto cerraba fila detrás de su jefe y ni siquiera se asomaba para ver la salida de los desterrados.

—El sol va a picar muy fuerte este día, Asmina.

Miró hacia arriba y luego a su costado. Sonriendo, la bella negra tomó su brazo y lo apretó en señal de compañía. Por encima de todo, tenerla a su lado lo compensaba de cualquier dolor o pesadumbre que pudiera experimentar. Y emprendieron la marcha, lenta y pausada, respetando el ritmo del niño que se distraía con cada objeto y animal que veía, que corría adelante y atrás, jugando y sin saber qué detrás quedaban sus amigos y la vida que había conocido por tan breve lapso.

Hacia el mediodía hicieron una parada y acomodaron los alimentos.

— ¿Sabes que, Demba? Este sería un buen momento para honrar a los orixás, a mi adorada Obba. Para pedirle ayuda, compañía y guía.

Asintió y ambos elevaron sus cánticos al cielo, ofrendando los alimentos y pidiendo por la protección de los Espíritus. Asmina acomodó al niño sobre la hierba y con la cabeza en su regazo, acariciando su cabello y el rostro para lograr que durmiera un rato y descansara. Observó a Demba que recorría con agilidad el lugar y lo admiró. Era tan bello, tan perfecto. Su

cuerpo brillaba al sol y sus ropas livianas no lograban disimular su fortaleza y su musculatura, esa que la abrazaba todas las noches, la acariciaba y la amaba con pasión y cuidado.

Él conocía cada recodo de su cuerpo y ella el de él; se complementaban y la química de sus cuerpos funcionaba, pero también habían logrado la comunión de sus espíritus. Junto a él estos años habían sido muy fáciles y había limado día a día los malos recuerdos. La imagen de Marco volvía a ella con alguna frecuencia, con la persistencia de esos recuerdos gratos que envuelven el alma. Era tan distinto lo que la unía con ambos hombres. Su realidad era ahora junto a Demba y no le pesaba, al contrario

De pronto se percató que los ruidos habituales de la selva habían callado y una agitación extraña la obligó a prestar atención. Los pájaros y algunos animales pequeños se movían con rapidez, rompiendo su monotonía y su rutina. Demba estaba alerta y buscaba a su alrededor, observando lo mismo, casi oliendo el viento.

— ¿Qué es, Demba? ¿Qué pasa?

—No lo sé bien, pero me inquieta. Algo ocurre. Toma el niño, apaga el fuego. Lo que sea está lejos, pero debemos ser cautos y prepararnos.

— ¿Para qué?

—No tengo idea.

Realmente era así y lo inquietaba sobremanera. Se metieron en zona más densa, de alguna forma imitando su escape dos años atrás y esperaron. Los ruidos aumentaban y a lo lejos se sentían disparos, perros, gritos. La nerviosidad y la expectativa se apoderó de ellos y entonces él se incorporó de un salto. No podía permanecer quieto sin saber qué ocurría.

— ¡No vayas, Demba! ¡Quédate con nosotros!

—Seré cuidadoso y tan escurridizo como un animal salvaje, sabes que soy así. Pero debemos saber a qué nos enfrentamos, qué es lo que está ocurriendo. No te muevas de aquí y si es necesario pégate a la tierra.

Miró en derredor y encontró un árbol del que extrajo unas ramas.

—Úntense con esta resina. Es fea y pegajosa, pero elimina nuestro olor y el rastro desaparece—él hizo lo propio.

—Tú crees que...—dijo con temor.

—Debemos prepararnos, Asmina. No sabemos qué es, aunque de seguro no es bueno. Ahora, has lo que te pido, no me voy a alejar demasiado, pero debo saber a qué nos enfrentamos.

Así decidido, se lanzó en reversa por el camino ya recorrido, buscando el origen de la agitación, con la intención de no dejarse ver. Tenía que saber qué pasaba para poder prever y tomar una decisión de dónde ir.

## VEINTISÉIS.

El avance era lento y complicado, por una senda casi inexistente por lo angosta, había que adivinarla y eso hablaba de la habilidad del rastreador que la había detectado. Los hombres en la delantera de la expedición abrían la selva con sus machetes, mirando con prudencia para evitar trampas o zona pantanosas. Marco avanzaba con dificultad, sudoroso y maldiciendo por su falta de estado físico. La buena vida lo había vuelto torpe y no quería bajo ningún concepto que los demás tuvieran que velar por él.

Los bandeirantes se movían con energía y agilidad, prestos a la caza y ansiosos por su presa. Tenían asegurado un buen botín al final del día, no por lo que pudieran obtener (que de antemano sabían era poco y nada habida cuenta de la precariedad en la que debían estar los quilombos), sino porque la recompensa prometida por los hacendados era jugosa. Para algunos implicaba un salario más que ventajoso, para otros la libertad o el fin de sus deudas.

La relativa celeridad de la marcha hizo que poco a poco lo fueran dejando atrás y lo permitió. No le inquietó, las huellas del paso eran obvias, no se perdería. “Es todo un desafío llegar a esos quilombos”, pensó, “imposible hacerlo sin esta gente. Tienen una vida dedicados a arrasar a otros

y no le temen a la naturaleza ni están acostumbrados a la comodidad de la civilización cómo me ocurre a mí”.

Se sobresaltó cuando de pronto a su lado, como aparecido de la nada, el jefe le confirmó con expectativa que más adelante estaba el poblado y que todos estaban en posición para proceder. Esperaban sus órdenes y él estaba detrás, no convenía demorar nada para mantener la sorpresa. Así que le confirmó el ataque y le solicitó que procurara no hubiera más baja de las necesarias. Detestaba la muerte sin sentido y por el simple hecho de la batalla, además de que el resto de los hacendados esperaba con ansiedad la recuperación de la mayor cantidad de esclavos posibles.

No es que le gustara mirar cuando había combate, pero sabía que era un estorbo y no ayudaría en el campo. Le hizo una seña que comandara y el hombre desapareció corriendo. Pronto comenzó a escuchar los primeros sonidos, algo ahogados, que señalaban el desbarajuste de la lucha y de la pelea. Avanzó un poco más e intentó llegar más rápido, pero entonces tropezó torpemente con una de las raíces de los árboles. Maldijo entre dientes y se sintió tan o más inútil que los hacendados contra los que despotricaba. No tenía nada para hacer allí, era una figura decorativa, resopló.

Se recostó contra un tronco y entonces, más adelante en la senda, vio pasar una sombra. Se escondió al amparo del árbol, buscando con cautela su arma y volvió a atisbar. Lo vio ahora con claridad: un hombre negro enorme

que se movía con una agilidad más propia de los felinos que de un ser humano, celeridad que parecería impropia de su tamaño. Calculó sus posibilidades en un enfrentamiento cara a cara; era obvio que llevaba las de perder. Todo fue unos segundos, pues el hombre rápidamente desapareció rumbo a la aldea. Probablemente volvía y escuchó todo y corría a ayudar. Perecería si sus intenciones eran de lucha.

Pasaron varios minutos en los que esperó con cautela y cuando estaba a punto de salir de su escondite percibió ruidos leves, el quiebre de algunas ramas y se pegó contra el tronco para ver pasar entonces a pocos metros al gigante a la carrera, que en sentido contrario ahora, se internó en la espesura con apuro. Le llamó la atención lo contraído de su rostro y no era temor. Ese hombre no escapaba de la lucha ni se preocupaba por sí mismo, buscaba algo, iba hacia algo más. Entonces y como iluminado por un rayo de claridad, cayó en la cuenta que ese debía ser el esclavo del que hablaba De los Santos, aquel que se había ido con Asmina y su hijo.

Se incorporó con celeridad y se decidió a seguirlo como pudiera, sabiendo que era una locura y que no podría alcanzarlo, pero de todos modos avanzó tratando de lidiar con la torpeza de sus pasos y confiar en sus sentidos. Había un trillo adelante, apenas si una sombra de camino y lo siguió. Era obvio que se exponía innecesariamente; no tenía la protección de su improvisado ejército, que tal vez que lo buscaría sin encontrarlo. En lucha



franca, los brazos de ese negro serían cepos y él sería historia, lo tenía claro. Cualquier hombre blanco en ese contexto era el enemigo, mas el instinto y la ansiedad le hicieron continuar, desafiando a la lógica y al sentido común.

Varios cientos de metros adelante y luego de recorrido un agotador trayecto dio con un claro y entonces la imagen lo sorprendió. El gigante, con un niño en sus brazos y la mano arriba gesticulaba en actitud de alarma, incitando a la marcha a una mujer. Mil sentimientos nacieron y abrumaron su pecho, verla otra vez era impactante. Más bella, alta y curvilínea de lo que recordaba. Sus formas rotundas, su boca pulposa, sus brazos y piernas torneados todo eso los llevaron en microsegundos a un pasado de placer, y pasión. “Asmina” murmuró.

Le molestó la actitud de pertenencia que ese hombre ostentaba sobre ella, quien había sido su mujer y su amante, la niña de su tiempo y de sus días y lo había convertido en esclavo, dando vuelta al natural estado de cosas. Ella, que había suspirado con sus besos y abrazos, que había colonizado sus pensamientos. Entonces su inmovilidad lo fastidió; era el espía de una situación desesperada y ellos ya se retiraban.

Tomó su arma y emergió en el claro del bosque, asustando a ambos y provocando en ella una reacción de sorpresa mayúscula. En el rostro de Demba se manifestaron la alarma y la furia, así como el instinto de protección del pequeño Kale, al que subió sobre su espalda a la vez que se colocaba

delante de Asmina. Marco martilló su arma ante la posibilidad de un ataque a mano desnuda y con voz muy clara le dijo:

— ¡Quieto o te mato!

Tenía todas las intenciones de hacerlo de ser necesario, era su vida o la de ese gigantón.

Mientras lo controlaba, observó a Asmina, que a su vez lo miraba con estupor y algo indefinible en su rostro.

—Marco...— alcanzó a articular.

Ahí estaba, el hombre de sus desvelos, el amor perdido, el hombre blanco que había alegrado sus días y amado su cuerpo de mil y una formas. Aquel por el que tanto había penado y llorado, que se había hecho dueño y señor de un espacio inalterado de su mente y de su alma. Aquel por el que había orado en secreto y en silencio a los orixás, para que lo protegieran y lo cuidaran, a pesar de ser consciente que la había alejado y apartado de su lado. Él estaba ahí mismo, como surgido de la bruma del monte y la miraba con la misma intensidad de antaño.

—Asmina— musitó Marco, por un momento sumergido en los recuerdos.

El movimiento de Demba rompió el hechizo y volvió a imponer la cordura. Lo instó a permanecer en su lugar y entonces miró al niño y se

estremeció. Jamás había pensado en la posibilidad siquiera de que fuera un hijo suyo pero la claridad de la piel de su cuerpo lo hizo evidente. No había más que ver su edad, tendría dos años, justo el tiempo en que ambos habían estado juntos. El gigante tenía la negrura profunda de aquellos de origen bantú, el niño no podía ser suyo.

—Ese es mi hijo—afirmó más que preguntó, mirándolo con fijeza y luego a Asmina, para volver sobre el pequeño y delicado rostro del niño que lo miraba con asombro y sin miedo a horcajadas del gran hombre que lo protegía como si fuera suyo.

Le entibió el alma pensar que la fusión de sus cuerpos y el cariño derramado por ambos hubiera tenido cauce. “Un heredero”, jugó su mente, “alguien a quien dejar toda mi fortuna, que sostenga mi legado”. “Un mulato”, elaboró su razón, “propiedad de otro y por tanto un objeto de litigio”. Estos tres seres pertenecían a De los Santos, mal que le pesara.

Asmina caminó hacia su pequeño y lo tomó en andas, apretándolo contra sí y mirándolo con cierto desafío, probablemente con temor de que le fuera arrebatado. Eso le dolió. ¿Cómo podría pensar que él querría arrebatarse nada? “Fácil”, razonó su mente, “porque tienes un arma, la amenazas apareciendo en la jungla de la nada y la pones en riesgo de perder todo lo que ha conseguido”. Mas, ¿qué ha conseguido? Un refugio, un escondite en el bosque.

Todo esto parecía enredarse en su mente en un ir y venir de ideas. Caminó con lentitud, rodeando a los tres y analizando qué hacer ahora. Su primer impulso de perseguir al esclavo y de verla nuevamente no le hizo calcular qué pasaría si los encontraba. Él estaba aquí dirigiendo la hueste de conquista que buscaba someter a los huidos, volver al redil y el cepo a los escapados. Asmina y su hijo lo eran.

—Asmina, yo...—intentó seguir, pero las palabras murieron en su garganta.

¿Qué iba a contarle? ¿Que la iba a proteger? La había devuelto hacía dos años a sus tribulaciones, a pesar de lo que sentía por ella y sabiendo que lo idolatraba y confiaba en él entonces. Lo que le dijera ahora sería mentirle. Los hacendados habían invertido y querían retribución a sus gastos. Pelearían con vigor por sus pertenencias y ya lo había mencionado De los Santos, dueño de este trío.

—Tú— señaló a Demba, qué miraba y evaluaba, esperando el momento para un posible escape—. ¡Dime tu nombre, esclavo!

Demba había comprendido que la situación era más compleja que una trampa y que no se trataba simplemente de un blanco sosteniendo un arma y gritándole a una de sus esclavas. El cruce de miradas y de nombres, la intensidad con que Asmina lo observaba. Hubiera deseado que una sola vez

ella lo mirara con ese brillo. La afirmación que Kalé era hijo de ese blanco fue también una revelación inesperada. Elevó sus hombros y miró de igual a igual al blanco, con la imponente de su porte y su orgullo intacto.

—Yo no soy un esclavo, soy Demba y esta es mi mujer y mi hijo— estableció sin mostrar temor alguno.

De no tener que proteger a su familia, hubiera arremetido sin pensarlo contra ese de blanco que apenas sostenía un arma. Pero él estaba ahí paseando ante sus ojos, lucía algo perturbado y en cierta forma desconcertado. Solo, lo que más le sorprendía. Sería muy sencillo para él derrotarlo en una pelea limpia, nadie podría acudir en su auxilio.

—Escucha lo que te digo, porque será una sola vez y una sola oportunidad—comenzó a relatar Marco, que con dolor había tomado una decisión fulgurante y necesaria, urgido por evitar males mayores—. Los quilombos de este lado del río serán todos arrasados, el que viste invadido es el primero. Supongo que era el de ustedes. Por algún afortunado giro del destino, los encontró lejos y eso los ha salvado.

—Esa es Obba, es mi orixá que nos protege y me cuida. Ella transformó nuestra desgracia en fortuna—dijo Asmina.

—Sé que así lo crees y me alegro. Me alegro como no te imaginas, Asmina. Te he extrañado tanto—susurró, ahogando por un instante su

discurso.

Escuchar esas palabras emocionó a Asmina y rebeló a Demba. ¿Quién creía que era ese hombre para mostrar sus sentimientos y pretender engañar nuevamente a su mujer?

— ¡No puede pensar que Asmina volverá con usted, que ella sería una esclava otra vez! —en su fuero íntimo Demba rogó que ella pensara igual—  
¿Qué futuro pretende darle a Kale, la quiere tener sometida?

—Tú cállate y escucha. Escucha muy bien. Te irás lejos.

Eso lo sorprendió. ¿Pensaba dejarlo ir?

—No volverás a mostrarte asolando los territorios que rodean nuestras haciendas, no lo harás porque la próxima vez que nos veamos no tendré piedad.

—No necesito su merced—exclamó con rabia.

—Oh, claro que la necesitas, iluso. Y con urgencia—lo miró retador.

Esperaba que no complicara la situación aún más, cuando buscaba darle una salida.

—No me iré sin Asmina y Kale—levantó su mentón con orgullo, no cambiaría su vida por la de ellos.

Nada tenía sentido sin su mujer; la soledad había dejado de ser una

opción cuando la conoció y lucharía con uñas y dientes por mantenerla a su lado.

Marco lo miró y entendió su decisión inexorable. Ese hombre estaba dispuesto a sacrificar su vida por la de la que consideraba su familia.

—Ella será la que decida que desea hacer.

Asmina se sintió observada y cuestionada por los hombres de su vida. El corazón se le encogió sin saber qué hacer. Lo único que su cerebro recitaba y exigía era libertad y Kale.

—No quiero ser esclava, quiero que mi hijo crezca libre—dijo con decisión.

—Y lo serás, tanto si lo deseas aquí en la jungla, como si lo quieres a mi lado. Haré lo posible por lograrlo.

Sentía que su oferta era pobre, lo sabía, pero no podía mentir y afirmarlo con seguridad. ¿Lo lograría? Podía hablar con De los Santos y mostrarle que sabía que el mulato era su niño, pero no veía viable reeditar una pelea que los había llevado a una situación límite. Por otro lado, ¿cómo podría tener a Asmina en su vida habiéndose casado con Genoveva? Engañaría a las dos sin piedad y ninguna lo merecía. Suspiró.

Asmina leyó su rostro, sus ojos claros atormentados y supo que la amaba. No tuvo dudas al respecto. En un mundo ideal, él sería tal vez quién

completara su alma, quien compartiera su vida y su día a día. Pero este era el mundo real y sucio en el que la gente se medía por los colores y donde el dinero gobernaba por sobre las voluntades y los sentimientos. No era uno en el que quería estar, incluso aunque él pudiera prometerle muchas cosas.

Miró luego a Demba y lo sintió cercano, amigo y amante. Cada curva de su rostro tosco le recordó su gentileza y su amor. Sus manos, que la sostuvieron cuando caía, cuando huía y cuando necesitaba contención. El la protegió, la condujo a la libertad y aceptó a su hijo como suyo. Él la amaba sin límites y si sus facciones mostraban dureza y orgullo, sabía que su corazón se atormentaba por la decisión que fuera a tomar, tanto lo conocía.

Hoy, mirando a esos dos hombres en el claro del bosque, con el sol cayendo de plano y el peligro azotando sus espaldas, se dio cuenta que Marco era pasado y Demba era presente en su corazón. Entenderlo hizo que su decisión fuera simple y así lo hizo saber:

—Si tú nos dejas, nos iremos. Juntos. Lejos. Libres.

Notó la sacudida y la alegría en Demba, al que miró por primera vez con un amor que la desbordaba, que la superaba. Cada minuto de su vida juntos, él había sacrificado su bienestar y orgullo por ella. Hoy mismo, había elegido quedarse y sufrir posibles consecuencias, a abandonarlos. Esperó el asentimiento de Marco que bajo su arma y aceptó su respuesta sin cuestionar.



— ¡Cuídalos! —le ladró al moreno, como si fuera necesario—. Vayan lejos, tan lejos como puedan. Durante un tiempo, estos sitios no serán para nada seguros para ustedes. Y si algún día, por alguna razón, tú necesitas volver—señaló a Asmina— o este niño necesita de mí, sabes dónde encontrarme. ¿Como es el nombre?

—Él es Kale.

Marco rebuscó en el bolsillo superior de su camisa y sacó una moneda, que extendió y acercándose la puso en una mano de Asmina.

—Mi moneda especial de la suerte. Sé que tú no crees en esto y tienes a tus orixás, Asmina. Pero si Kale algún día necesita algo de mí, su nombre y este objeto serán suficiente para que lo obtenga.

—Debemos irnos—dijo con nerviosismo Demba.

Tenía temor que ahora que el blanco había afirmado su idea de dejarlos ir se arrepintiera o los demás vinieran. Dejaría su júbilo para más adelante, pero haber sido elegido acariciaba su corazón y daba nuevas alas a sus pies.

—Vayan— afirmó Marco, incitándolos al movimiento, que no se hizo esperar.

Pronto la jungla pareció engullir los tres rostros. Asmina desaparecía otra vez de su vida, esta vez por propia voluntad. Sintió paz, inmensa y total;

los remordimientos por el abandono del pasado lo habían consumido por mucho tiempo y ahora se redimía. Sabía que había hecho mal desde el punto de vista de los blancos y esto jamás debería trascender, a riesgo de perder credibilidad.

Miró a su alrededor y esperó poder volver por el camino que lo había traído. Podría perderse entre esas matas y vagar por años. Caminó hacia el trillo y fue buscando sus pequeñas señales, esas que su instinto le habían indicado realizar. Más de una hora de caminata, sudor y cansancio le costó llegar a la aldea. Esta estaba en silencio, los hombres y mujeres negros sometidos y ya formados. Había sido sencillo reducirlos y la sorpresa había tenido efecto. Apreció algunas bajas, seguramente los que no quisieron ser capturados.

Los hacendados recuperarían por lo menos cincuenta hombres adultos y más de sesenta mujeres y niños. “Un botín afortunado”, pensó con cierta tristeza. “Pobres diablos. Tanto tiempo libres y ahora de vuelta al lugar de sus horrores”. Le sorprendió verse tan crítico y amargado en un momento que debería de ser de exultante beneplácito.

—Temimos que se hubiera perdido— le señaló el jefe de la banda al salirle al encuentro.

—Estuve a un tris de ello. Usted tenía razón, no tengo experiencia en

la jungla, lo mío es la batalla a campo abierto-afirmó.

No le importaba que ese hombre pensara que era un inútil, con más pompa que realidad en su carrera de militar. Era algo que su orgullo podía soportar.

El hombre sonrió con suficiencia y afirmó:

—Lo esperaremos esta vez. Vamos a ir más lento, como verá llevamos mucha gente, esto ha sido un éxito. Sin duda podremos repetirlo en otras aldeas. Sus vecinos van a estar más que felices.

Asintió. Sin duda sería así. Él ahora solo quería volver a su hacienda y yacer en los brazos de Genoveva. Seguramente terminaría por contarle todo. Era una mujer como las que no había. No tendría melindres al saber lo que había sido su relación con Asmina y que tenía un hijo. Uno que probablemente jamás vería de nuevo y de seguro eso sería mejor. Sería indicativo que estaba lejos y a salvo. Genoveva entendería. Su secreto estaría bien guardado con ella. Y sería la necesaria contención a las angustias que lo acuciaban y comenzaban a pasarle factura.

## EPÍLOGO

El sol baja con lentitud en el horizonte, reacio a retirar sus últimos rayos. El ocaso se muestra en todos sus colores, una intensa gama de rosas, ocre y azules pintando el cielo. Las copas de los árboles brillan aprovechando los últimos instantes de luz. Es una tardecita perfecta, quieta y tranquila, como tantas otras en el medio de la jungla brasileña. Todo lo que el ojo alcanza a ver en tierra es el verdor de la naturaleza y el cristalino salpicar del río San Francisco.

La madura mujer negra, aun esbelta y de miembros firmes, está de pie en lo alto de la colina. Algunas arrugas en su fino rostro y manos y unas canas en su otrora renegrido cabello son las que denuncian el paso del tiempo. Asmina ha envejecido pero su mente sigue tan lúcida como antes. Mira al cielo y piensa cuánto tiempo ha transcurrido y cuanta vida ha pasado por su cuerpo, algo cansado hoy por la rutina agrícola. La nostalgia ha invadido su mente estos días y la ha llevado a pensar en su pasado y a traer recuerdos a su mente.

Atrás suyo, en el valle, yace el quilombo donde ha vivido por más de veinte años. Ese pueblo de negros libres es en gran parte su creación, su obra.

Da vuelta ahora la mirada, atraída por los gritos y observa complacida la pléyade de su descendencia que trabaja, corre, juega y canta libre.

Hubo tanta vida desde aquel momento lejano en el que Marco Braganza les dio la posibilidad de escapar libres de la persecución y la cacería. Lo recordaba muy bien. Aun invadía sus sueños de tanto el tanto el temor y volvían a ella la angustia y la expectativa que sintieron mientras caminaban y caminaban hasta encontrar un lugar que estuviera lejos, muy lejos, de la expedición blanca que se abalanzaba como Némesis vengadora sobre los quilombos más cercanos a las fazendas de Pernambuco.

Los blancos asolaron los pueblos de la jungla por semanas, esclavizando a muchos y obligando a quienes lograban escapar a hacer lo mismo que ellos: internarse más y más al sur y al oeste, donde no llegaron los amos con su brutal milicia. Esos descastados que lo perdían todo menos su sueño de libertad, fueron creando nuevos poblados, donde todo comenzaba de nuevo.

Una de esas aldeas perdidas en algún lugar de la jungla del Matto Grosso brasileño, hacia 1820, era la que ahora contemplaba Asmina, en la que había construido una gran familia junto a Demba y donde se vivía con relativa precariedad, pero aislados de la maldad y la barbarie de la esclavitud. Asmina creía que era Obba, en su infinita misericordia y justicia, la que había intercedido ante el gran dios Olodum para que pudieran sobrevivir y volver a

su natural estado de libertad, ese que nunca debieron perder. Por ello había insistido en erigir una escultura, precaria y tosca, de la orixá, una que protegía la entrada de la aldea y que era adorada en las noches de luna llena junto al resto de los espíritus.

Las voces de los muertos poblaban el aire y se reencarnaban en la naturaleza. Estaba segura que por allí estaban sus padres y también Dure, lo sentía en su corazón y en sus huesos. La bondadosa Mai de seguro cruzaba con el viento que soplaba bienhechor y se ufanaba que sus predicciones habían tenido buena prédica.

Su mirada se enfocó ahora en Demba, que cortaba leña con un hacha. Menos fornido, con menos músculo, menos guerrero y más campesino. Dirigía con claridad y justicia la aldea, en compañía de los más ancianos. Se había mostrado como un jefe astuto y comprensivo, aunque duro en la disciplina. Había sido necesario. Levantar una sociedad de la nada, con otros que apenas se conoce, es difícil y los conflictos aparecían todos los días. Pero habían lidiado con ellos. Juntos. A su lado había aprendido la importancia de la compañía y el cariño sincero. Había elegido bien, sentenció. Su amor, real y terrenal, apasionado y libre, lejos de lo que había sido la ilusión bonita y corta de Marco, había dado frutos imperecederos.

Al primogénito Kale habían seguido seis más, que allí estaban, en distintas tareas y juegos. Jóvenes y niños que serían fuertes y sanos y

prolongarían su estirpe. Sus niñas corrían orgullosas junto a sus amigas, persiguiendo pájaros y recolectando plumas, que acomodaban en sus cabellos. Daría su vida sin pensarlo por defender esta posición, esta tranquilidad que habían alcanzado luego de mucho dolor y miseria.

Sentado a la entrada de la choza que los albergaba, un tanto más grande que el resto porque eran una familia numerosa, estaba Kale. La esperaba. Su hijo mayor era hoy un hombre sano y hermoso que sobrepasaba sus veinticinco años y que había aprendido de Demba, su padre de la vida, las tácticas y técnicas de la guerra. Era necesario, para él y para la aldea, aunque afortunadamente no habían tenido que acudir a la defensa. Estos ejercicios habían desarrollado sus músculos y su astucia, así como su agilidad.

Lo había rodeado de amor, como a todos sus hijos, pero en su caso era especial. Era el recuerdo vivo de un amor viejo, uno que la había estremecido y cuyo fruto la había salvado. Desde sus entrañas él había sido su faro, su luz, su norte. Por él habría cruzado el Matto Grosso entero y habría luchado con quien fuera. Incluso contra su padre biológico, si se hubiera interpuesto. Recordaba bien la marejada de ideas y sentimientos que experimentó aquella tarde que Marco los apuntó con un arma en el claro del bosque. De no haber leído el amor en sus ojos y su voluntad de liberarlos, tal vez...Eran solo supuestos, pero tal vez lo hubiera atacado, sin importarle las consecuencias. Mas esas ideas no tenían sentido ahora, tan lejos estaba todo, tanto lo había

desdibujado el tiempo.

Habían criado a su niño libre y fuerte y su espíritu aventurero, hasta ahora contenido, se manifestaba con firmeza. Hacía varios meses que lo veía cabizbajo y pensativo, con la mirada turbia y la mente en otro lado. Lo intuyó antes que se lo contara, pero rogó en silencio que no fuera lo que creía.

—Me voy, madre. Lo he pensado mucho y no puedo posponerlo más. Hay un mundo afuera que me llama y que quiero conocer—le dijo una noche junto al fuego, cuando los demás ya dormían.

—Lo sé, Kale. No puedo decirte que estoy feliz.

—No quiero ser motivo de tu angustia, madre. Pero no puedo evitar hacerlo.

—También lo sé. Y tú jamás podrías generar angustia en mí. Eres parte mía y te he criado bien. Eres un hijo bueno y un creyente firme. Se que los orixás han de tener planes grandes para ti—le sonrió aunque su instinto maternal se encogía.

Tenía miedo de lo que pudiera pasarle. Él conocía tan poco del mundo externo y sus maldades, ajeno a la ambición de los hombres y al horror de perder la libertad. Tantas noches elevó plegarias a los espíritus para que nunca llegara el momento de perderlo, que ahora lloraba por dentro y de antemano la separación.



No lo manifestaría ante él. No había vuelta atrás en la decisión del joven; Demba le había hecho ver que esta era indeclinable. Solo podían apoyarlo, advertirlo y aconsejarlo como proceder. Él quería ver y conocer de primera mano y voz el otro lado del Matto Grosso, la vida fuera del quilombo. Era curioso y audaz su hijo, lleno de la energía de la juventud.

Las noticias de las revueltas armadas que trenzaban a los blancos hacía algunos años se escuchaban de quilombo en quilombo. Aquellos que se aventuraban a buscar alimentos u otros objetos y los comerciaban en los pueblos de negros, traían las novedades de los vientos de guerra.

Las disputas coloniales atravesaban toda la América conquistada por los europeos. En el Brasil, las disputas entre los criollos, blancos descendientes de colonizadores, contra los portugueses netos se sucedían. El Imperio del Portugal comenzaba a perder su bastión, sacudido por los vientos de la independencia, y saberlo había dado alas a las esperanza de Kale.

—Dicen que las cosas están cambiando, que hay más libertades.

Lo miró con tristeza. Los blancos podrían pelear entre sí por sus posesiones y tierras, pero de seguro esto no implicaba que considerarían a los negros en otra posición que no fuera la de esclavos. La lucha no buscaba cambiar la estructura productiva y económica, esa que nutría y enriquecía a los amos, fueran estos peninsulares o brasileños de nacimiento. Pero no había

forma de convencer a un Kale que se esperaba en un mundo distinto al que habían sufrido sus padres.

En el momento en que su hijo le había hecho saber su postura y decisión, ella pensó de inmediato en Marco y su viejo ofrecimiento. Él había reconocido en Kale a su propia estirpe, había ofrecido ayudarlo, conocerlo. Tal vez fue algo dicho sin pensar ni medir consecuencias, pero era una esperanza. Era el único que podría protegerlo o darle cierto cuidado, si es que aún vivía y no había olvidado aquel tiempo en que ambos fueron uno y sus vidas se cruzaron para amarse. Ella jamás lo había dejado ir de sus pensamientos, aunque no fueran más que una bruma bonita.

Entonces le había contado su historia a Kale, una que también era de él, hacía de eso varios días ya. El muchacho había quedado muy impresionado y le había costado procesar la información y sobre todo entender que Demba no era su padre de sangre. Lo admiraba y quería tanto. Esto no cercenó su amor por él, por el contrario, lo elevó más, estaba segura. No podría sentir más que amor por un hombre que lo había adoptado sin pensar en nada más que criarlo bien.

Así como le relató su verdadero origen y las vicisitudes entre ella y Marco Braganza, le planteó la promesa de este último. Le mostró el objeto que él le había dado, aquella moneda que había guardado celosamente por años entre sus pocas pertenencias. Con ella le indicó un destino cierto, un

lugar donde tal vez, si los orixás y el Dios Cristiano se hablaban, tendría un recibimiento.

Si nada grave o peligroso se interponía, si era astuto y escurridizo, si... Tantos si estremecían el corazón de Asmina y llenaban sus ojos de lágrimas por las noches. Sabía que cuando Kale se fuera, un peso se instalaría en su mente y en su corazón para no abandonarla hasta que volviera a tener noticias y contacto con él.

Empero, nada podía hacer; tenía miedo, pero no podía vivir por su hijo. Él había sido criado en la confianza en los espíritus. No podía más que rogar y confiar. Suspiró y emprendió la vuelta hacia las chozas, hacia Kale. Era momento de despedir a su primogénito y quería hacerlo con una sonrisa. Tomó a Demba de la mano y le indicó con un gesto que estaba bien. Todo estaría bien.

**FIN**

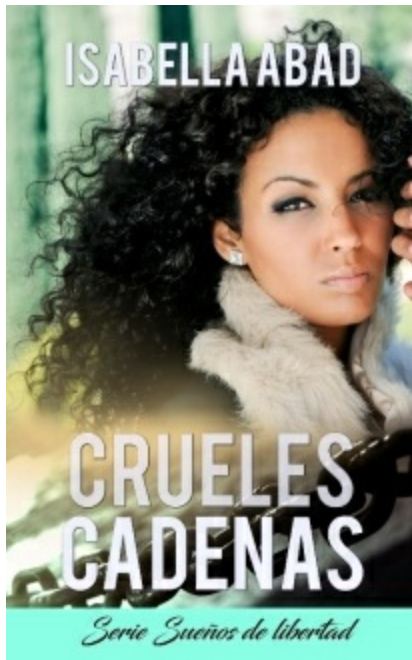
*Querido lector,*

*Gracias infinitas por acceder a esta novela. Espero que la hayas disfrutado. Tu comentario en la página de Amazon o Goodreads será bienvenido.*

¿Has pensado cuán duro puede ser la vida para aquellos que tienen la marca de la miseria? ¿Cuán cuesta arriba pueden ser el empleo, la educación, la libertad? Marcia Da Cunha es una hermosa morena de tierras cariocas, Río de Janeiro, Brasil. Su vida ha sido compleja y trágica en la Rocinha, la poblada favela que acuna a los pobres y descartados como ella y su familia, descendientes de esclavos. Huérfana de madre desde niña por imperio de la violencia pandillera, sufrirá los momentos más duros de discriminación y desamor. La esperanza para el acceso a una vida mejor que le permita romper las cadenas de la pobreza y el racismo son apenas estrellas lejanas.

Paulo Marinho y Amancio Do Nascimento son dos jóvenes y millonarios blancos que controlan un conglomerado gigantesco y se codean con lo más rancio de la sociedad carioca. Dos polos opuestos, dos apuestos y competitivos varones que asediarán y buscarán seducir a Marcia una vez esta consigue el empleo de su vida, el que la sacará a ella y su familia de la favela. ¿Puede el amor cruzar las barreras del color de piel y la pobreza? ¿Puede una mujer enamorarse de alguien prohibido?

*Si deseas conocer la historia de una descendiente contemporánea de Asmina, te invito a leer “Cruelles cadenas”. ([rxe.me/NTDGPN](http://rxe.me/NTDGPN))*



*Para acceder a mis novedades:*

[http://blogspot.us15.list-manage.com/subscribe?  
u=c0ead815f31a08dd99abdb2c4&id=f002193920](http://blogspot.us15.list-manage.com/subscribe?u=c0ead815f31a08dd99abdb2c4&id=f002193920)

***OTRAS NOVELAS: amazon.com/author/isabellaabad***

